

C. F. HOGG y W. E. VINE

CRISTO VENDRÁ OTRA VEZ

TRADUCIDO DEL ORIGINAL INGLÉS

POR

SANTOS GARCÍA RITUERTO

Publicado en castellano en 1969 por el Editorial Literatura Bíblica, cuyas obras y derechos estuvieron trasladados a la Comisión de Publicaciones, del Centro Evangélico de Formación Bíblica en Madrid.

Este libro fue publicado originalmente en inglés por OLIPHANTS Ltd. de Londres, Inglaterra, bajo el título TOUCHING THE COMING OF THE LORD. Esta traducción al castellano se publicó de acuerdo con la autorización de la casa original y bajo los auspicios de OUTREACH INCORPORATED de Grand Rapids, U.S.A., que reservan los derechos. Se prohíbe la reproducción de parte alguna de este libro, en la forma que sea, sin el previo permiso de la casa editorial.

PREFACIO DE LOS EDITORES

Lejos de constituir un tema enigmático, oscuro y de infrecuente mención en el Nuevo Testamento, el de la Segunda Venida del Señor Jesucristo se destaca en sus páginas con inusitado relieve y brillo, viéndose siempre como la consumación obligada y bendita de la obra redentora del Salvador. Viene a ser “la bienaventurada esperanza” por excelencia del Nuevo Pacto. Los postulados fundamentales de la Fe de los creyentes de la era apostólica se resumen así por Pablo al escribir a sus amados y jóvenes hijos espirituales en Tesalónica: “Os volvisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios viviente y verdadero y esperar de los cielos a su Hijo, al cual levantó de entre los muertos, es decir, a Jesús, nuestro Libertador de la ira venidera” (1 Tes. 1: 9 y 10). La conversión pretérita y el servicio presente de estos hermanos habrían carecido de sentido sin esta constante actitud de espera de la Persona del Libertador, dispuesto a consumir la obra tan felizmente iniciada.

Con todo, en nuestros tiempos, las iglesias reciben poca enseñanza sobre este tema, a diferencia de la época anterior, especialmente la última mitad del siglo pasado y el primer tercio del actual. Esta insistencia en la inminencia de la Segunda Venida, lejos de engendrar la pereza del fatalismo, se relacionaba estrechamente con el celo misionero que llegó a su cenit entonces, llevando el Evangelio a vastas regiones del mundo.

¿Por qué, pues, se descuida ahora un tema tan típico del Nuevo Testamento, y aun de toda la Biblia? En parte, esta desatención sigue como una reacción contra el dogmatismo excesivo de ciertos enseñadores de antaño, cuyas explicaciones de los símbolos de Daniel y del Apocalipsis se presentaban con la misma confianza que merecen los estudios sobre doctrina fundamental, mientras que los autores del libro que traducimos escriben acertadamente: “El espíritu de dogmatismo es particularmente inapropiado en la exposición de la palabra profética”. Gran parte de la enseñanza de aquella época era buena en sí, pero el exceso de dogmatismo tendía a confundirla con los errores de sectas extrañas que insistían en “fijar fechas” para la Venida del Señor.

A niveles más profundos hay entre ciertos cristianos –por otra parte ortodoxos- una verdadera antipatía frente al intento de aplicar las normas usuales de la exégesis al tema de la profecía. El ambiente humanista de nuestro siglo reacciona en todo en cuanto no sea el progreso de la ciencia según las llamadas “leyes de la naturaleza”, y es fácil popularizar la idea de que una intervención directa de Dios en el mundo, de forma personal y dinámica, tiene sus raíces en sueños apocalípticos, propios de otras épocas y estados de ánimo, pero “imposible” en nuestros tiempos de la “madurez del hombre”. Las Confesiones de la Reforma recogieron el concepto de una crisis final, durante la cual el hombre sería juzgado según sus obras, pero no enfatizaron la viva esperanza que influía tan poderosamente en el ánimo de los creyentes de la era apostólica. Además, se tendía a remitir la crisis escatológica a periodos tan remotos que no hacía impacto en la conciencia del hombre de sus días. Estas ideas vagas e imprecisas contrastan marcadamente con el cuerpo de doctrina en cuanto a la Segunda Venida que se desprende del Nuevo Testamento y facilita la repulsa antiapocalíptica propia de una generación que no quiere considerar “las señales de nuestros tiempos”, deseando cualquier cosa antes que la manifestación personal del Salvador del Calvario y del Señor de la Resurrección, como Redentor de los sumisos y Juez de los rebeldes.

Los autores del libro que presentamos eran muy apreciados como enseñadores de la Palabra durante los decenios dos a cuatro de nuestro siglo, ministrando, sobre todo, entre las Asambleas de la Gran Bretaña, llegando el impacto de su palabra a círculos mucho más amplios. W. E. Vine escribió diversos libros exegéticos y doctrinales, pero se conoce, sobre todo, como autor del valioso y autoritativo “Expository Dictionary of New Testament Words” (Diccionario expositivo de los vocablos del Nuevo Testamento), que pone al alcance del lector de la versión inglesa del Rey Jaime muchas de las riquezas acumuladas por los grandes eruditos de la lengua griega helenística. C. F. Hogg no escribía tanto, pero era maestro en el arte de la exégesis y orientaba a una nueva generación hacia una exposición más exacta de la Palabra, ayudando a

muchos predicadores a sucudirse las trabas de alegorizaciones fáciles, muy en boga en ciertos círculos durante los primeros decenios del siglo. Juntamente con W.E. Vine, escribió notas sobre Gálatas y las Epístolas a los Tesalonicenses, que examinan con cuidado minucioso el sentido de todos los vocablos y expresiones del original. No son libros de lectura fácil, pero son “minas” de inapreciable valor para el estudiante que se goza en estudios exactos del texto griego del Nuevo Testamento.

Al estudio del tema de la Segunda Venida del Señor los hermanos Hogg y Vine aportaron el tesoro de sus profundos conocimientos del texto griego y su vasta experiencia como expositores de la Palabra, lo que presta a este volumen un valor especial, sin que por eso dejemos de apreciar los méritos de presentaciones anteriores de esta doctrina en castellano, las cuales, sin duda, han elevado el espíritu de muchos hermanos. Quizá no todos los lectores aceptarán las conclusiones de Hogg y Vine, pero ninguno podrá atribuir las fáciles lucubraciones de hermanos que citan las Escrituras sólo con la finalidad de justificar teorías propias de cierto ambiente y aceptamos a priori. Se trata de estudios serios, y el anhelo de los editores de la versión castellana –como fue el de los autores en su día – es que el lector lo examine todo a la luz de los pasajes y textos citados, dentro de la perspectiva profética de toda la Biblia, para saber, como los judíos de Berea, “si estas cosas son así”.

Los discípulos que lamentaban la inminente partida de su Maestro en la víspera de la Pasión, entendían bien que no era natural que ellos fuesen separados de su Señor, ni siguiera en cuanto a su presencia física, ya que habían llegado a ser “una cosa” con él y con el Padre (Juan 17: 21 y 22). El Maestro correspondió a su anhelo, consolándoles por medio de esta sublime declaración: “Y si me fuere y os preparare lugar, vendrá otra vez, y os tomaré a mí mismo, a fin de que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14: 3). El apóstol Pablo, después de anunciar la recogida de los salvos, enfatiza de igual modo que la “Venida” no constituye un hecho deslumbrante y misterioso, sino que reanuda la normalidad y plenitud de la vida de los creyentes, pues: “así estaremos siempre con el Señor” (1 Tes. 4: 17). Por eso amamos su Venida y todo corazón creyente y fiel, con mayor o menor grado de comprensión, se identifica con el apóstol Juan en su sentido ruego: “¡Ven, Señor Jesús!”

Los méritos de esta traducción de un libro clásico sobre la materia corresponden íntegramente a don Santos García Rituerto, de Sevilla, quien con tanto celo y sacrificio ha prestado este servicio al pueblo de Dios.

Por último, es un placer hacer constar que la publicación de este libro se ha hecho posible gracias a la generosa colaboración de OUTREACH INCORPORATED de Gran Rapids, EE.UU.

Madrid, junio 1969.

INDICE

	<i>Páginas</i>
Prefacio de los Editores.....	2
Introducción.....	7
Capítulo 1. – LA ESPERA DE CRISTO.....	8
La promesa del Padre al Hijo.....	8
Elementos que constituyen la esperanza cristiana.....	9
“La palabra de mi paciencia”.....	9
El secreto del Señor.....	11
Los recuerdos del Señor.....	11
La recompensa del Señor.....	12
A la puerta de Naín.....	12
Capítulo 2. – LA RESURRECCIÓN Y EL RAPTO (1).....	14
A. La enseñanza del Señor.....	14
Jesús se atiene a las Escrituras.....	14
El cuerpo de Cristo como santuario.....	14
El Hijo, Creador y Vivificador.....	15
Muerte y resurrección en Betánia.....	16
La fe de Marta.....	17
Capítulo 3. – LA RESURRECCIÓN Y EL RAPTO (2).....	18
B. La enseñanza de los Apóstoles (I).....	18
Los Hechos de los Apóstoles y la Epístola de Santiago.....	18
Las Epístolas Paulinas.....	19
La enseñanza de Pablo en Tesalónica.....	19
La Primera Epístola a los Tesalonicenses.....	19
El Rapto de la Iglesia.....	20
Capítulo 4. – La RESURRECCIÓN Y EL RAPTO (3).....	21
C. La enseñanza de los Apóstoles (2).....	21
El cristiano y la muerte.....	22
La resurrección y la casa eterna.....	23
“¿Con qué cuerpo resucitarán?”.....	23
La morada del Espíritu.....	23
La Redención en el pasado y en el futuro.....	24
A semejanza de Cristo.....	24
Las fronteras de la revelación.....	25
Capítulo 5. – LA PAROUSIA DEL SEÑOR.....	26

Esta promesa no se ha cumplido aún.....	26
¿Qué quiere decir “Parousia”?.....	27
¿Qué nos enseña la Primera Epístola a los Tesalonicenses?.....	28
¿Qué nos dice el Apóstol Juan?.....	29
Otras descripciones del mismo periodo.....	30
Una aclaración sobre el Día del Señor.....	31
Resumen sobre la Parousia.....	33
Capítulo 6. – EL TRIBUNAL DE CRISTO.....	34
Juicio sólo para cristianos.....	35
La salvación y el juicio.....	35
El cristiano y la Iglesia.....	36
La siembra y la siega.....	37
Acerca de las coronas.....	38
Capítulo 7. – EL RESPLANDOR DE LA PRESENCIA.....	41
El fin de esta dispensación.....	41
Una coalición de estados.....	42
Aclaraciones.....	43
El Hombre de Pecado.....	44
Acontecimientos finales.....	45
Armagedón.....	46
Las huestes del Vencedor.....	46
Capítulo 8. – EL ÚLTIMO EMPERADOR GENTIL Y SU DOMINIO.....	48
La visión de la estatua.....	48
El cuarto reino.....	48
La visión de las cuatro bestias.....	49
¿Es el romano el último imperio?.....	49
Una aplicación doble.....	50
Los turcos.....	50
Cómo resurgirá el cuarto imperio.....	50
Consideraciones territoriales.....	51

El hierro y el barro cocido...	51
El último emperador...	52
La gran derrota...	52
El Reino del Rey de Reyes...	52
Capítulo 9. – LOS EFECTOS DE LA ESPERANZA...	54
Sirve de acicate a la diligencia en el servicio...	54
Renueva la energía para el sufrimiento...	55
Da valor para la batalla...	57
Es consuelo en la tristeza...	58
La esperanza modela el carácter...	59
Capítulo 10. –RESUMEN DE LA DOCTRINA BIBLICA SOBRE EL SEGUNDO ADVENIMIENTO	
Cristo en el cielo...	61
Prohibición de fijar fechas...	62
La vigilancia permanente...	62
La soberanía del Dios viviente...	63
La reunión en el aire...	64
La Parousia...	64
El Tribunal de Cristo...	65
El fin del tiempo de los Gentiles...	65
Después del Advenimiento...	66
APÉNDICE...	67

INTRODUCCIÓN

El tema de este libro requiere muy poca introducción. Los autores creen que el elemento escatológico o apocalíptico (es decir, profético) en las Escrituras es tan auténtico como lo demás de la revelación divina. No es irrazonable suponer que si Dios ha hablado acerca del pasado y del presente, lo haya hecho también sobre el porvenir.

Frente al argumento principal del libro se ha sostenido que Dios lleva a cabo lentamente los fines por El dispuestos, y que “su Reino no vendrá con advertencia”. Esto es verdad. Sin embargo no pretenderemos negarle a Dios el derecho de variar sus métodos según las diferentes etapas de su obra. En realidad, sus métodos siempre han sido diversos conforme a su multiforme sabiduría, por lo que a veces habla con un silbo suave y apacible, y otras veces con el fragor del trueno. Por lo que respecta al tiempo, se trata de nuestro concepto de esta magnitud, pues para El mil años son como un día y un día como mil años. Si bien sigue siendo longánime ahora como cuando los hombres eran igualmente desatentos a su voz, en los días de Noé. Pero, al fin, vino el diluvio. ¿Estamos tan seguros de que nunca más extenderá Dios su brazo para intervenir directamente en los asuntos de los hombres?

Puesto que Dios envió una vez a su Hijo al mundo, ¿es inconcebible que lo haga de nuevo? Si fue de acuerdo con el carácter divino el dar a conocer su gloria moral por medio de la vida humilde del Hijo en la tierra, ¿no lo será también la manifestación de aquella gloria en majestad celestial?

No debe adoptarse una actitud dogmática cuando se trata de exponer “la palabra profética”, ni podemos pretender hablar del futuro como si hacemos del pasado, porque la profecía es algo más que la historia escrita de antemano: es un medio que el Señor ha escogido para allegarnos a una comunión más íntima con El en el desarrollo de sus propósitos. Los autores confían no haber escrito nada que no esté de acuerdo con esta finalidad sublime. Estarán profundamente agradecidos si al Señor le place utilizar su testimonio y este intento de exponer las Escrituras para la edificación y el crecimiento espirituales de sus lectores en la gracia de Dios. La finalidad de la profecía es tan práctica como la de cualquier otra parte de la Biblia, lo que confían se perciba a través de todo el libro, y no solamente en el capítulo IX, que trata de los efectos producidos por esta “esperanza bienaventurada” en la vida del Creyente.

Los autores quisieron recordar a sus lectores, con toda sinceridad, la exhortación del Apóstol a la joven iglesia de Tesalónica: “Examinadlo todo; retened lo bueno”, palabras que se atreverían ellos a traducir según su verdadero sentido: “Probadlo todo; retened lo que concuerde con lo escrito” (1 Tes. 5: 21).

Nota: Todas las citas bíblicas son de la Versión Reina Valera Revisada, de 1960, a menos que se indique otra procedencia.

El lector encontrará diseminados por el texto algunos paréntesis con dos mayúsculas separadas por un guión, así: (H-J), o una letra mayúscula (C). Estas llamadas se refieren al diagrama que viene como foto añadido al principio del libro, cuya explicación se encuentra en capítulo 10, o bien, en el caso de una sola letra, a las notas del Apéndice.

CAPÍTULO 1

LA ESPERA DE CRISTO

Cuando los hombres se permiten pensar en su porvenir, parándose a meditar en la ultratumba, es natural que el temor caiga sobre sus mentes cual una oscura sombra. Este temor destila su fuerza de las tinieblas de lo ignoto, agravándose porque el hombre sabe en su fuero interno que ha faltado, que es culpable. El temor desmoraliza al hombre, le quita el valor y la esperanza, sumiéndole en la maldad. Como un anticipo del veredicto desfavorable del Día del Juicio, el temor da lugar, aun aquí en esta vida, al sufrimiento, porque “el temor tiene pena” (“lleva en sí castigo”, Vers. H.A.). Hay un solo remedio contra este ocupante natural de la mente humana: desahuciarlo de ella; pero, ¿cómo? Sólo el amor de Dios puede hacerlo, porque “en el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor”. Este perfecto amor es el que se manifestó en la muerte de Cristo Jesús, y sólo conociendo la razón de aquella muerte puede el creyente pensar sin temor en el Día del Juicio, ya que “como El es, así también somos nosotros en este mundo” (1 Juan 4: 17 y 18).

Es de gran importancia fijarse en los tiempos de los verbos empleados en estos versículos. El Apóstol no dice que “como El es, así también *seremos* nosotros”, ni “como El *era*, somos nosotros”, sino bien claramente: “como El *es*, así *somos* nosotros”, sino bien claramente: “como El *es*, así *somos* nosotros”, siendo la frase clave “en este mundo”. O sea, tal como El es ahora a la diestra de la Majestad en las alturas, así somos nosotros aquí y ahora también. En vista de tan sorprendente declaración hemos de preguntarnos cuál es su condición o estado allá, que corresponde a *nuestro* estado aquí. Y la contestación es que, después de cargar con nuestros pecados en la Cruz, y experimentar allí aquella separación de Dios que es siempre el resultado del pecado, Jesús resucitó de entre los muertos y fue ensalzado al trono de Dios. Así, según 1 Pedro 4: 1, habiendo padecido a causa del pecado, tiene el juicio de Dios detrás de sus espaldas, nunca más será de nuevo víctima por el pecado. Y *como El es*, así son cuantos en El confían. El creyente no piensa en el Día del Juicio de Dios con dudas y temores, esperando sí tal vez sea librado de la condenación por la muerte de Cristo, sin estar seguro de ello; el creyente sabe que no comparecerá para nada ante el Gran Trono blanco en aquel Día, que “no vendrá a condenación” porque “ha pasado de muerte a vida” (Juan 5: 24). El sabe que ya está justificado por Cristo y “acepto en el Amado”, sentado *con* El y *en* El en lugares celestiales (Ef. 2: 6). Todo esto se lo ha conseguido el amor perfecto de Dios, y esta firme seguridad le libra de todo temor.

La promesa del Padre al Hijo

La declaración de Juan no es más que la aplicación particular de un principio general: Dios nos ha llamado a “la participación (o comunión) de su Hijo Jesucristo”. Y la comunión, cuando menos, quiere decir que los que comparten las mismas esperanzas han de compartir también el mismo punto de vista y unir sus corazones en un mismo sentir. Así, si se pregunta por qué las Escrituras insisten tanto sobre la actitud expectante del creyente, quien ha de estar siempre alerta esperando la venida del Señor, contestaremos que esa es precisamente la actitud del Señor ahora frente al porvenir; que como El es en este respecto, así somos nosotros. Si es verdad, como declara Juan, que “nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo”, esta comunión ha de hacerse extensiva al propósito del Padre para con el Hijo, y a la espera del Hijo mismo (1 Juan 1: 3). Si la esperanza del creyente no es la del propio Señor, no puede concebirse que tenga poder, ni realidad, ni siquiera que exista. Ahora bien, esta clara deducción halla plena confirmación en el testimonio de las Sagradas Escrituras. El propósito del Padre para el Hijo se declara en palabras como las del Salmo 110: 1 -2: “El Señor dijo a mi Señor, siéntate a mi diestra hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies. Jehová enviará desde Sión la vara de su poder; domina en medio de tus enemigos.” En el Salmo 2 el Padre se dirige al Hijo: “Pídeme y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la

tierra”. Y en consonancia exacta con estas palabras, el escritor de la Epístola a los Hebreos dice acerca de Cristo que “habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios” (Heb. 10: 12 y 13) (H-J).

Por ende, el creyente que tiene su corazón puesto en esta consumación, rechazando los planes del mundo para un gobierno permanente a favor del plan de Dios para el Reino universal y eterno de Cristo, está “en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo” en cuanto al propósito de Dios se refiere. Pero el que hace caso omiso del propósito revelado de Dios se coloca fuera de esta comunión, en este particular, lo que trae como consecuencia inevitable una falta de apreciación de la revelación de Dios al hombre tanto en el pasado como en el presente y el porvenir.

Elementos que constituyen la esperanza cristiana

La actitud de Cristo frente al porvenir se describe aquí como una expectación, siendo el objeto ante El su triunfo, sobre todo cuanto se opone a la voluntad de Dios mediante el establecimiento del Reino de Dios en la tierra. El corazón del que disfruta de esta comunión con Cristo tendrá el mismo objeto.

Hacia el final de su Epístola a los Tesalonicenses, escrita precisamente para aclarar algunos malentendidos sobre sus enseñanzas relativas a la Venida del Señor, el apóstol Pablo ora por aquellos creyentes: “El Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios y a la paciencia de Cristo” (2 Tes. 3: 5). En otras palabras, que aprendan a amarse los unos a los otros, y a todos los hombres, conforme a la naturaleza y medida del amor divino, elevándose por encima de la altura que alcanza el mero amor natural, resultado de la afinidad de gustos y propósitos. Asimismo, que aprendan a ser pacientes en la esperanza, de la misma suerte que Cristo es paciente hasta que llegue la hora de su retorno. Está claro que el Apóstol trata aquí de la paciencia del Señor resucitado durante su permanencia actual en el cielo, ya que, por una parte, su lenguaje describe una actitud presente antes que una experiencia pasada y, por otra, es apropiado el título de “cristo” aplicado al Señor exaltado, mientras que el nombre de “Jesús” hace pensar en su ministerio terrenal, como en Hebreos 12: 2: “Puestos los ojos en Jesús...el cual...sufrió”; “Este mismo Jesús” por su Resurrección, “ha sido hecho...Cristo” (Hech. 2: 36).

<<La palabra de mi paciencia>>

En Apocalipsis 1:9 el apóstol Juan habla de la participación que tenían él mismo y los lectores de su profecía en “la tribulación, el reino y la *paciencia* de Jesucristo”. Esta sorprendente afirmación revela la profunda impresión que había dejado en el alma del “discípulo amado” la paciencia del Maestro en los días de su ministerio terrenal, cuando la torpeza, la incredulidad y la incomprensión, tanto del propio Juan como de sus compañeros de apostolado, la ponían constantemente a prueba. Pero la paciencia de Jesús no era una virtud relacionada exclusivamente con su vida entre los hombres, para terminar luego al ser exaltado, sino que continúa ejerciéndola, contemplando las aflicciones de su pueblo en el mundo, y el reino de iniquidad que sólo puede ser destruido por el establecimiento de *su* Reino.

Su simpatía por los suyos, cuyas aflicciones le duelen con una intensidad que sobrepasa nuestra experiencia; su compasión por las multitudes “desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor” (Mat. 9: 36), son todavía, como en los días de su carne, un peso sobre su corazón. Y si nos exhorta a nosotros: “que tenga la paciencia su obra completa”, es porque la paciencia obra cumplida o perfectamente en El. Si nosotros hemos de esperar la hora de nuestra redención es porque El también espera el cumplimiento de los tiempos, cuando descenderá de nuevo del cielo para ser el Salvador y Libertador de toda la creación, según Filipenses 3: 20 y Romanos 8: 21.

El Señor percibe perfectamente la correspondencia de nuestra alma a su mensaje, y dice: “Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el

mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra” (Apoc. 3: 10). Dice “mi paciencia” porque la suya es fuente de la nuestra, y porque sólo puede existir la nuestra si mana de El primero. La compartimos con El por el ministerio del Espíritu Santo: “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (o sea, gracia que corresponde a gracia). La gracia que alimenta la paciencia nuestra recibe su estímulo de la suya, y corresponde a ella.

Las dos palabras que en 1 Tes. 1: 10 y en Heb. 9: 28 se traducen al castellano por “esperar” están seleccionadas con mucho acierto, correspondiendo exactamente a la condición espiritual de los lectores en cada caso. En el primer pasaje de referencia, la palabra original empleada comporta la idea de permanecer tranquilo, ya que los tesalonicenses necesitaban tranquilizarse y recordar que así habían sido instruidos desde el principio. En el otro caso, la decreciente fe y esperanza de los hebreos se estimulan mediante una palabra que implica una espera intensa, de uno que anda de puntillas para alcanzar un objeto elevado, o estira el cuello para ver mejor por encima de los obstáculos. Las dos ideas se combinan en Romanos 8: 25: “Si *esperamos*...con paciencia...*aguardamos*”; es decir, si permanecemos tranquilos esperando pacientemente la Venida del Señor, estaremos siempre alerta aguardando intensamente que venga pronto. El primer aspecto subraya la paciencia del que sabe que todo esté en las manos de su Señor; el segundo, que nos toca a nosotros velar en todo momento, para que cuando venga el Señor no nos coja desprevenidos.

Es digno de notar que el Señor nunca habló de la esperanza cristiana utilizando esta misma palabra; mientras que los escritores del Nuevo Testamento nunca hablaron de la esperanza del Señor como una actitud propia de Él, sino que siempre se refieren a lo que El “quiere hacer” y por lo tanto, “lo hará”.

Así, una espera paciente es el ingrediente característico de la esperanza cristiana. En los pasajes novotestamentarios que hablan de la Venida del Señor se excluye el elemento de incertidumbre tan arraigado en su uso corriente. En cuanto a la esperanza cristiana, no se halla la menor posibilidad de que surja algo imprevisto, como un obstáculo insuperable, o un cambio de planes, como suele pasar aun en los cálculos de los hombres más previsores. Puede decirse que el Señor mismo comparte esta esperanza, o sea, que su propósito constituye la esperanza nuestra. Del mismo modo que el propósito suyo está asegurado por su poder para subyugar todo el universo a sí mismo, así “la esperanza no avergüenza” a los que la abrigan en comunión con El (Fil. 3: 20; Rom. 5: 5).

¡Cuán fácil es abusar de la esperanza! A veces el fervor va acompañado por una relajación de la conducta y una negligencia en el cumplimiento del deber, tal como se desprende de las cartas de Pablo a los tesalonicenses. Por otra parte, la esperanza puede degenerar en un mero letargo, una indiferencia, como seguramente les ocurría a los creyentes a quienes Pedro destinaba su segunda epístola. Entre estos dos extremos, la esperanza cristiana mantiene un camino medio; es una espera paciente a la vez que un aguardar expectante. El creyente levanta su cabeza para esperar la salvación venidera; mira hacia el cielo confiadamente en espera de la Venida de su Señor; y al mismo tiempo se ocupa diligentemente de su “talento” hasta que el Señor le plazca volver (Luc. 19: 13; 21: 28). Esta es la paradoja de la vida cristiana: trabajar esperando y esperar trabajando.

“En la noche en que fue entregado” el Señor habló por vez primera (según lo revelado por el Nuevo Testamento) de su propósito de volver personalmente para recoger a los suyos “que están en el mundo”. Sus discípulos ya habían sido instruidos acerca de la resurrección del creyente, al oír la potente voz del Hijo de Dios; una y otra vez le habían oído declarar públicamente que vendría en gloria celestial para confundir a sus enemigos (Juan 6: 39; Mat. 16: 27; 24: 30). Ahora, en el retiro privado del Cenáculo, en vísperas de separarse de ellos, ya bajo la sombra fría de la Cruz del Calvario, se pone a consolar a quienes pronto habían de conocer la tristeza asoladora de perderle, lo que nunca se les había ocurrido. Y esta separación de aquellos que habían “permanecido con El en sus pruebas”, cuya comunión en ellos le fue de alto valor, también significaba mucho para el corazón del Señor.

La simpatía del Señor para con los hombres es el complemento de su anhelo por la simpatía de ellos. Dios creó al hombre con instintos sociales, no para vivir aislado. El compañerismo es la ley de su existencia. Por lo cual, en esto, como en todas las cosas, “debía ser en todo semejante a sus hermanos”, puesto que en el principio ellos fueron hechos a *su* imagen y semejanza (Heb.2: 17; Gen. 1: 26 y 27). Así, el anhelo de los redimidos de estar con el Redentor es fruto y reflejo del anhelo del Redentor de tener a sus redimidos junto a sí.

Este deseo personal del Señor parece percibirse en las palabras de consuelo que les dirigió como si El mismo hallara consolación en ellas: “Voy a preparar lugar para vosotros...si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo; para que donde yo estoy vosotros también estéis” (Juan 14: 2 y 3). Hasta este momento jamás había utilizado el Señor el lenguaje en primera persona al hablar de su Venida; por regla general, solía hablar del Advenimiento del Hijo del Hombre, en su ministerio público y ante sus enemigos. Pero en este discurso íntimo se nota una claridad sorprendente, unida a un ambiente de cordialidad y de interés personal para con los discípulos. Es “el secreto de Jehová” a favor de “los que le temen”. Lo que antes era su propio secreto, ahora les pertenece a ellos también, porque lo comparte con ellos, amándolos “hasta lo sumo”. ¿Cómo puede el mundo que no conoce a Cristo no a los suyos percibir este secreto? (1 Juan 3: 1). Aún más, ¿cómo puede el gozo de los redimidos por este secreto superar al de Cristo mismo? Si ha de llenar sus corazones de gozo, sólo puede hacerlo porque, en primer lugar, ha henchido también de gozo inefable el corazón de Jesús.

El lenguaje del apóstol Pablo indica este mismo anhelo del Señor por la presencia de sus redimidos: “Cristo...amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella...a fin de presentársela a sí mismo, una Iglesia que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante; sino que fuese santa y sin mancha”. Para este fin, y debido a su propio interés en la perfección de la Iglesia, se dice que “la sustenta y la cuida”. A su tiempo tendrá el gozo de recibir a la Iglesia en la casa de su Padre, y de tenerla consigo, participe de su santidad al mismo tiempo que coheredera de su Reino universal (Ef. 5: 25- 29) (F).

Con todo, el pensamiento que impera en el pasaje no es el de la consolación y gloria de la Iglesia en aquel día, sino más bien lo que aquel día le proporcionará a Él, al cumplirse aquel propósito eterno que sólo pudo llevarse a efecto por el impulso de su perfecto amor, mediante los dolores y sufrimientos inenarrables de la Cruz.

Los recuerdos del Señor

La última de las cinco canciones del Siervo en el libro de Isaías, que tratan de la gloria y de los sufrimientos del Mesías, se halla en los capítulos 52: 13 al 53: 12. Aquí el profeta declara que el Mesías “verá el trabajo de su alma y será saciado”. En la perfecta humanidad de Jesucristo se hallan en grado sumo todos los elementos esenciales de la personalidad humana, entre los que se cuenta el poder de recordar a otros y de simpatizar con ellos. La memoria es la facultad de la mente que reproduce el pasado en su forma y color originales, trayendo al presente las experiencias pasadas sin mengua de su realismo. A los hombres nos falla la memoria porque las impresiones del pasado nunca pueden renovarse en toda su lozanía original. No se puede sentir con toda su fuerza, por ejemplo, un momento de sumo gozo ya pasado, ni sondear nuevamente las amarguras de las horas tristes que transcurrieron. Así los fallos de la memoria resultan ser verdaderas pérdidas, aunque no están sin compensación, pues si continuasen siempre nuestras penas igualmente vivas, si las volviésemos a sufrir en toda su agudeza original siempre que las recordásemos, el corazón humano no lo resistiría y la vida se haría intolerable. La acción del tiempo, al debilitar la memoria, mitiga el dolor bajo la mano providencial de Dios.

No podemos pensar, sin embargo, que le suceda así el Señor. Para El el pasado no habrá perdido nada; ni angustia ni dolor podrá olvidarse. El precio que pagó en la Cruz del Calvario no ha perdido su valor por haber transcurrido ya mucho tiempo. En Lamentaciones 3: 19-20, el profeta exclama: "...Mi aflicción...mi abatimiento, el ajeno y la hiel; lo tendrá aún en la memoria mi alma". Y en aquel día cuando dirá: "He aquí yo y los hijos que me dio Dios", no le pesará al Señor cuando mire atrás, acordándose de todo lo que le costó pagar nuestro rescate. ¡Todavía declara que merecía la pena!

La recompensa del Señor

Cuando ciertos creyentes hebreos mostraban decaimiento de su confianza en el Señor bajo los ataques, ora violentos, ora sutiles, de sus muchos enemigos, se le recordó el poder invisible que había sostenido a los héroes de su raza en las más duras pruebas, impulsándoles a las hazañas espirituales más esforzadas. Se había sostenido, cual Moisés, como viendo al Invisible; sabiendo que si confiaban en El, a su debido tiempo les recompensaría en la ciudad que les había enseñado a esperar, cuyo arquitecto y constructor era El mismo. Sin embargo, por muy buenos ejemplos de fe que fueron estos, aun los más destacados de ellos fallaron a veces, y precisamente en aquello que se hace resaltar como la norma característica y ejemplar de sus vidas. Fallaron, como todos los hombres, en sus puntos fuertes, ya que hay algo que siempre impide la perfección en los hijos de Adán. Estos testigos de la fidelidad de Dios han de recordarse, desde luego, como estímulo, pero cada creyente debe correr su carrera puestos los ojos en el Autor y Consumador de la fe. Ellos fueron líderes de los fieles, pero El es el Comandante en Jefe; ellos fueron ilustraciones del poder de la fe, pero El es Consumador, quien confió en Dios desde su niñez (Sal. 22: 9), vivió en el temor de Dios (Is. 11: 3), y murió con las palabras de fe en sus labios (Luc. 23: 46). A través de toda su vida, el pensamiento que le sostuvo fue "el gozo puesto delante de El", por eso "sufrió la cruz, menospreciando el oprobio" (Heb. 12: 1-2).

De este modo, la visión profética y los hechos históricos se corresponden, pero mirados desde distintos puntos de vista. Mientras que la visión de Isaías (53: 11) ya considera que se ha terminado la carrera, se ha alcanzado la meta, han pasado la vergüenza y la agonía, está ya vacía la Copa, en la tierra y en el tiempo todo esto se hallaba aún por cumplir. El precio todavía había de pagarse, el camino áspero y espinoso aún no se había recorrido, la agonía de la Cruz estaba todavía en el porvenir, y la Copa tenía que ser apurada. Así, el gozo que resultaría de la consumación de la Obra le sostenía "hasta lo sumo". La consideración de la experiencia pasada confirma lo que antes de pasar por ella se esperaba; el gozo experimentado no es menor que el presentido; el disfrute del premio recibido no defrauda de lo anhelado. La recompensa por el dolor de la muerte solitaria es el gozo de la participación de "muchos hijos" en la resurrección.

Además, este gozo no es solamente del Hijo, sino que participan en él igualmente el Padre y el Espíritu Santo. En las parábolas de la oveja y de la moneda perdidas se afirma rotundamente que el gozo del pastor y de la mujer es el reflejo del gozo que hay en los cielos por un pecador que se arrepiente. Es de notar que este gozo no es de los ángeles, sino "en la presencia de los ángeles", lo que indica que el gozo es de Dios. Este gozo sobre el alma arrepentida aquí y ahora llega a ser "una grande alegría" en aquel día cuando el Hijo presenta al Padre las huestes de sus redimidos, diciendo: "He aquí, yo y los hijos que me dio Dios" (Luc. 15: 7, 10, 22-24; Heb. 2: 13).

A la puerta de Naín

Los gozos de aquel día pueden ilustrarse por medio de un incidente en la vida terrenal del Señor, relatado en Lucas, cap. 7. Cuando se acercaba Jesús a la puerta de Naín se encontró con una comitiva fúnebre, la del único hijo de una pobre viuda. Compadeciéndose de la mujer afligida, le rogó que se secase las lágrimas; pero hacía falta algo más que palabras para mitigar su dolor, y la muchedumbre asombrada le oyó ordenar al cadáver: "Joven, a ti te digo, ¡levántate!". La voz de mando del Príncipe de la Vida tiene valor aun en el

reino de la muerte, por lo que el joven se incorporó y empezó a hablar. Y el Señor, que no solamente rescata a los perdidos, sino que vinda el corazón quebrantado y seca toda lágrima, entregó el hijo a su madre, haciendo así efectivo su mandato: “No llores”. El hijo no sólo se libra de las puertas de la tumba, sino que es restaurado como un don del Señor a su madre, y así, aquel atardecer de dolor se trueca en regocijo: se gozan los testigos presenciales porque Dios ha visitado a su pueblo; el joven, al ver de nuevo la luz del sol y el rostro amado de su madre; la madre, más que el hijo y mucho más que sus vecinos y parientes, al estrechar entre sus brazos al hijo redivivo. Pero el mayor gozo de aquel día es para el mismo Señor, al anticipar su victoria sobre la Cruz.

La capacidad de gozar varía según la experiencia de dolor de cada persona. Hay quienes experimentan el gozo en grado más alto que otros porque han pasado por más aflicciones. A los espectadores que estaban a las puertas de Naín no les tocaba de cerca la tragedia: participaron un poco en el dolor y un poco en la alegría al ver el desenlace feliz y sorprendente. El joven, cualesquiera que fueran las penas que hubiera sufrido, era un adolescente, y el dolor no arraiga profundamente en los corazones juveniles, resultando pequeña, por tanto, su capacidad de gozar en comparación con la de quienes han vivido más años y han sobrellevado más dolores. Pero la madre había experimentado en su vida más amargura que dulzura; suyo fue el dolor de dar a luz aquel hijo, y suyo el de cerrarle los ojos en la muerte. Antes de perder el hijo único, había perdido al esposo. ¡Qué copa tan llena de amargura había sido la suya! Por ello, su capacidad para gozar era mucho mayor. El Señor, pues, satisfizo a todos aquel día, a cada uno de acuerdo con su propia capacidad para gozar, determinada por su experiencia en el sufrir. Y ¿qué diremos acerca de Jesús? Sólo tenemos que recordar que Isaías le llama “Varón de dolores, experimentado en quebranto” para darnos cuenta de su capacidad para regocijarse, para estar seguros de que aquel día, a la puerta de Naín, el corazón más gozoso fue el del Señor.

Así será también en “aquel día” en el Cielo, cuando se abran las tumbas, regocijándose los que en ellos durmieron según la medida de su capacidad forjada mientras duró su vida terrenal. La “grande alegría”, la mayor alegría, será la de Dios; el Padre, que entregó a su Hijo a la muerte para que amaneciese “aquel día”; el Hijo, que “llevó nuestras enfermedades y nuestras dolencias” para luego tener consigo a aquellos por quienes murió. De Él se ha escrito: “Te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros” (Heb. 1: 9). Es también el gozo del Espíritu Santo, que le llevó a la Cruz, por medio del cual “se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Heb. 9: 14), y cuyo ministerio es lo que capacita al creyente para “gloriarse en la esperanza de la gloria de Dios” (Rom. 5: 2).

CAPÍTULO 2

LA RESURRECCIÓN Y EL RAPTO (I)

A. LA ENSEÑANZA DEL SEÑOR

Cuando Jesús se presentó a los judíos como Maestro, llevaban largo tiempo divididos en dos bandos religiosos principales, el de los saduceos y el de los fariseos. Los saduceos, menos numerosos, eran los más poderosos, más adinerados, y de mayor influencia política, mientras que los fariseos eran los más populares. Lucas define la diferencia doctrinal entre ambos bandos en Hech. 23: 8: “Los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; pero los fariseos afirman estas cosas”. Los saduceos consideraban la resurrección como una fantasía fuera de toda razón, mientras que para los fariseos, la resurrección era una esperanza. Los saduceos no rechazaban las Escrituras del Antiguo Testamento, pero no veían en ellas la esperanza de resurrección que los fariseos encontraban.

Por esta rivalidad, era siempre motivo de discusión entre los judíos si los muertos se levantarían de nuevo o no. Es verdad que el Antiguo Testamento ofrece pocos textos relativos a la resurrección y la vida futura, pero es indudable que contiene esta doctrina, por lo que el Señor, hablando con un saduceo, declara que el error de su secta era producto de desconocimiento de las Escrituras y del poder de Dios, justificando con esta respuesta la esperanza de los fariseos (Luc. 20: 27 -40).

Jesús se atiene a las Escrituras

En esta ocasión el Maestro trae a la memoria las palabras del Exodo: “El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob” (3: 15), para deducir de ellas que, puesto que Dios era aún su Dios, a pesar de haber muerto, estaban vivos, pues si el morir significase dejar de existir, Dios sería Dios de lo inexistente, lo cual es un absurdo. Por tanto, aquellos cuyos cuerpos han sufrido la corrupción natural, continúan viviendo, estando su espíritu en relación con Dios. El inevitable corolario de esta conclusión es que, en su día, serán resucitados.

Vamos a ver otras referencias a la resurrección hechas por el Señor, particularmente aquellas relacionadas con la resurrección de los que creen en El, ateniéndonos en cuanto nos sea posible al orden cronológico en que Jesús hiciera estas declaraciones, en un esfuerzo para entender la mente de Cristo según El mismo se la reveló a aquellos que, aun creyendo que al fin los muertos serán levantados, no tenían conocimiento cierto del alcance de la resurrección, es decir, si afectaría a todos los hombres, fueron judíos o gentiles, o si sería sólo para los judíos. Tampoco tenían idea de cómo y cuándo tendría lugar la resurrección. Olvidemos por el momento todo lo que fue posteriormente revelado sobre este tema, y procuremos situarnos en el lugar de aquellos a quienes el Señor habló al principio. En otros capítulos nos ocuparemos de las revelaciones subsiguientes hechas por el Espíritu Santo a los Apóstoles para completar las enseñanzas del Maestro.

El Cuerpo de Cristo como santuario

En esta trayectoria, el primer pasaje con el que nos enfrentamos es el que se registra en Juan 2: 19 -22, donde Jesús se refiere a su propia resurrección en esta metáfora: “Destruíd este templo y en tres días lo levantaré”. Jesús hablaba de su cuerpo, aunque ninguno de los oyentes lo entendiera por el momento. Muy al contrario, esta metáfora fue tomada por sus enemigos en sentido literal y convertida en una de las acusaciones lanzadas contra El para condenarle a muerte (Mat. 26: 61). Este mismo evangelista anota que los propios discípulos no entendieron el significado de las palabras de Jesús hasta después de su resurrección.

Encarcelado Juan el Bautista, cuando Jesús empezó a atraer sobre sí la atención pública, los discípulos de aquél vinieron a preguntarle quién era y qué se proponía. El Señor dirigió su atención hacia las obras que hacía, hacia el poder que tenía puesto al servicio del bien, y les hizo un resumen de tales obras, entre las cuales incluyó, muy significativamente, la resurrección de los muertos. Los dos evangelistas que relatan este incidente no lo sitúan en el mismo punto del ministerio de Jesús, pues Lucas inserta la visita de los discípulos de Juan entre la resurrección del hijo de la viuda de Naín y la de la hija de Jairo, mientras que Mateo, que no menciona el caso de Naín, coloca dicha visita después de la resurrección de la hija de Jairo (Luc: 11-22; 8: 49-56; Mat. 9:23-26; 11: 5). Es probable que en este caso sea Mateo quien marque el orden cronológico; al menos, las palabras del Señor. “Los muertos son resucitados”, parecen indicar que ya había efectuado más de una resurrección.

La contestación de Jesús a los discípulos de Juan entrañaba la intención de familiarizar tanto a dichos discípulos como al público en general –pues nada de esto se hacía en privado– con la idea de la resurrección, mostrándoles la posibilidad del retorno a la vida de las personas que hubiesen fallecido. Dios guía la mente del creyente de este modo, poco a poco, como ascendiendo por una rampa suave hacia la luz, ayudando a su comprensión y a su fe. Estos eran los primeros pasos hacia una más amplia revelación que pronto empezaría a manifestarse.

El próximo pasaje que se presenta a nuestra consideración (Luc. 14: 12-14) es el que encierra la enseñanza del Maestro sobre la hospitalidad, que termina prometiendo: “te será recompensado en la resurrección de los justos”.

(No es siempre posible determinar con precisión el orden cronológico de los incidentes relatados en los Evangelios, ni saber la ocasión en que se pronunciaron ciertas palabras. No podemos asegurar que la referencia a la resurrección en Luc. 14: 15 sea efectivamente la primera que el Señor hiciera. Por otra parte, tampoco es de importancia capital decidir si hemos de colocar esta referencia antes o después del discurso que hallamos en Juan 5.)

La referencia que aquí se hace a la resurrección es puramente incidental; el Maestro no pretende explicar una doctrina ni añadir nada a la revelación anterior, sino que alude a la resurrección como a una doctrina conocida, que sus oyentes comprenderían bien sin explicaciones adicionales (véase Hech. 24: 15). De esta mención resultan evidentes dos cosas: que habrá resurrección de una clase de personas que se describen como “los justos”, y que éstos serán posteriormente premiados por la hospitalidad que hayan mostrado a los necesitados en esta vida.

El resto de la enseñanza del Maestro sobre este asunto se encuentra en el Evangelio según San Juan, lo que simplifica el aspecto cronológico porque hemos de limitarnos a tomar las palabras de Jesús en el orden en que Juan las ofrece, siendo la primer mención la hallamos en el Cap. 5, versículos 28 y 29 (véase Apéndice, Nota A).

El Hijo, Creador y Vivificador

El Señor había curado un caso crónico de debilidad física, pero como lo había hecho en sábado los judíos se habían escandalizado. A sus protestas respondió Jesús con palabras que implicaban su igualdad con Dios, lo que aumenta el odio de sus enemigos y fortaleció su determinación de matarle. Jesús no solamente dejó sin rebatir la interpretación que los judíos dieron a sus palabras en cuanto a su divinidad, sino que confirmó el dicho y lo amplió, convirtiéndolo en una afirmación de su especialísima relación con Dios, al que llamó “mi Padre”, en contraste con el habitual “nuestro Padre”. Y a fin de que no cupiese duda alguna sobre su intención, declaró que el Padre le había entregado a El todo el juicio, de forma que no darle al Hijo la honra que se debe al Padre, sea como Salvador, sea como Juez, es negarle a Dios la honra que le corresponde.

Además, igual que el Padre es la Fuente de la vida, así lo es también el Hijo, por lo que también le pertenece la honra que se le debe a Dios como Creador. De aquí resulta que todo el que cree en el Hijo se hace inmediatamente participe de la vida. Y no sólo esto, sino que aquellos que quieren atender a su voz reciben nueva vida, mientras que los que no la atienden continúan en su mismo estado natural, es decir, “ajenos de la vida de Dios” (Ef. 4: 18). Pero “vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a la resurrección de condenación” (Juan 5: 28, 29). Tan absoluta es la jurisdicción del Hijo sobre los destinos de los hombres en la vida y en la muerte, en el tiempo y en la eternidad; tan inmediato es su control, y tan imperativa su palabra.

Esta declaración del Señor amplía el alcance de la resurrección y confirma la interpretación que los fariseos daban a las Escrituras sobre este punto (Hech. 24: 15). Pues mientras Lucas habla sólo de “la resurrección de los justos”, este pasaje extiende la resurrección a todos los hombres. Lo que en Lucas se dice acerca del carácter de los resucitados, “los justos”, se relaciona aquí con su comportamiento: “los que hicieron lo bueno”. En Lucas se habla sólo de la resurrección para recibir el premio, porque se trata de sus obras; aquí se dice que se levantarán a la vida, porque el propósito del Señor es presentarse como Dios y su divinidad la confirma su poder de dar la vida.

Las próximas palabras del Maestro sobre este tema se encuentran en Juan 6, donde se describen con mayor amplitud aquellos que resucitarán. Es de notar que se trata de las mismas personas porque en los diversos pasajes existe una característica común a todos los que han de participar de la “resurrección de vida”, característica que se nota mejor si colocamos todos los pasajes en un cuadro sinóptico para poder compararlos de una sola ojeada:

Lucas 14: 14 – Los justos.

Juan 5: 29 – Los que han hecho lo bueno.

Juan 6: 39 – Los que el Padre le ha dado al Hijo.

Juan 6: 40 – Los que ven al Hijo y creen en El.

Juan 6: 44 – Los que son traídos por el Padre al Hijo.

Juan 6: 54 – Los que comen la carne y beben la sangre del Hijo del Hombre.

Estos son los que “fueron tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos...y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección” (Luc. 20: 35-36). En las enseñanzas del Maestro que nos da la Escritura, el tiempo en que ha de ocurrir la resurrección ha sido revelado como “el día postrero”, expresión que encontramos sólo en otra ocasión, en Juan 12: 48 (véase el Apéndice, Nota B).

Muerte o resurrección en Betania

Cuatro días llevaba sepultado Lázaro en Betania sin que Jesús hubiera hecho nada notable sobre el asunto. No había acudido junto al lecho del enfermo al enterarse de su precario estado, ni había enviado mensaje alguno a las hermanas del paciente para consolarlas en su tribulación. Si algún recado habían recibido no podía ser otro que las palabras que Jesús había dicho al enterarse de que Lázaro estaba en cama: “esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella (Juan 11: 4). Para Marta y María esto no podía significar sino que Lázaro no moriría del mal que entonces le aquejaba; sin embargo, no se levantó del lecho, lo que constituiría una dura prueba para la fe de las dos hermanas.

Mientras Lázaro vivía, Marta y María habían esperado la ayuda de su amigo, pero una vez muerto ya no esperaban ayuda, sino consuelo. “Si Él hubiera estado aquí, Lázaro no hubiera muerto”, repetían como un estribillo, en su tristeza, ante el silencio de Jesús, hasta que este pensamiento llegó a ser tan prominente en ellas que brotó espontáneamente de los labios de ambas cuando vieron al Señor. Marta fue la primera en encontrarse con Jesús y le recibió de Él la respuesta: “Tu hermano resucitará.” A pesar de la idea general de una Marta ocupada en los quehaceres domésticos y sobrecargada en esta ocasión con las numerosas visitas, esta mujer se nos revela capaz de una relación espiritual con el Maestro, manteniendo frescas en su memoria las últimas enseñanzas de éste sobre la resurrección. Marta podía, además, identificar a su hermano como uno de aquellos a quienes el Señor había descrito al hablar de su propósito de levantar a algunos hombres de entre los muertos, como lo demuestra al asegurar: “Yo sé que se levantará en la resurrección en el día postrero.” Pero Jesús no había mencionado para nada “el día postrero” al prometer a Marta la resurrección de su hermano, sino que tenía una bendición inmediata para el hogar de Betania, sin que esta nueva e inmediata bendición abrogase la antigua promesa, de cumplimiento más remoto. Sigue siendo verdad que Lázaro se levantará en el día postrero, lo que ilustra los caminos del Señor: a veces promete primero las bendiciones que tendrán cumplimiento más tarde, mientras que otras promesas posteriores pueden tener cumplimiento inmediato.

La fe de Marta

Volvamos a ocuparnos de Marta. El Señor eligió a esta mujer hacendosa para hacerle, antes que a teólogos y técnicos en la materia, la revelación de su propósito: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en Mí, aunque esté muerto vivirá; y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?” Estas palabras parecen encerrar un contrasentido, pues la segunda cláusula es una afirmación absoluta, sin admitir excepciones, mientras que la primera parece admitir excepción. Marta no comprendió este dicho, ni quiso aparentar que lo había comprendido para halagar al querido Maestro. Pero Marta no buscaba sólo comprensión intelectual, sino que sabía confiar con fe plena en el Señor, y aunque estas palabras habían de quedar inexplicadas todavía durante unos veinte años. Marta echa mano de su fe y exclama: “Sí, Señor. Yo he creído que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.” Jesús no se molesta porque Marta no penetre el significado de su revelación, sino que espera que los acontecimientos posteriores se lo descubran. La palabra del Señor “prueba” a los creyentes cómo probó a José cuando se encontraba, según a Él le parecía, olvidado en la cárcel (Salmo 105: 19), pero esta prueba forma parte de nuestra vida de fe.

Todos los pasajes que hemos citado en este capítulo en relación con la resurrección tienen una característica común, y es que en ninguno de ellos es indispensable la presencia del Señor para el cumplimiento de sus propósitos. No es necesario que el Señor vuelva a la tierra para levantar a los muertos. Igual puede hacerlo desde el cielo. Todo lo que se ha propuesto hacer puede realizarlo desde los lugares celestiales, pues el poder imperativo de su voz no se atenúa con la distancia. Desde Caná sanó al hijo del noble que estaba en Capernaún, separado por treinta kilómetros de valles y montañas. En idéntica forma podría sacar de sus tumbas a los muertos sin abandonar el Trono del Padre, si así lo hubiera preferido (Juan 4: 46-54).

Poco tiempo después de la resurrección de Lázaro celebró el Señor la última cena con sus discípulos. Durante la conversación de sobre mesa Jesús les dijo: “Vendré otra vez y os tomaré a Mí mismo”, con lo que se refiere por vez primera a su propósito de venir *personalmente* a recoger a los suyos. Pero estas palabras por sí solas no nos aclaran si esta promesa de tomar a los suyos ha de cumplirse antes, al mismo tiempo o después de aquella gloriosa aparición que en público había proclamado (Mat. 24: 30). Esta aclaración la dejó para más tarde.

CAPÍTULO 3

LA RESURRECCIÓN Y EL RAPTO (II)

B. LA ENSEÑANZA DE LOS APOSTOLES (I)

La enseñanza del Maestro sobre la resurrección, de la que brevemente nos hemos ocupado en el capítulo anterior, puede resumirse como sigue:

Los que rehusan aceptar la autoridad suprema de Jesús el Señor sobre la vida y destinos de todos los hombres, y en particular de la suya propia; los que tienen en poco sus enseñanzas en cuanto a la forma de vivir; que persiguen fines mezquinos (*phaulos*, malos, palabra usada también en Juan 3: 20); que niegan sus derechos a Dios y sus congéneres, los tales han de ser despertados para el juicio del Gran Trono blanco (Juan 12: 48; 5: 29; Apoc. 20: 11-15). En este contexto, “juicio” no significa el acto de discernir entre la culpabilidad o inocencia de una persona, o entre la bondad o maldad de un acto, sino que se refiere a la ratificación de la condenación bajo la cual vivieron los hombres en el mundo, condenación de la que no quisieron librarse por la única puerta de escape abierto por Dios mismo, la de la Cruz del Calvario (Juan 3: 18).

Observemos que estas descripciones no se refieren a distintas clases de personas. Las características mencionadas son complementarias entre sí, y denotan a todos aquellos que pertenecen a una clase bien definida. Los que se sienten atraídos hacia Cristo y ponen su fe en Él, aprenden de sus labios en qué consiste la vida cristiana y reciben de El el poder necesario para vivirla. El cristiano ha de identificarse con Cristo de tal modo que el Hijo de Dios sea para él al mismo tiempo su Salvador y su Esperanza. Por el contrario, aquellos que rechazan a Cristo desechan con El su sabiduría y su poder, y, así, por elección propia, quedan abandonados a sus inútiles medios de salvación.

Cuando llegue el momento determinado para ello, el Señor mismo ha de venir a recoger a sus redimidos para tenerlos consigo. Todo esto lo aprendemos de los propios labios del Maestro, pero, según las Escrituras. El no siguió más adelante en esta revelación, ni aun después de resucitado, aunque su presencia entre los discípulos después de salir de la tumba debió iluminar poderosamente sus palabras, como las ilumina para nosotros.

Las palabras de Jesús a Marta no están incluidas en este resumen porque parecen haber sido dejadas por el Señor expresamente en cierta oscuridad hasta que madurase el tiempo de desvelar el consejo de Dios que estaba oculto en ellas.

Los Hechos de los Apóstoles y la Epístola de Santiago

Después de la Ascensión del Señor y el Descenso del Espíritu Santo, los Apóstoles y los discípulos diseminaron las Buenas Nuevas de Salvación por todas partes. Los Hechos de los Apóstoles nos suministran la narración de algunas de sus actividades, seleccionadas y ordenadas, pero las referencias a la resurrección que en este libro encontramos son testimonios de los Apóstoles acerca de la resurrección de Cristo Jesús (4: 33), dirigidos a los judíos (13: 34), o a los gentiles (17: 31), en su calidad de testigos que habían estado con el Señor antes y después de resucitado, o bien son afirmaciones sobre las creencias de los fariseos (23: 6), en las cuales el Señor les confirmó, como ya hemos visto. Pero ni el mismo Lucas ni ninguno de aquellos cuyas palabras Lucas recoge y nos transmite, adelanta un paso en la doctrina más allá del punto en que Jesús la había dejado.

La Epístola de Santiago es, posiblemente, el más temprano de los escritos novotestamentarios. Por eso buscamos en ella alguna referencia al tema de la resurrección, pero no contiene ninguna alusión específica al mismo, sino una cita de la Venida del Señor (5: 7 y 8), en la que se exhorta al lector a tener

paciencia en vista de la inminencia de la *Parousia* del Señor, que ya “se acerca”. Santiago, pues, no añade nada a lo que antes había sido revelado.

Las Epístolas Paulinas

En la cronología del Nuevo Testamento vienen a continuación los escritos de Pablo, el primero de los cuales es la Epístola a los Gálatas, o tal vez las dos cartas a los Tesalonicenses. En Gálatas no hallamos más que dos referencias a la Venida del Señor, o tal vez tres (1: 4; 5: 5 y 21) y éstas, más que enseñanzas doctrinales, son alusiones a asuntos conocidos tanto por el que escribe como por sus lectores. Por esta razón no contribuyen sino como apoyo a la doctrina que estamos estudiando.

La enseñanza de Pablo en Tesalónica

Las Epístolas a los tesalonicenses, por el contrario, son como una mina de ricos filones para el estudiante de las profecías, y, como a continuación veremos, avanzan en la revelación de la forma en que se cumplirá el propósito del Señor mucho más que cualquiera de los textos hasta ahora examinados. La introducción de la primera de estas cartas nos informa que durante su breve estancia en Tesalónica el Apóstol les había enseñado a los allí convertidos a “esperar de los cielos a su Hijo, al cual levantó de entre los muertos, a Jesús, nuestro libertador de la ira venidera” (1: 10, Vers. H.A.)

Bajo la expresión: “la ira venidera” hemos de incluir las calamidades con las cuales Dios visitará a los hombres sobre la tierra cuando la actual dispensación de la gracia llegue a su fin (H-J). “Nuestro Libertador es en realidad un título de Jesús, y la Liberación, aunque Pablo la considera como en el presente, es aún futura y sólo puede ser realizada por aquel que fue levantado de entre los muertos.

La forma en que haya de realizarse la liberación no la declara aquí el Apóstol. En realidad, parece como si él mismo no hubiera recibido aún ninguna revelación al efecto. Su permanencia entre aquellos nuevos cristianos fue breve, y en el intervalo que media entre su repentina partida de Tesalónica y el sentarse a escribir la carta, se había enterado de que algunos de ellos habían muerto. La pérdida a la naciente iglesia de Tesalónica en la consternación, sino que les había dejado perplejos en cuanto a las consecuencias que para los que habían partido pudiera tener el haber muerto antes de que se cumpliera la promesa del Señor de venir a librarlos de las futuras calamidades. Esta perplejidad sería aún más aguda en el caso, más que probable, de que la muerte de estos hermanos hubiera ocurrido como consecuencia de la persecución. ¿No habría sido estos mártires víctima de la catástrofe llamada “el día del Señor”, de la cual les había enseñado Pablo que serían librados?

La Primera Epístola a los Tesalonicenses

Fueron tales perplejidades las que motivaron esta epístola, especialmente la porción que comienza en el versículo 13 del cap. 4. El Apóstol empieza por declarar que Dios traerá con Jesús a los que durmieron en El. Es decir, cuando Dios “introduce por segunda vez al Primogénito en el mundo” (Heb. 1: 6), traerá también con El, por medio de la Persona que murió por ellos, a aquellos que habían dormido. Se hace referencia aquí al mismo acontecimiento al que apunta Jesús en Cesarea de Filipo cuando dice: “El Hijo de Dios vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles” (Mat. 16: 27), mencionado muchas veces con posterioridad, pues hasta que Pablo escribiera esta carta nada se había revelado sobre ninguna manifestación más temprana del Señor (H-J).

Pero, ¿cómo ocurriría esto si habían muerto y sus cuerpos estaban sujetos al proceso de corrupción? ¿Cómo podían venir con el Señor cuando El apareciera en su gloria? El v. 15 resuelve este problema dando “una palabra del Señor” para tranquilizar a los tesalonicenses. Esta palabra no es una cita del Antiguo Testamento, que no contiene nada semejante, ni es tampoco la repetición de alguno de los

dichos de Jesús durante su ministerio entre nosotros, pues no la encontramos en los Evangelios. Lo que escribe aquí el Apóstol es una revelación nueva que nos demuestra el cumplimiento de aquella promesa hecha por Jesús a sus discípulos: “Cuando venga el Espíritu de verdad..., El os declarará las cosas que han de acontecer” (Juan 16: 13). Aquellas cosas que el mismo Señor no quiso pronunciar, refrenando su lengua porque ni el tiempo habían aún llegado ni los corazones estaban en sazón para recibirlas, ahora las revela el Espíritu Santo. Muy especialmente las hasta entonces misteriosas palabras de Jesús a Marta (Juan 11: 25 y 26) reciben la necesaria aclaración. Cuando el Señor venga, según se describe en este pasaje, aquellos que hayan creído en El se dividirán en dos grandes clases: “nosotros, los que vivimos”, y “los muertos en Cristo”. Antes de este texto no hay afirmación alguna en la Escritura que asegure que los muertos hayan de ser levantados de la tierra. Sobre ambas clases se declara que “seremos arrebatados juntamente”, sin dejar lugar alguno a dudas sobre si habrá o no algún otro grupo no incluido en los dos citados, los vivos y los muertos, que haya de permanecer aquí mientras los demás son arrebatados en el aire (véase Apéndice, Nota C) (G-F).

Las palabras del Señor corresponden a las del Apóstol, y el significado de las primeras es aclarado por las segundas:

“El que cree en Mí, aunque esté muerto (literalmente, aunque hubiese de morir) vivirá”, corresponde a la afirmación de Pablo: “Los muertos en Cristo resucitarán primero.”

“el que vive y cree en Mí, no morirá”, se ve explicado por la revelación que nos transmite Pablo: “Luego nosotros, los que vivimos y quedamos para la venida del Señor” (Vers. H.A.)

Los dos grupos de creyentes, muertos y vivos, estaban representados en Betania: Lázaro representa a los que durmieron en Cristo; Marta y María, a los que le esperan en vida. Así ha sido desde entonces y así continuará ocurriendo hasta el fin, puesto que la fecha de la Venida del Señor no ha sido revelada, es desconocida, y los creyentes de todos los tiempos pueden considerarse como “nosotros los que vivimos, los que hemos quedado” (ver Apéndice, Nota D). No por esto hemos de caer en la vanidad de declarar que Jesús vendrá durante el tiempo que a nosotros nos conceda Dios vivir en el cuerpo, pero si hemos de hacer nuestras las palabras de Jesús que indican la verdadera actitud de todos el pueblo de Dios: “Lo que a vosotros digo, a todo lo digo: velad” (Marc. 13: 37).

El Rapto de la Iglesia

La Segunda Epístola a los Tesalonicenses no presenta la doctrina del Rapto de la Iglesia, pero antes de pasar a otros escritos deseamos llamar la atención del lector a estos dos hechos:

- 1) Lo que en el Antiguo Testamento y en los Evangelios es sólo la esperanza de la resurrección, por las Epístolas a los Tesalonicenses pasa a ser la esperanza de la Resurrección y del Rapto de la Iglesia, lo que supone un avance gigantesco. El Rapto, que consiste en el traslado de una persona de un lugar a otro, es una traducción del griego en cuyo original significa “arrebatar”, como bien se traduce en Juan 10: 12, 28 y 29, y en Hech. 8: 39. Así, pues, el rapto o arrebato de los santos o de la Iglesia, es una expresión netamente escritural que describe en forma muy expresiva el acto por el cual Cristo Jesús se llevará consigo a los suyos, vivos o muertos, en un abrir y cerrar de ojos, cuando vuelva con su poder y gloria (véase el Apéndice, Nota E).
- 2) Hasta el momento que estamos considerando, la revelación no nos ha indicado aún ninguna transformación en el cuerpo del creyente arrebatado, sea tomado de entre los vivos o de entre los muertos.

CAPÍTULO 4

LA RESURRECCIÓN Y EL RAPTO (III)

C. LA ENSEÑANZA DE LOS APOSTOLES (II)

Siguiendo el orden cronológico de los escritos neo-testamentarios como nos lo hemos propuesto, llegamos ahora, tras las cartas de Pablo a los Gálatas y a los Tesalonicenses, a la Primera Epístola a los Corintios, en la que se enuncia por vez primera la *morada* del Espíritu Santo en el cuerpo del creyente, con aquellas memorables palabras: “Ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cuál tenéis de Dios?” (6: 19). El Espíritu Santo *domiciliado* en el creyente, utilizando el cuerpo del creyente como su santuario, tiene una importancia extraordinaria en el rapto de aquellos en quienes ha hecho su morada, como veremos muy pronto.

En el cap. 15 el Apóstol se ocupa con cierto detalle de la resurrección. Aunque es verdad que las palabras expresas “resurrección del cuerpo” no se dan en la Escritura, también lo es que en ella la palabra resurrección se aplica exclusivamente al cuerpo, y nunca al alma o al espíritu (1)

(1) La referencia en Fil. 3: 11 no es, en realidad, ninguna excepción a esta regla. Aquí se utiliza una forma excepcional de la palabra, *exanastasis*, y la intención del Apóstol parece ser afirmar su deseo de “andar en novedad de vida”, según Rom. 6: 4. *Anastasis* tiene también otro significado en el Nuevo Testamento. La afirmación del texto se refiere, desde luego, sólo a aquellos pasajes que se relacionan con la resurrección. Véase más adelante en las Notas E y F.

Cuando el Apóstol habla de la resurrección de los muertos (v. 42) se refiere, pues, a los cuerpos, ya que éste es el asunto que está tratando, siendo sólo el cuerpo lo que muere (véase Apéndice, Nota F). Lo que se siembra en corrupción es evidentemente el cuerpo. Pero ha de efectuarse una transformación, según sugiere la rica serie de contrastes que sigue. Tal transformación ha de realizarla el poder vivificador del “Postrer Adán”, y su efecto consistirá en cambiar el cuerpo del creyente de forma que pase del tipo terrenal al tipo celestial. El nuevo cuerpo, o cuerpo de resurrección, estará de acuerdo con el medio celestial al cual está destinado.

Otra indicación de que ha de efectuarse un cambio radical es la afirmación del Apóstol en el sentido de que “la carne y la sangre” no pueden heredar el Reino de Dios, de forma que los que no hayan pasado por la muerte tendrán que sufrir también la transformación, pues “no todos dormiremos, mas todos seremos transformados”. Este pasaje es el primero en el que se habla de esta maravillosa transformación, no sugerida con anterioridad. La revelación sobre la Resurrección y el Rapto de la Iglesia había ejercitado la mente de los creyentes, que habían estado procurando imaginarse en qué forma ocurriría. Sus dificultades encuentran expresión en la pregunta del v. 35: “Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán?” Procuraban buscar una solución natural, pero la naturaleza por sí sola es incapaz de dar la contestación a estos problemas, por lo que era preciso que Dios diera su revelación.

“Os voy a decir un misterio – dice el apóstol Pablo -, Os voy a mostrar algo que antes existía, pero no podíais verlo hasta que Dios lo revelase”. Un misterio no es sino una verdad que queda fuera de nuestra vista y que sólo podemos percibir cuando Dios se digna descorder el velo que la oculta. Esta es una de esas memorables ocasiones en que Dios revela un misterio, y lo hace por medio del Apóstol. El misterio no podía consistir en informarnos de que “no todos dormiremos”, pues esto ya lo había expresado en la primera carta a los Tesalonicenses, sino que consiste en que “todos seremos transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de

incorruptión y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Cor. 15: 51-54) (G-H).

Y esto no ocurrirá mientras no venga el Señor, pues ésta completa y definitiva victoria la alcanza nuestro Señor Jesucristo, el “Postrer Adán” (v. 45), el Hijo, que es quien “a los que quiere da vida” (Juan 5: 21).

El cristiano y la muerte

En su segunda carta a los Corintios, el apóstol Pablo, sometido a un trabajo agotador, se enfrenta con la posibilidad de que su frágil cuerpo no resista la fatiga y que su “morada terrestre, este tabernáculo”, morada, en todo caso, transitoria, se derrumbe como edificio al que le fallan los cimientos. No se arredra Pablo por esta posibilidad, pues tiene la seguridad de la resurrección; sabe que este tabernáculo provisional se trocará por un edificio “una casa no hecha de manos, eterna”, “sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús y nos presentará juntamente con vosotros” (2 Cor. 4: 14; 5: 1).

En contraste con el pasaje de 1 Tes. 4: 15, donde el Apóstol se identifica con los creyentes que aún vivirán sobre la tierra cuando descienda el Señor para recibarnos en el aire, aquí se suma a los que ya habrán dormido, que no se encontrarán entre los mortales, sino entre lo corruptible, antes que llegue el Fausto acontecimiento. Se deduce claramente que ni en un pasaje ni en otro pretende el Apóstol profetizar sobre el estado en que él mismo o sus contemporáneos se encontrarán cuando el Señor venga. En ninguno de sus escritos se compromete Pablo con la afirmación categórica de que el Señor vendrá durante los años de su ministerio (véase Apéndice, Nota D), pero tampoco excluye tal posibilidad. Lo que positivamente hace es disponerse para recibir al Señor, gozarse en la esperanza de su venida y estimular a los demás cristianos a que se gocen con él. Habiendo hablado unas líneas más arriba de su esperanza de la resurrección con plena confianza, ahora declara que en este tiempo “gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial...para que lo mortal sea absorbido por la vida” (5: 2-4); en otras palabras, que esto mortal sea revestido de inmortalidad, según 1 Cor. 15: 53 (1).

- (1) En el pasaje de 2 Cor. 5: 1 no puede significar que se provea un cuerpo especial para que habite en él el espíritu durante el lapso entre la muerte y la resurrección, como algunos han sugerido. En ningún otro lugar se menciona tal cuerpo. Este “edificio” que tenemos de Dios es “aquella nuestra habitación celestial” (5: 2), de la que deseamos revestirnos. El creyente no desea la muerte (4), y en consecuencia no desea tampoco ningún cuerpo temporal, que sería necesario sólo en caso de muerte, no en caso de ser transformado. Además, Pablo muestra su disgusto por lo que llama el estado de desnudez, de encontrarse desvestido, es decir, por el intervalo durante el cual el espíritu está ausente del cuerpo, y no podría hablar de desnudez si para tal intervalo hubiese un cuerpo especialmente preparado para habitación transitoria del espíritu.

Por muy profunda que fuese la impresión del Apóstol sobre la posibilidad de que la muerte pusiera pronto fin a su ministerio, su ardiente deseo era que el Señor viniese y le llamara para reunirse con Él en el aire. No es que Pablo le tuviese miedo a la muerte. Si era la voluntad de Dios que muriese, dispuesto estaba a enfrentarse con ella sin temor alguno, porque había aprendido a exclamar: “¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón?” El se declara “confiado” e incluye en esta declaración a los demás cristianos, puesto que es privilegio de todo cristiano, y debe ser también su experiencia, el tener tan plena confianza. “Confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor” (5: 8). Porque la muerte, a pesar de ser un enemigo del creyente, ya no tiene poder más que para abrirle la puerta a la presencia del Señor.

La resurrección y la casa eterna

El capítulo 15 de la Primera Epístola a los Corintios y la primera parte del capítulo 5 de la Segunda, no son pasajes contradictorios entre sí, sino complementarios. El primero de ellos establece la continuidad de lo espiritual con el cuerpo natural: “se siembra...se levantará”. El segundo nos dice cómo se adapta el cuerpo transformado a las condiciones para las cuales está destinado: “un edificio de Dios, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos”. Las palabras transformación y resurrección implican, sin duda, esta continuidad, pero no significan en modo alguno que el cuerpo haya de ser idéntico en cuanto a las partículas de materia que componen el cuerpo mortal. “Lo que se siembra no es el cuerpo que ha de salir...Así también es la resurrección de los muertos” (1 Cor. 15: 37, 42).

No obstante, cuando se siembra trigo, trigo se cosecha; pero no se vuelve a recoger el mismo grano que se sembró. En esta característica de la naturaleza encuentra el Apóstol una analogía que le sirve para ilustrar la relación entre el cuerpo de muerte y el de resurrección. No debemos llevar la semejanza demasiado lejos, como ocurre en todas las analogías. De un grano de trigo brotan muchos granos, y en esto consiste la gloria del grano que murió, en que, al morir, no se queda solo, sino que se multiplica. La gloria del cuerpo de resurrección es muy distinta: consiste en que se siembra en corrupción, en flaqueza, en deshonra, y se levantará en incorrupción, en poder, en gloria.

<<¿Con qué cuerpo resucitarán?>>

Aquí es fácil “ir más allá de lo que está escrito”. El apóstol Juan nos avisa que aún no se ha manifestado lo que hemos de ser (1 Juan 3: 2), y el lenguaje de Pablo implica el mismo sentido. Allí donde la Escritura no es explícita, no intentemos serlo nosotros por cuenta propia. La identidad del cuerpo no depende de la identidad de las partículas que lo componen, pues éstas cambian con mucha frecuencia. Mientras el cuerpo se encuentra vivo, permanece en un estado de constante cambio, recibiendo de los alimentos y del aire nuevos materiales con los que va sustituyendo los que continuamente desgasta. El cuerpo del hombre es el cuerpo del niño desarrollado; durante toda su vida se considere uno y el mismo cuerpo, pero científicamente considerado, en el cuerpo adulto no queda ni una partícula de la materia que formaba el cuerpo del niño.

No obstante, a pesar de la renovación de la materia, si el hombre tiene una cicatriz, permanecerá en su cuerpo durante toda su vida, aunque las partículas de materia que sufriera la herida fueran eliminadas poco tiempo después. Lo mismo ocurre en la resurrección de los muertos. “¿Con qué cuerpo vendrán?” (1 Cor. 15: 35). Cada uno con el suyo propio, con el que Dios le ha dado, aunque no quede en él ni una partícula de la materia que en esta vida tuviera. No por eso dejará de ser su cuerpo, como el hombre adulto es el mismo cuerpo del niño, aunque todas sus moléculas hayan cambiado en el proceso de su desarrollo.

La morada del Espíritu

Ya se ha hecho constar que la primera mención de la morada del Espíritu Santo en el cuerpo del creyente se encuentra en la epístola que se ocupa ampliamente de la resurrección de dicho cuerpo; en la segunda epístola a los Corintios hay dos referencias a este hecho. La primera es: “...Dios, el cual...nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones” (1: 21 y 22); la segunda la encontramos en 5: 5; “...Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu”. Según el Apóstol es el Espíritu Santo que mora en el creyente quien le da a éste el valor necesario para mirar cara a cara a la muerte, porque el Espíritu Santo es las arras, la garantía de que los que mueran, cuyos cuerpos sufrirán los efectos de la corrupción, se levantarán con cuerpos incorruptibles.

Al final del argumento desarrollado en el cap. 7 de la Epístola a los Romanos, que en el orden cronológico es la que sigue a la segunda a los Corintios, Pablo describe la presente morada del espíritu del creyente como “este cuerpo de muerte”, palabras que pudieran tomarse como confirmación de la doctrina pagana del mal inherente en la materia (24). Pero pronto sale Pablo al encuentro de tal posibilidad, pues en 8: 11 lo llama

como en la carta a los Corintios, el cuerpo mortal, o cuerpo capaz de sufrir la muerte y sujeto a ella. Y en armonía con su doctrina expuesta en las primeras cartas, declara que este cuerpo mortal ha de ser vivificado (véase Apéndice, Nota J), ha de ser sorbido por la vida. El Vivificador es Dios, “quien levantó a Jesús de entre los muertos”, y la razón por la cual ha de ser vivificado es que ya en esta vida es la morada del Espíritu Santo. Una buena variante del pasaje es: “a causa del Espíritu que mora en vosotros” (Rom. 8: 11). No se dice que el Espíritu Santo levantó a Jesús, no se afirma en ninguna otra parte que levanta al creyente, por lo que no es admisible que este pasaje constituya una excepción a la regla general.

La redención en el pasado y en el futuro

El argumento se repite en el v. 23. “Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo”. La redención se menciona en el Nuevo Testamento en relación con dos hechos distintos. En una serie de pasajes se refiere a la Cruz, donde se pagó el precio de nuestra redención. Ejemplo de esta serie de pasajes es Efe. 1: 7. En otra, se hace referencia a la Venida del Señor, cuando El tomará posesión de lo que compró a tan alto precio. “Este cuerpo de muerte” ha sido redimido de la esclavitud, y cuando Jesús venga será librado con aquella gloriosa libertad que es su herencia segura por la ofrenda del Cuerpo de Cristo, una vez para siempre, garantizada por la gracia del Espíritu Santo al tomar nuestro cuerpo como morada (Heb. 10: 10).

En una de sus últimas cartas, el Apóstol vuelve a reunir estos dos sentidos de la redención en la misma correlación: “Habiendo creído en El, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida”, posesión adquirida indudablemente por quien pagó el precio en la Cruz (Efe. 1: 13-14 y 4: 30). Cuando el hombre se vuelve hacia Dios, en Cristo Jesús su Redentor, es sellado para Dios con una marca que denota al mismo tiempo seguridad y pertenencia, para ser suyo para siempre, y el Espíritu Santo hace del cuerpo de tal hombre su morada para garantizar que aquel cuerpo, propiedad especial de Dios en virtud del precio pagado por él en la Cruz del Calvario como redención, le pertenece al Señor y tomará posesión del mismo en su Venida, para alabanza y gloria de Dios y para mostrar su poder, capaz de redimir del dominio de la muerte y de la tumba aquello que es perecedero y corruptible. De esta forma, el cuerpo, en el que ahora se manifiesta el poder del pecado de forma tan patente que justifica incluso el empleo de nombres como “este cuerpo de muerte”, pasa a ser “posesión adquirida” de Dios. Tanto en la vida como en la muerte se hace evidente la salvación de Dios, de la cual el Espíritu Santo que mora en el creyente es el poder y las arras de la promesa.

A semejanza de Cristo

En el capítulo 8 de Roanos leímos los versículos 11 y 23. Volvamos al mismo capítulo para leer otro versículo que queda entre los dos, el 19, que alude a lo más elevado de la revelación sobre la resurrección y el raptó del creyente. “El anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios”. Es sorprendente que donde podíamos esperar que el Apóstol escribiese “la manifestación del Hijo de Dios”, escribiera “de los hijos de Dios”. La explicación se encuentra un poco más adelante (v. 29), donde el escritor dice que “a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos”. En 1 Cor. 15: 47-49 hay una alusión similar, pero, como bien podría esperarse teniendo en cuenta el método progresivo de la revelación, esta mención, como es anterior a la que hemos leído en la Epístola a los Romanos, no es tan clara. En la carta de Pablo a los Filipenses, que con toda probabilidad fue su última dirigida a una iglesia –al menos de las que han sido preservadas para nosotros-, el propósito de Dios se declara de forma categórica: “Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo, el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Fil. 3: 20-21). De esta forma queda contestada la inevitable pregunta. El cuerpo se cambiará o transformará, pero ¿cómo quedará? A semejanza de nuestro Señor, y esto no sólo en el plano moral, pues el cuerpo espiritual

que ha de sustituir al cuerpo natural ha de llevar la imagen de aquel en el cual Cristo se mostró en el Monte de la Transfiguración, en el que se le apareció a Juan en la isla de Patmos, y en el que nosotros le veremos cuando venga a establecer el reinado de Dios sobre la tierra.

Hay otra pregunta más: ¿Quién efectuará esta transformación y con qué poder lo hará? Las palabras de Jesús fueron: “Yo lo resucitaré en el día postrero”; “todos los que están en las tumbas oirán su voz (la voz del Hijo de Dios) y se levantarán”; “vendré otra vez y os tomaré a Mi mismo”. Luego está claro que realizará Cristo mismo y será para estar con Él. Es Cristo mismo quien ha de transformar este cuerpo de pecado y de dolor, “por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas”. Tal poder es esencialmente divino, y no es concebible otro superior a él. Como tampoco es concebible que quien tal poder exhibe sea otro que Dios mismo.

Las fronteras de la revelación

Hasta aquí podemos llegar por el firme camino de la Sagrada Escritura. No tenemos la respuesta a todas las preguntas que la mente humana puede formularse, sino que muchas interrogantes han de quedar pendientes aún. No entra en los planes de Dios revelar muchas cosas para las cuales nuestro lenguaje carece de adecuada expresión, y es imposible para nosotros escuchar todo aquello para lo cual nos falta la necesaria madurez. Sabemos que aún queda mucho por revelar porque el apóstol Juan expresamente dice que “aun no se ha manifestado lo que hemos de ser”. Pero si la inteligencia ha de quedar aún con interrogantes, no así el corazón, pues tenemos la certeza de que “cuando El se manifieste seremos semejantes a El” (1 Juan 3: 2). Al discípulo le basta con ser como su maestro, y al siervo con ser como su señor, sin ambicionar más. Y esta noble ambición se verá plenamente satisfecha cuando “le veremos como El es”.

CAPÍTULO 5

LA PAROUSIA DEL SEÑOR

Pasó la medianoche, ya la aurora

Del Lucero del Alba se avecina.

Pronto se verterá la última lágrima,

Pronto se sacará la última espina.

¡Ven ya, Pastor amante! ¡No demores!

¡Tu oveja en el desierto peregrina,

Para acudir a la morada eterna

Sólo espera escuchar tu voz divina!

(De *The Story of the Glory*, de Boyd.)

El discurso de nuestro Señor a sus discípulos en la misma noche de la traición no sólo llevaba la intención de consolarles de la tristeza de su separación y de fortalecerles para soportar la oposición y la persecución que se avecinaba, sino también la de confirmar su fe en Cristo durante su ausencia de entre ellos y dirigir sus corazones hacia la esperanza de su regreso. Cristo Jesús había de estar espiritualmente presente con cada uno de sus seguidores a través de la dispensación que estaba a punto de comenzar, pero, además, retornaría a ellos, y esto no sólo en el sentido espiritual. “Voy a preparar lugar para vosotros, y si me fuere o os aparejare lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.” Un poco más adelante, en el curso de esta plática, sigue diciendo: “Un poquito y no me veréis, y otra vez un poquito y me veréis” (Juan 14: 2, 3; 16: 16). Tales expresiones no pueden referirse a una venida espiritual, pues sus palabras son inequívocas, directas, y de una simplicidad que impide dejarlas de lado atribuyéndolas un sentido meramente espiritual y figurado. Se separaba de los suyos en presencia corporal, y en presencia corporal volvería y los tomaría a Sí mismo. En su cuerpo de resurrección “se mostró a Sí mismo vivo después de su pasión...apareciéndoseles...y reuniéndose con ellos (Hech. 1: 3). No fue ningún fantasma quien se elevó de en medio de los discípulos en su Ascensión, sino que el mismo cuerpo que Jesús había invitado a Tomás el Dídimo a palpar para cerciorarse de la autenticidad de la resurrección, fue el “tomado...al cielo” (Hech. 1: 11), y en el mismo acto, los mensajeros celestiales allí presentes renovaron la promesa con las inolvidables palabras: “Este mismo Jesús (no otro, ni su espíritu, ni su influencia) que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”. Es decir, vendrá personalmente, visiblemente, y será el mismo Jesús que ascendió.

Esta Promesa no se ha cumplido aún

A pesar de que han transcurrido 19 siglos desde que se pronunciaron estas promesas, el segundo advenimiento de Cristo no se ha producido aún. No ha tocado a su fin la dispensación durante la cual Cristo aseguró a sus discípulos que su presencia espiritual no les faltaría. El derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés, con su tremenda importancia, no fue la Segunda Venida, ni consiste ésta en las gratas experiencias espirituales de los creyentes, ni en el paso de éstos por la muerte para estar con Cristo. Todas estas interpretaciones quedan excluidas por las palabras terminantes de los mensajeros celestiales, que arriba hemos transcrito, y por el claro lenguaje de Pablo al revelar que “el Señor mismo, con voz de mando, con

voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (1 Tes. 4: 16-17). Definitivamente, este lenguaje no admite interpretación en el sentido de un advenimiento espiritual, ni se ha cumplido esta profecía por ningún acontecimiento de los ocurridos desde la Ascensión hasta nuestros días. Jesús vendrá para llevarse consigo, en Persona, a su Iglesia. El creyente que hoy duerme en el Señor lo hace en la esperanza de la resurrección, y los que permanecen vivos deben estar alerta, aguardando el glorioso día cuando serán arrebatados para recibir a su Señor (E-G).

Tan claro como los textos que acabamos de considerar es el de 1 Cor. 15: 51-53: “No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque será tocada la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad”. Aquí tenemos otra descripción del mismo acontecimiento al que se refiere 1 Tes. 4, con la sola diferencia del punto de vista desde el cual lo enfoca el Apóstol en uno y otro caso. En la carta a los Tesalonicenses se hace resaltar la participación directa del Señor, mientras que en Corintios se pone el énfasis en el efecto de la resurrección.

¿Qué quiere decir <<Parousia>>?

La resurrección y el arrebatamiento o rapto de los santos, que se predicen en estos pasajes, constituyen el acontecimiento inicial de lo que se llama en el Nuevo Testamento la “Parousia del Señor”. Pablo usa esta expresión en el pasaje de 1 Tesalonicenses que acabamos de comentar, en esta forma: “Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en El. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida (parousia) del Señor, no precederemos a los que durmieron” (1 Tes. 4: 14-15).

La palabra *parousia*, que es sólo una transliteración del griego, se traduce frecuentemente por *venida*, traducción que no nos da todo su significado y que ha conducido a interpretaciones un tanto erróneas. No se trata de un caso de incapacidad de los traductores, sino que la dificultad estriba en que no existe en nuestro idioma una palabra sola que exprese exactamente la idea de *parousia*. Por este motivo, muchos autores prefieren dejarla sin traducir, explicando su significado y dando su transliteración, en lugar de limitarse a traducirla por *venida*. Literalmente, *parousia* quiere decir “una presencia”, el hecho de “estar con” alguien. Así se vierte a menudo, denotando, no una acción momentánea como *venir* o *venida*, sino un estado. La preposición que acompaña a *parousia* no es “a”, como tendría que ser en el caso de traducir, por ejemplo, “la venida de los suyos”, sino que va acompañada de la preposición “con”. Pablo les dice a los creyentes de Filipos que confía estar con ellos “para vuestro provecho y gozo de la fe, para que abunde vuestra gloria de mi en Cristo Jesús por mi presencia (*parousia*) otra vez entre vosotros”. La “presencia otra vez entre vosotros” incluye tanto el ir a ellos como el estar con ellos. Además, les exhorta para que así como han sido obedientes durante su presencia (*parousia*, permanencia entre ellos), lo sean mucho más durante su ausencia (*apousia*), ocupándose en su salvación con temor y temblor (Fil.1: 26 y 2: 12).nuevo

En un documento griego aproximadamente de la misma época en que se escribió el Nuevo Testamento, una dama afirma que el cuidado personal de sus propiedades requiere su presencia (*parousia*) en cierta ciudad, sin duda por aquello de que el ojo del amo engorda al caballo. Estos ejemplos, bíblicos y extra-bíblicos, bastarán para demostrar que, mientras que el acto inicial de la llegada es esencial para una *parousia*, ésta implica, sin lugar a dudas, una estancia más o menos prolongada después de la llegada (1).

(1) El *Biblico-Theological Lexicon of New Testament Greek*, de Cremer, página 238, dice: “Sólo si no le damos a la palabra su completo significado podemos emplear Parousia para denotar la Segunda Venida de Cristo. No es fácil explicar cómo Parousia ha llegado a utilizarse en este sentido”. La solución consiste en reconocer que *parousia* se emplea siempre en las Escrituras en su sentido primordial de *estar presente*, o de una *presencia*, y nunca como nombre o título de la Segunda Venida. Siempre que se utiliza este término en relación con el Señor, la Versión Revisada inglesa anota al margen que en griego quiere decir presencia, pero no lo da como versión alterna, sino que se limita a señalar el sentido en griego. Es de lamentar que se haya traducido en el texto por *presencia* en cada uno de los 24 veces que ocurre.

Cremer cita unas sugestivas palabras de Ewald haciendo notar que la Parousia de Cristo corresponde perfectamente a la Shekinah de Dios en el Antiguo Testamento. Para él, también la venida de Cristo se ha oscurecido al atribuir a *parousia* un sentido que le es extraño. Parece una perogrullada decir que el uso propio de la palabra debe ser el que gobierne a la teología, en lugar de ser ésta quien dicte el sentido que hemos de darle a la palabra. Sin embargo, el olvido de tan sencilla norma exegética es culpable de buena parte de la confusión en que se ha sumido la esperanza del Evangelio en la mente de muchos.

Tomemos otro ejemplo del Nuevo Testamento para confirmar que varios pasajes en los que *parousia* se traduce por *venida* sólo se explican plenamente cuando se tiene en cuenta el significado de *un periodo de tiempo*. Pedro dice: “No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas...sino habiendo visto con nuestros propios ojos su Majestad” (2 Ped. 1: 16). Evidentemente, Pedro no se refiere aquí a una momentánea manifestación del Señor, ni el acto de su advenimiento, sino al periodo de su transfiguración en presencia de Pedro mismo, de Jacobo y de Juan. Como a continuación explica: “Cuando El recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviado desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado en el cual tenga complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con El en el monte santo” (17, 18). El poder y la gloria de la parousia del Señor en el Monte de la Transfiguración era sin duda anticipo de su futura parousia con sus santos, pero el pasaje se refiere directamente al pasado, no al futuro. La importancia de la palabra en este pasaje, sin embargo, recae tanto en la ilustración que da del significado de “presencia” mejor que de “venida”, como en su indicación de un periodo de tiempo dentro de límites bien definidos. Esto tiene especial interés en un aspecto de la Segunda Venida que requiere un estudio más detenido, que a continuación hacemos.

¿Qué nos enseña la Primera Epístola a los Tesalonicenses?

Al escribir a los tesalonicenses, Pablo usa constantemente el término *parousia* en un sentido que no permite en modo alguno aplicarlo exclusivamente al momento del advenimiento del Señor en el aire. Lamentándose de su forzosa ausencia de ellos, y gozándose por anticipado de su anhelada reunión, cuando los impedimentos de Satanás sean cosa del pasado, y el Señor hay reunido a su pueblo junto a sí, Pablo dice: “¿Cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida (parousia)? Vosotros sois nuestra gloria y gozo” (1 Tes. 2: 19-20). Al hablar así el Apóstol está pensando, sin duda alguna, en el tiempo y en las circunstancias inmediatamente posteriores al rapto de la Iglesia, y no solo en el instante del rapto propiamente dicho. Entonces se verá el fruto de su servicio a favor de los convertidos, tanto en el hecho mismo de su presencia allí con el Señor como en la alabanza y premio que recibirán en el Tribunal de Cristo. Esto será compensación más que suficiente para Pablo por todos sus desvelos y aflicciones en la extensión del Evangelio. Los propios convertidos constituían su esperanza, la que

cristalizaría en realidades cuando llegase la cosecha. Eran también su gozo, un gozo actual que había de consumarse en el mismo tiempo y constituían su corona de gloria, premio al cumplimiento de la labor que he había sido encomendado, aparte de la corona que recibiría de las propias manos del Galardonador.

Refiriéndose de nuevo al mismo período, dice Pablo: “El Señor os haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos, como también lo hacemos nosotros para con vosotros, para que sean afirmados vuestros corazones, irreprochables en santidad delante de Dios nuestro, en la venida (parousia) de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos” (3: 12-13). Aquí la traducción “venida” es completamente inadecuada, pues hace que el pasaje aparezca como si presentara una venida de Cristo con sus santos, lo cual no ocurrirá sino al final de la Parousia. Al principio de la Parousia de Jesús, El vendrá a recoger a sus santos, y al final vendrá con ellos. Pablo está hablando aquí de las circunstancias del periodo que transcurre entre uno y otro de estos dos acontecimientos.

Pablo deseaba que los que se habían convertido desarrollasen y perfeccionasen su carácter cristiano hasta tal punto que pudieran ponerse ante el Tribunal de Cristo en su Parousia limpios de toda acusación. Si leemos *parousia* o *presencia* en lugar de *venida* veremos el pasaje en su verdadera luz, concordando perfectamente con el contexto siguiente. Observemos aquí que la *parousia* será *con todos los santos*, que ninguno se habrá quedado atrás en el Rapto de la Iglesia.

El periodo de la Parousia se percibe de nuevo al final de esta epístola cuando el Apóstol, dando cima a una serie de exhortaciones finales, expresa sus deseos para con los convertidos en términos similares a los que acabamos de considerar: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo sea guardado irreprochable para la venida (lit. “en la parousia”) de nuestro Señor Jesucristo” (5: 23). Se trata de creyentes, santificados, y Pablo desea que su vida diaria corresponda a su profesión de santos para que, prácticamente separados para Dios y preservados por su poder en todas las partes de su ser, espíritu, alma y cuerpo, sean hallados libres de mancha en la presencia del Señor, el día en que se pase revista a sus actos.

¿Qué nos dice el Apóstol Juan?

El apóstol Juan manifiesta el mismo celo por el bienestar espiritual de aquellos por los cuales se esforzó en el servicio de Cristo, cuando se cumpla la bienaventurada esperanza. “Y ahora, hijitos, permaneced en él para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida (parousia) no nos alejemos de él avergonzados” (1 Juan 2: 28). Una vez más observamos que se tienen en cuenta las consecuencias de nuestra vida actual, según serán consideradas por el Tribunal de Cristo. El contexto hace evidente que Juan, al decir “cuando se manifieste”, se refiere a la venida del Señor a recoger a su Iglesia, pues repitiendo la misma frase dice más adelante: “cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (3: 2). El uso del subjuntivo, “cuando se manifieste”, no implica duda alguna sobre el hecho de que se manifestará, sino que deja en suspenso el momento en que ha de ocurrir la manifestación a fin de que los santos estén siempre alerta. La manifestación del Señor a sus santos, y el rapto de éstos, serán dos acontecimientos simultáneos.

Las aspiraciones expresadas al final de este versículo sobrepasan los límites del acontecimiento inicial de la manifestación del Señor, llevándonos a la duración de su presencia y a las circunstancias del Tribunal de Cristo. Juan desea que durante aquel tiempo, ni él mismo, que ha cuidado de los creyentes a quienes dirige esta carta, ni éstos, que han sido objeto de sus desvelos, tengan de qué avergonzarse delante del Señor, sino que puedan presentarse ante El con confianza. Esto depende de la vida actual del creyente, y Juan ve dos posibilidades: o bien el creyente permanece fiel en Cristo y deja que lo que ha oído desde el principio siga arraigado en él, o por el contrario, que se deje

arrastrar por los que procuran descarriarle. Esto determinará su ganancia o pérdida de remuneración en la Parousia. Y los resultados no afectarán exclusivamente al creyente, sino que el cuidado pastoral, medido en términos de la firmeza de fe de los pastoreados, contribuirá en tan solemne ocasión al gozo de quien se ha esforzado en apacentar la grey, si su trabajo no ha sido en vano. En contraste, la falta de fe conducirá a la vergüenza tanto del Apóstol como de los convertidos, quedándose éstos sin premio.

Así, pues, el apóstol Juan no está avisando a sus “hijitos” de la posibilidad de que, cuando el Señor venga, algunos se queden “en tierra” mientras los demás, que han sido fieles, son transformados y transportados en el aire por el Señor. Toda la escena está situada en lugares celestiales, y las circunstancias son las que corresponden al Tribunal de Cristo. La enseñanza de Juan está completamente en armonía con la de Pablo en los pasajes que antes hemos considerado.

También el apóstol Pedro, al exhortar a los ancianos al fiel ejercicio de sus deberes pastorales para con la grey de Dios, se refiere de la misma forma a la manifestación de Cristo como término y fin del servicio, y les indica el periodo que sigue inmediatamente a dicha manifestación como la ocasión del premio por sus labores: “Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los Pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria” (1 Ped. 5: 2-4). La manifestación de Cristo para llevarse consigo a sus santos vuelve a presentarse en este pasaje como acontecimientos preliminar de la revisión del servicio realizado por tales santos en el mundo, cuando se presenten ante el Tribunal de Cristo.

Otras descripciones del mismo periodo

No es, pues, la Parousia del Señor un acontecimiento instantáneo, sino un periodo de tiempo durante el cual Cristo estará presente con sus santos después de venir a recibirlos en el aire, en el transcurso del cual hará la prueba de la obra de sus siervos para determinar el premio que cada uno haya de recibir. Este periodo se describe también como “el día de Cristo” (Fil. 1: 10; 2: 16), “el día de Jesucristo” (Fil. 1: 6), “el día del Señor Jesús”(1 Cor. 5: 5; 2 Cor. 1: 14), y “el día de nuestro Señor Jesucristo” (1 Cor. 1: 8). Obsérvese que siempre forma parte de estos nombres uno de los títulos “Jesús” o “Cristo”, cuando no entran los dos, y un examen minucioso de los pasajes citados muestra que todos ellos están relacionados con el periodo de la Parousia, mas el hecho de que este grupo de expresiones se diferencia del “día del Señor” que más tarde se relaciona con un periodo de tiempo completamente distinto.

Veamos primero los pasajes de la Epístola a los Filipenses. Al hacer constar su gozo en la permanente comunión con los convertidos de Filipos en el extensión del Evangelio, Pablo afirma su confianza en que “el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”. En otras palabras, estaba seguro el Apóstol de que, por el poder de Dios, la firmeza de aquellos cristianos continuaría durante toda su vida de servicio en este siglo, de forma que Cristo lo estimaría en su verdadero valor en el día en que tales creyentes se presentarían ante su Tribunal. Lo mismo que había orado por los creyentes de Tesalónica, en relación con la Parousia, para que anduviesen en amor a fin de que fuesen hallados sin mancha cuando tal periodo llegase, así pide ahora por los de Filipos, que su amor abunde más y más en ciencia y en todo conocimiento para que aprueben lo mejor (lo más excelente), y que sean sinceros e irreprochables para el día de Cristo (1: 9,10), lo que identifica claramente el día de Cristo con la Parousia. En idéntica forma, lo mismo que

tenía a los tesalonicenses por su esperanza, su gozo y su corona de gloria ante el Señor en su Parousia, en vista de que su fidelidad y firmeza eran fruto de su trabajo apostólico, así también exhorta a los filipenses para que sean irrepreensibles y sencillos, resplandeciendo como luminas en el mundo, para que en el día de Cristo pudiera gloriarse de no haber corrido ni trabajado en vano (2: 15, 16). Una vez más, el pensamiento del Apóstol y su lenguaje son los mismos que al hablar de la parousia.

Sigamos con las referencias anotadas en las Epístolas a los Corintios. Al comienzo de la primera Epístola a los Corintios Pablo les expresa a los miembros de aquella iglesia la seguridad de que el Señor les confirmará hasta el fin, es decir, hasta el fin de su carrera terrenal, para que sean “irrepreensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo”, y les recuerda que Dios es fiel para confirmarles, puesto que les ha llamado a la comunión con su Hijo Jesucristo (1 Cor. 1: 8-9).

En 2 Cor. 1: 14 –“somos vuestra gloria, así como también vosotros la nuestra, para el día del Señor Jesús”- la idea de Pablo es salir al encuentro de sus detractores, que procuraban desprestigiar el carácter y el servicio del Apóstol a los ojos de la iglesia de Corinto, minando así su obra. En otras palabras, Pablo les dice a los corintios: “¿No soy yo quien os ha traído el Evangelio? Las bendiciones que habéis recibido, ¿no os han venido por medio de mi ministerio? Pues si así es, ambos podemos regocijarnos ante el Señor: yo me gozaré en veros allí, fruto de mis desvelos, y vosotros en verme a mí recompensado. Es decir, que el pensamiento está igualmente situado en el periodo de la presencia del Señor durante la cual la obra de cada uno será probada, y los galardones repartidos.

Al darle a la iglesia de Corinto las instrucciones pertinentes para el triste caso del culpable de inmoralidad, el Apóstol toma también el punto de vista del periodo de juicio. La disciplina es necesaria no solamente para el bienestar presente de la iglesia, sino también para beneficio, en última instancia, del ofensor. Había que entregar el incestuoso a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu fuese salvo en el día del Señor Jesús (1 Cor. 5: 5). La palabra “día” en estos contextos va siempre asociada a la idea de juicio, porque el día revela el verdadero carácter de las cosas, en contraste con la noche, que lo deforma y oculta. En relación con su propio servicio dice el apóstol Pablo: “Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano (lit. “día humano”); no aun yo me juzgo a mí mismo. Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios” (1 Cor. 4: 3-5).

El día humano o día del hombre es el periodo cuando el hombre enjuicia las cosas. El día del Señor Jesucristo será el periodo cuando El enjuiciará el servicio de sus santos. “La obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará (es decir, el día cuando Cristo juzgue la obra, ésta se verá en su auténtico carácter), pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cual sea, el fuego lo probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó (que edificó sobre el fundamento que está puesto, v. 11), recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, el sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego” (1 Cor. 3: 13-15).

Una aclaración sobre el Día del Señor

Los pasajes que hemos considerado se refieren con toda claridad al tiempo y a las circunstancias de la venida del Señor a recoger a sus santos, y a su presencia con ellos. Pero hemos mencionado otro

día bajo el nombre de “el día del Señor”, que no se relaciona nunca con estos acontecimientos, sino que siempre está vinculado con el juicio del Señor sobre el mundo, y con su personal intervención en los asuntos terrenales, tema al que hemos de dar más detallada consideración en otro capítulo.

En cuanto a esta distinción entre “el día del Señor” y “el día de Cristo”, o “del Señor Jesucristo”, es importante observar la correcta versión de 2 Tes. 2: 2 que es “el día del Señor”, y no “el día de Cristo” como se lee en algunas versiones. Como este pasaje está relacionado con la Parousia, nos vemos obligados a considerarlo más de cerca.

En el primer capítulo, Pablo ha hablado de la futura revelación de Jesús el Señor, desde el cielo, “con los ángeles de su poder en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo”. En aquel tiempo sus santos, habiendo permanecido con Él durante su Parousia, le acompañarán en su manifestación en gloria. “Cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado de todos los que creyeron” (2 Tes. 1: 10). “Cuando Cristo se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Col. 3: 4). La divina venganza dará entonces entrada al Día del Señor, y el Apóstol habla de tal Día para prepararse a corregir una falsa impresión que tenían los creyentes de Tesalónica sobre el mismo. Como les habían dicho que el Día del Señor había comenzado ya, sus mentes se encontraban confusas y en mala situación para comprender el Rapto de la Iglesia y la Parousia. Pablo mismo les había escrito que Cristo vendría a reunir a sí mismo, con el poder de la resurrección, tanto a los hermanos que habían ya partido de entre ellos en el sueño de la muerte, como a los que aún viviesen, y que ciertos acontecimientos habrían de ocurrir en el mundo antes de que empezase el Día del Señor. Si este Día había comenzado ya, según les decían, natural es que se encontrasen perplejos en cuanto a la prometida venida de Cristo a recoger a los suyos.

Por esta razón les escribe de nuevo para corregir sus ideas sobre ambos acontecimientos, y les muestra la distinción entre la Parousia y el Día del Señor. Al recordarles las circunstancias que inevitablemente han de darse en el mundo antes de comenzar el Día del Señor, modificaría también su visión de la Parousia, lo que hace, en efecto, al principio del cap. Segundo, como sigue:

“Pero con respeto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con El, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el Día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado.”

Respeto a es traducción de la preparación griega *huper*, que vale tanto como decir *acerca de*, o *a fin de corregir vuestras ideas sobre...* Este pasaje podemos parafrasearlo así: “A fin de corregir vuestras ideas sobre la Parousia de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con El en el Rapto, del que os hablé en mi primera carta (1 Tes. 4: 17), os ruego que os mantengáis firmes, incommovibles, sin permitir que conturben vuestra firmeza los que vienen con nuevas predicaciones, ni aun si alguien os presentase alguna carta diciendo que es mía, en el sentido de que el Día del Señor está a mano o ha comenzado ya. No os dejéis engañar, pues el Día del Señor no vendrá sin que antes se haya presentado la apostasía, y se haya manifestado de forma pública y notoria el hombre de pecado.”

La recta comprensión de las condiciones de vida en el mundo que han de preceder al Día del Señor fijaría sus ideas en cuanto a la Parousia. El Apóstol les muestra que el hombre de pecado ha de ser vencido por el Señor en la manifestación de su venida (v. 8). Literalmente, la frase es “en la epifanía

de su parousia”, o sea, “el resplandor de su presencia”. Este acontecimiento coincide con “la manifestación del Señor Jesús” que se menciona en 1: 7 y que indica el fin de la Parousia.

Resumen sobre la Parousia

En breve, la Parousia es un periodo de tiempo que empezará con la Venida del Señor Jesucristo en los aires para recoger a sus santos, resucitando a los que hayan muerto y transformando a los vivos, recibiendo a todos a si mismo. Los redimidos le darán cuenta de su mayordomía, en el Tribunal de Cristo, y recibirán de sus manos los trofeos, o sufrirán la pérdida de los mismos, de acuerdo con la medida de su fidelidad. La duración de la Parousia no está determinada en las Escrituras. Siendo de carácter celestial, hace un vivo contraste con las circunstancias de este mundo, el cual, una vez arrebatada de él la Iglesia, caerá bajo los juicios de Dios. Al final de la Parousia, el Señor vendrá con sus ángeles y con sus santos, manifestándose en gloria para vencer a sus enemigos, acontecimiento que se describe como “la manifestación de su presencia”.

Nota: El *comienzo* de la Parousia de Cristo ocupa lugar destacado en 1 Cor. 15:23; 1 Tes. 4: 15; 5: 23; 2 Tes. 2: 1; Sant. 5: 7-8, y 2 Ped. 3: 4. Su *transcurso*, en 1 Tes. 2: 19; 3: 13; Mat. 24: 3, 37, 39; y 1 Juan 2: 28. Su *conclusión*, en Mat. 24: 27 y 2 Tes. 2: 8. (Tomado del libro de los mismos autores *Notes on the Thessalonians.*)

CAPÍTULO 6

EL TRIBUNAL DE CRISTO

El periodo comprendido entre F y H en nuestro diagrama, que se describe en el Nuevo Testamento como la Parousia, y en el Día de Cristo, es de particular interés para el cristiano, ya que en dicho Día el curso de su vida será examinado a fin de otorgarle el premio por todo cuanto haya hecho y sufrido en el cumplimiento de sus responsabilidades como testigo de su Señor en este mundo. Pero hemos de hacer una bien delimitada distinción entre este juicio y el juicio de las naciones descrito en Mat. 25: 31-46, pues este último ha de celebrarse después de la manifestación del Señor en gloria (H-J) y de su venida a la tierra, mientras que el juicio que ahora nos ocupa, el del Tribunal de Cristo, se celebrará entre el Rapto de la Iglesia y el Segundo Advenimiento. En el juicio de las naciones (o de los gentiles), a algunos se les declara malditos, y son arrojados al castigo eterno, mientras que en el Tribunal de Cristo no puede darse tal condenación por impedirlo las condiciones bajo las cuales se celebrará. Por otra parte, hay que deslindar con la misma precisión el juicio del Gran Trono blanco, que se celebrará después que Satanás haya sufrido, con sus huestes, la última derrota, al final del Milenio (Apoc. 20: 11-15). Los términos que describen estos tres juicios impiden toda confusión, pero es menester reconocer que los diferentes autores sagrados que de ellos se ocupan sabían lo que querían decir, y lo dijeron, pues con excesiva frecuencia asumimos que deseaban expresar una cosa y dijeron otra, o que, a pesar de sus diversas descripciones, todos ellos se refieren, en todas las ocasiones, a uno y el mismo juicio universal. No podemos hacer a las Escrituras decir que el mundo está corriendo a rienda suelta hacia una conflagración final que será seguida por un juicio universal. Las palabras con las cuales el Espíritu Santo ha hablado no son responsables de la extendida confusión de ideas sobre este asunto, sino que tal confusión proviene de leer sin la debida atención, y de negar a los escritores sagrados la inteligencia y la integridad ordinarias.

Hay varios pasajes en los que se describe el Tribunal de Cristo, y nos ocuparemos a continuación de los principales.

La palabra traducida *tribunal* en este caso es *bema*, mientras que en los otros casos (Mat. 25: 31 y Apoc. 20: 11) es *thronos*, es decir, *trono*. Esta última palabra se reserva en el Nuevo Testamento para denotar autoridad en los lugares celestiales, sea buena o mala, incluyendo la autoridad de Dios mismo. La única excepción a esta regla es la mención del Trono de David (Luc. 1: 32), al que se hace referencia de forma bien significativa, solamente en una profecía que concierne al reinado del “mayor hijo del gran David”. Incluso el trono del Emperador César se llama *bema*, como aquél ante el cual Jesús fue condenado a muerte por Pilatos (Hech. 18: 12; Juan 19: 13). Se observará, por tanto, que *bema* no denota falta de dignidad como símbolo de una autoridad competente. Sus asociaciones son del carácter más impresionante, y solemnes han de ser los resultados que afecten a todos los que hayan de presentarse ante tal tribunal.

El tiempo en que ha de celebrarse el juicio ante el Tribunal de Cristo nos lo indican las palabras del Señor en Luc. 14: 14: “seréis recompensados en la resurrección de los justos”. Pero no es necesario que nos detengamos sobre este punto ahora, porque ya se ha tratado en el capítulo anterior, y volverá a tocarse en el capítulo 10.

Este tribunal se nombra dos veces, una bajo el título de tribunal “de Dios” (Rom. 14:10), y otra como “de Cristo” (2 Cor. 5: 10), pero no se trata de dos tribunales distintos, sino de uno solo, pues ya sabemos que “el Padre no juzga a ningún hombre, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos

honren al Hijo como honran al Padre...y le dio autoridad de hacer juicio porque es Hijo del Hombre” (Juan 5: 22, 23, 27). No hay, pues, más que un Juez, según vemos también en 1 Cor. 4: 5, “no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones, y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios”. La referencia a su Venida hace evidente que Pablo, al decir aquí Señor, se refiere al Señor Jesús, mientras que la alabanza ha de proceder de Dios Padre. Las palabras del Apóstol están, pues, en armonía con las del Señor mismo.

Juicio sólo para cristianos

Por lo que se refiere a las personas que han de someterse a este juicio, muchas son las Escrituras que nos informan. El pasaje de 1 Cor. 3: 10 a 4: 5 se refiere a los cristianos de aquella iglesia. Sois de Cristo, les dice, sois templo de Dios. Habían sido edificados sobre el fundamento, Cristo Jesús, y a su vez, ellos edificaban también sobre el mismo cimiento. Rom. 14: 1-12 es igualmente explícito. Un hombre puede ser débil en la fe, pero no se dirá de él que sea débil en la fe a menos que sea de Cristo. Dios le ha recibido y él se ha convertido en siervo de Dios, aunque sea un siervo débil. Se trata de hermanos que pecan contra sus hermanos pero que son del Señor.

El otro pasaje principal (2 Cor. 5: 1-10) también se refiere a los cristianos, y, al igual que los anteriores, exclusivamente a ellos. La carta está dirigida “a la Iglesia de Dios...con todos los santos” (1: 1). Algunas veces el Apóstol les habla a los cristianos en lenguaje directo, como en 4: 14 y 15. Otras veces se asocia con ellos, como en 5: 1-9, de donde podemos concluir que el “nosotros” del v. 10 se refiere exclusivamente a los cristianos. No hay indicación alguna que nos autorice a suponer que el escritor amplía el alcance de su lenguaje al pasar de una afirmación a otra. Los mismos que andan por fe y no por vista, que desean agradar a Dios, que han recibido el Espíritu, que esperan la venida del Señor y que están de buena ánimo a pesar de enfrentarse con la muerte, son también los que han de comparecer ante el Tribunal de Cristo.

Esto se deduce también de que el juicio a que venimos aludiendo tiene lugar durante la Parousia, y nada se dice de los no cristianos sobre este período. Sólo los que son de Cristo, vivos o muertos, participan en el Rapto que los introducirá a la presencia del Señor cuando Él descienda en los aires.

Hemos de recordar aquí otra cosa, ya mencionada en un capítulo precedente. Cuando los creyentes sean arrebatados para estar con Cristo, sus cuerpos serán transformados. Según Fil. 3: 21, “Jesucristo...transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya”. Está claro, pues, que el juicio que ahora nos ocupa no será para determinar la inocencia o la culpabilidad de quienes comparezcan ante este tribunal. La cuestión de salvación y de perdición se resolvió para ellos con anterioridad. El Tribunal de Cristo no decidirá el derecho de los creyentes de participar de la salvación que les ha permitido ya entrar en la Parousia, sino que se encuentran allí como consecuencia de haber llegado a ser hijos de Dios por su fe en Cristo Jesús, fe que les ha dado la redención por la sangre de Cristo, recibiendo así el perdón de sus pecados. El propósito de este juicio es otro completamente distinto, y lo encontramos claramente establecido en los pasajes de las Escrituras que ya hemos leído.

La salvación y el juicio

El principio general que sirve de base para todas las relaciones entre Dios y el hombre es que la salvación del hombre es siempre por la gracia de Dios, y que el juicio es siempre según las obras. Esta regla no conoce excepciones. Nadie se ha salvado ni se salvará por sus merecimientos; nadie se

ha condenado ni se condenará, sino porque sus obras justifiquen la condenación. Pero, al mismo tiempo, el galardón que cada persona salva recibirá de las manos del “Galardonador” estará de acuerdo con sus obras. Esta es la forma en que Dios hace justicia, según nos lo tiene revelado, y no hay duda alguna de que sus caminos son justos (1).

(1) *Misthos*, que generalmente se traduce como *premio*, se vierte por *paga* en Juan 4: 36, y por *salario* en 1 Tim. 5: 18. Es decir, que *misthos* denota algo que se ha merecido, no un simple regalo.

El apóstol Pablo había oído noticias de Corinto que reclamaban una mano firme, aunque amorosa, para corregir a quienes justamente consideraba como sus hijos en el Evangelio. El había puesto el cimiento de la iglesia de Corinto, y ese cimiento era la piedra fundamental, Cristo. Ahora los creyentes de Corinto estaban construyendo sobre el cimiento establecido, pero, ¿cómo construían? No parece que Pablo se dirija a ninguna clase en particular, dentro de la iglesia, sino que todos son edificadores, cada uno en la medida en que añada algo a la estructura. Y puede cada cual construir con diversos materiales, tales como oro, plata, piedras preciosas, o bien con madera, paja u hojarasca. Lo que parece indudable es que, con material bueno o malo, todos están construyendo, que nadie puede ser miembro de una iglesia sin influir en el carácter de la misma, sin añadir algo a su construcción, sea con materiales nobles, sea con materiales que desdigan del resto del edificio. Es menester que cada miembro de una iglesia, hombre o mujer, joven o viejo, mire bien cómo edifica sobre el Cimiento, porque llegará el día en que su obra sea examinada y juzgada: el Día de Cristo. Entonces habrá premios para el trabajo que los merezca. “He aquí Yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Apoc.22: 12). Por el contrario, si lo que se ha sobreedificado ha sido de tipo perecedero, sin valor, el edificador se salvará, será tomado en el Rapto, pero sufrirá la correspondiente pérdida de galardón. Solemne revelación que nos indica que, ante el Tribunal de Cristo, habrá creyentes que no recibirán esa ansiada palabra de alabanza de su Señor, ni la corona que Dios se regocija en colocar sobre la cabeza de toda alma fiel.

El cristiano y la iglesia

El Apóstol está refiriéndose a la iglesia, pero no a la universal, Cuerpo de Cristo, sino a la asamblea que se reúne en el Nombre de Cristo en una localidad cualquiera, alrededor de Cristo, que ha prometido estar en medio de ellos, aunque sólo sean dos o tres. Todo este pasaje está dedicado a elevar nuestro concepto de los deberes y responsabilidades del miembro de la iglesia o asamblea local, y a enseñarnos que el Señor espera que cada uno contribuya en la parte que le corresponde a la vida, crecimiento y desarrollo de su asamblea, sabiendo que llegará el momento en que habremos de dar cuenta al Señor de la iglesia, individualmente, pues cada uno dará razón a Dios de sí. La mente de Dios en relación con la iglesia local se percibe fácilmente por el lenguaje que usa en las Escrituras acerca de la de Corinto: “¿No sabéis que sois templo (santuario) de Dios y que el Espíritu de Dios mora en (o entre) vosotros?” ¿Qué podemos esperar, pues, si Dios no habita en la casa material, hecha de manos, sino en sus redimidos? La contestación es fácil: que según obremos en, por o contra la iglesia, así hará Dios con nosotros. “Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él”, y, por el contrario, si alguno sobreedifica, anima, confirma, refuerza con su labor y su ejemplo ese santuario hecho de piedras vivas, ese templo de Dios “el cual sois vosotros”, sin duda alguna Dios le premiará (1 Cor. 3: 10-17).

En la segunda Epístola a los Corintios el Apóstol trata el mismo asunto desde otro punto de vista, no colocando en primer término ante los ojos de los corintios a la iglesia misma, sino al cristiano en todo el ciclo de su vida espiritual. El resultado es, desde luego, el mismo, porque el hombre no es un ente aislado que vive incomunicado en un compartimiento estanco a la relación exterior, y lo que el cristiano dice y hace

en su vida diaria le afecta a la iglesia a que pertenece como miembro. Muchos extraños no conocerán a ningún otro miembro de la iglesia, de forma que tu testimonio vivo será su única base para formarse un concepto de la iglesia a la que perteneces y de la que eres, aunque no quieras, embajador y representante. El miembro de una iglesia local seguirá siendo los domingos el mismo hombre que haya sido cada día de la semana. El Apóstol está pensando en la certeza –y en la proximidad- del fin de la oportunidad para el servicio. Pero sea por medio de la muerte, sea por transformación del cuerpo mortal en cuerpo celestial, lo cierto es que todos y cada uno de los creyentes habremos de estar ante el Tribunal de Cristo (2 Cor. 5: 10). La palabra empleada por Pablo para indicar nuestra presencia allí, “comparecer”, parece sugerir que no se trata de un juicio secreto para cada persona, sino en presencia de todos los demás, de acuerdo con 1 Cor. 4: 5, que varias veces hemos traído a colación para demostrar que “el Señor...aclarará también lo oculto de las tinieblas y manifestará las intenciones de los corazones.”

El propósito de estas palabras es diáfano. Se trata de que ni hagamos ni permitamos en nuestra congregación nada de la cual tengamos que avergonzarnos ante el Señor. Que el pensamiento del Tribunal de Cristo sea un freno para nuestra lengua y para nuestros actos, al mismo tiempo que una espuela para que la vida de Cristo se manifieste en nosotros. Es verdad que nuestra conciencia de pecado (Heb. 10: 2) nos hace temblar ante la perspectiva de que nuestros pecados salgan a la luz, pero hemos de corregir esta primera impresión teniendo en cuenta, al menos, dos consideraciones: que nos gozaremos en la perfecta victoria del Señor sobre el pecado, manifiesta en nosotros, y que el amor a la verdad será tan fuerte en nosotros que no pretenderemos aparecer sino como realmente somos, desechado ya de nuestra mente la idea que ha imperado en el mundo desde que Adán y Eva intentaron esconderse de la mirada de Dios. Eliminado el pecado, lo odiamos como lo que es, como en realidad debemos odiarlo ahora también.

No tengamos temor de nada que el Señor considere sabio y bueno. De otra forma, el Señor podrá preguntar dónde está nuestra fe. Además, son nuestros pecados los que hacen que se blasfeme el nombre de Cristo, y en aquel día el Nombre no será blasfemado, sino glorificado. Lo que en nosotros hay que le pertenece a Cristo, el fruto del Espíritu Santo, eso permanecerá en nosotros para alabanza, gloria y honor de nuestro Señor (1 Pd. 1: 7). Lo demás pesará, nos quedaremos sin ello, pero ¿no es verdad que estamos deseando que pase? La pérdida no consistirá en la destrucción de los materiales perecederos –madera, paja, hojarasca- que no resistan la prueba inexorable del fuego, pues eso constituirá una liberación más que una pérdida. Esta consistirá, en realidad, en la falta de gloria para el Señor y de galardón para nosotros mismos por no haber vivido de acuerdo con su Palabra Santa.

“Conociendo, pues, el temor de Dios –continúa el Apóstol-, persuadimos a los hombres.” El temor de Dios que no es terror de su justicia, como el pecador sin perdón ha de tener, el que tiene que huir de la ira que vendrá, sino el reverente temor que inspira un Dios todopoderoso y santo ante el cual responderemos de nuestra vida de servicio, pensamiento que debía alentar a los cristianos de Corinto, de la primitiva iglesia y a los de cualquier iglesia en un pueblo o ciudad de nuestro siglo, a que su servicio y su testimonio, su vida entera, sea tal que no se avergüencen de presentarse delante del Señor.

La siembra y la siega

Tenemos que comparecer ante “el Señor, juez justo” (2 Tim. 4: 8), cuyo principio de justicia queda enunciado en las palabras: Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gál. 6: 7). De aquí que la palabra “destruir” se repita en el versículo ya citado (1 Cor. 3: 17): “si alguno destruyere..., Dios le destruirá”, e igualmente en 2 Cor. 5: 10: “que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o malo”. El cuerpo actual es el instrumento por el cual se lleva a efecto la voluntad del hombre; el cuerpo de resurrección será el que lleve la paga de su conducta. Si ésta es buena, la paga será un premio determinado por la sabiduría del Señor; si es mala, el castigo consistirá en la pérdida de tal premio y del gozo correspondiente.

Este principio lo vemos confirmado en Colosenses 3: 23-25: “Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor, y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas.” Obsérvese que la importancia de estas palabras viene realizada por el contexto en que se encuentran enclavadas, en medio de una serie de exhortaciones dirigidas a las esposas, los maridos, los niños, siervos y amos. De esta forma, que no de otra, han de vivir todos aquellos que, encontrándose en el estrato social que sea, sienten reverencia por el Nombre del Señor y por su Palabra.

“El que hace injusticia recibirá la injusticia que hiciere”, es una palabra difícil de comprender. No podemos darnos una idea clara de cómo Dios la cumplirá con aquellos que estarán ya en el cuerpo glorificado, coherederos del gozo de los redimidos en la salvación consumada en espíritu, alma y cuerpo. Pero no podemos esperar que el efecto de esta ley se suspenda haciendo con ellos una excepción. El Señor, que “sabe librar de tentación a los piadosos y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio” (2 Ped. 2: 9), sabe también dirigir y utilizar esta norma de la siembra y la siega aplicada igualmente a sus hijos. Tratar de aliviar el texto de la Escritura, restándole peso, sugiriendo que la ley de la siembra y la siega se aplica exclusivamente a esta vida, no sirve para nada porque el contexto no autoriza al lector a pensar otra cosa de la indicada que, mientras que la siembra es aquí, la siega es en el más allá. Está claro que si no fuese por esta supuesta dificultad de referir estas palabras al cristiano en el estado en que, según vemos por la Escritura, aparecerá ante el Tribunal de Cristo, no surgiría la cuestión en cuanto al tiempo y al lugar de su aplicación.

El pasaje paralelo de Efesios 6: 8 difiere en forma que da consuelo e inspira valor al creyente para que sea “celoso de buenas obras”, “sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor”.

Acerca de las coronas

Tenemos asegurado tanto el premio merecido como la pérdida del no merecido. A pesar de ello, está escrito que aquellos que no reciban corona se salvarán también, aunque sea así como por fuego (1 Cor. 3: 15). Las coronas de que se habla la Sagrada Escritura son laureles que hay que ganarse aquí. No se trata de la herencia común de los santos concedida en virtud de la gracia y sin consideración a las obras. Corona y salvación no son sinónimas. La salvación se recibe por fe, sin las obras, pues es don de Dios y nadie puede gloriarse en ella. Las coronas, en cambio, son galardones que se ofrecen como incentivo para que aquellos que han puesto su fe en Cristo la manifiesten por medio de la obediencia. Es el laurel al que se ha esforzado en la carrera y en la lucha, peleando fiel y denodadamente por su Señor. Al hablarle sobre este asunto a los corintios, el Apóstol no está preocupado por la salvación de sus almas, ni está pensando si alguno de ellos se quedará atrás en el Rapto de la Iglesia. Esto quedó resuelto para cada creyente cuando fue librado del poder de las tinieblas y entró en el Reino, momento desde el cual fue contado con los redimidos, los que han obtenido el perdón de sus pecados por la sangre de Cristo (Col. 1: 13). Lo que le preocupaba era que, habiendo inducido a otros a correr para ganar el premio, no fuese él mismo a disminuir su vigilancia y su esfuerzo, dejando por ello de alcanzar la corona incorruptible (1).

- (1) En el Nuevo Testamento las coronas se prometen a los creyentes como premio a su constancia y a su fidelidad en el servicio. “Una corona incorruptible” parece ser la designación general aplicable a todos los premios prometidos a quienes sean aprobados por el Tribunal de Cristo (1 Cor. 9: 25). “La corona de justicia” describe el carácter del premio (2 Tim. 4: 8). “La corona de vida”, o de la vida, describe la naturaleza permanente del premio, en contraste con la transitoriedad del juicio en que se gana y correspondiendo a la naturaleza del Dios viviente que lo otorga (Sant. 1: 12; Apoc. 2: 10). La “corona incorruptible de gloria” se refiere al premio otorgado a aquellos que se entregan sin ostentación y sin buscar ganancia al cuidado de la grey en ausencia del Príncipe de los pastores (1 Ped. 5: 4). De *Notes on the Epistles to the Thessalonians*, por los mismos autores.

Años más tarde, cuando el fin de su periodo de servicio parecía estar a mano, el Apóstol les escribió a los filipenses que sólo tenía una ambición, la de “ganar a Cristo” para que pudiese “conocerle, y el poder de su Resurrección, y la participación de sus padecimientos” para así ser “semejante a Él en su muerte”. “Si en alguna manera – añade – llegase a la resurrección de entre los muertos” (Fil. 3: 8-13). La palabra *exanastasis* no se utiliza en ningún otro lugar del Nuevo Testamento. ¿Podemos pensar que Pablo estuviese incierto en cuanto a su participación en la resurrección y de su raptó con los demás creyentes, habiéndole dado Dios esta seguridad muchos años atrás (1 Tes. 4: 17), así como por medio de su palabra y de su pluma se la había dado él a otros? Una vez más no se ocupa Pablo de su salvación, de la que hacía mucho tiempo que estaba seguro, y en ella se había gozado, sino que se ocupa de algo que aún no posee. Desde luego, no lo poseía aún si es que estaba hablando de la resurrección de la que había escrito a los corintios (1 Cor. 15). ¿Por qué había de hacer estas observaciones sobre algo tan evidente? Además, pocas frases más adelante se declara a sí mismo entre los que están esperando al Señor que venga de los cielos (v. 20).

¿Es posible que esté hablando de otra resurrección anterior a aquella sobre la que él mismo ha escrito tanto? Contra esta solución hay, por lo menos, dos objeciones insoslayables: Pablo no se refiere en ningún otro lugar a tal acontecimiento. Además, el deseo de la resurrección llevaría implícito el de la muerte, pues sin muerte no puede haber resurrección, y el Apóstol en ningún pasaje expresa tal deseo. Como vimos en un capítulo anterior, Pablo no le tiene miedo a la muerte, pero tampoco la desea. Lo que desea ardientemente es la Venida del Señor. Y si al principio de esta carta a los filipenses (1: 23) habla de la perspectiva de la muerte como de una liberación, lo hace sólo por comparación con las luchas y sufrimientos de esta vida y en la seguridad de que partir es estar con Cristo, “el morir es ganancia”.

La resurrección de entre los muertos, o salida de entre los muertos por resurrección, a la que aspira el Apóstol con tanto ardor, es lo mismo que describe en su Epístola a los Romanos (6: 4) como “andar en novedad de vida”. El había inducido a otros a considerarse muertos al pecado pero vivos para Dios en Cristo Jesús (6: 11), y sus palabras ahora a los creyentes de Filipos revelan la misma ambición de su alma. Habiendo predicado a otros, no quería perder él mismo el premio que aguarda a quienes han vivido como deben hacerlo las personas que se han bautizado en el Nombre de Cristo. La diferencia en la forma de expresión es atribuible a la diferencia de propósito y de método existente entre ambas epístolas. En la Epístola a los Romanos, un tratado doctrinal, escrito a una iglesia con la que no ha tenido trato personal alguno, el Apóstol está exponiendo unas enseñanzas. En la carta a los Filipenses, que transpira afecto personal en cada frase, escrita a personas que conocía y amaba como a hijos en la fe, Pablo revela el profundo deseo de su corazón. En la primera es el maestro que expone con autoridad apostólica las doctrinas del Evangelio, mientras que en la segunda es el ejemplo viviente de lo que expone. “El premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3: 14) es la corona incorruptible, la corona de justicia de 1 Cor. 9: 25 y 2 Tim. 4: 8. (*Ano*, que aquí se traduce por *arriba*, se encuentra nuevamente en Col. 3: 1, 2. Esto fija el significado de la palabra. El Apóstol anima a los colosenses a buscar las cosas “de arriba, donde está Cristo, sentado a la diestra de Dios”, y a fijar su pensamiento en las cosas de arriba por contraposición con las de la tierra, y declara que él también aspira a lo mismo. “El premio del supremo llamamiento” y “las cosas que son de arriba” parecen ser expresiones alternas para la misma idea.)

La Parábola de los Talentos (Mat. 25: 21) nos sugiere cómo debemos concebir estos premios. “Su Señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel: sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré: entra en el gozo de tu señor.” Desechemos la idea de que el cielo es un lugar de feliz ociosidad y de dignificada inactividad, como muchos lo imaginan. La eterna juventud no puede ser feliz –ni siguiera estar contenta– en la inactividad. Tampoco será un estado en el que la energía se malgaste en empresas egoístas o sin propósito determinado. La Escritura dice que “sus siervos le servirán” (Apoc. 22: 3); luego será un

servicio, ciertamente el más grato y feliz, pero ordenado y planeado por el Rey y Señor a quien serviremos.

CAPÍTULO 7

EL RESPLANDOR DE LA PRESENCIA

En este capítulo vamos a ocuparnos de los acontecimientos que pondrán fin a la actual dispensación. El testimonio de las páginas sagradas hace perder toda vana esperanza de una liberación masiva del género humano que lo desencadene de sus miserias y tristezas, bien sea por el humano esfuerzo o por cualquier sistema de evolución de signo positivo, de perfeccionamiento, o incluso por la predicación del Evangelio. No es que la Palabra de Dios no extienda su generosa mano cargada de ofertas de liberación a la raza humana; por el contrario, esa edad de oro contada por los poetas y representada por los idealistas tiene su amanecer confirmado en todas las partes de la Biblia, y para la introducción de esa era milenial Dios tiene sus propios planes, sobre los cuales los escritores sagrados están completamente de acuerdo. Pero las actividades propias de la civilización no encuentran acomodo en este plan divino para la redención del mundo, porque las más sabias y poderosas empresas del hombre son incapaces de eliminar la raíz del mal que se opone a su liberación.

Entiéndase con toda claridad que no pretendemos desalentar ningún humanitario esfuerzo para aliviar el dolor y remediar la miseria. Si tal hiciéramos dejaríamos de ser seguidores de Cristo, quien siempre mostró un corazón compasivo, doliéndose con los afligidos, y todo el que le reconozca como Señor y Maestro ha de compartir su simpatía y estar dispuesto a tender su mano al desvalido. Cuando Jesús envió a sus discípulos a predicar el Evangelio, ¿no les ordenó también que curasen a los enfermos? Esperamos demostrar en otro capítulo que la esperanza del retorno de nuestro Señor, lejos de ser incompatible con este tipo de cristianismo práctico, sirve para estimular al cristiano a ejercitarse en él. Si alguno profesa ser siervo de Cristo y estar esperando su retorno, y no sigue al Maestro por este sendero, tendrá mucho de qué avergonzarse. Cada uno de nosotros tiene la obligación de esforzarse por reducir la suma total de la maldad y del dolor humanos. No se diga, pues, una sola palabra en detrimento de los planes de mejora social, económica o política. Ahora bien, hemos de hacer constar que la raíz de los males sociales y nacionales está demasiado profunda para que estas filantrópicas empresas puedan extirparla.

El pecado no proviene meramente de la ignorancia, pues los sabios también pecan; por tanto, la cultura no es capaz de eliminarlo. No es tampoco exclusivamente el resultado del medio ambiente, por lo que las mejoras sociales no lo desarraigan. Todos estamos de acuerdo en que el pecado no surge de la pobreza, pues se da también entre los ricos, por lo cual es seguro que no se eliminará mejorando la situación económica. A veces ocurre lo contrario, al menos en sus manifestaciones más ostensibles. La redención de la raza humana de la causa de los males que la separan de Dios y de los efectos que en ella tienen la maldad y la miseria, ha de ser el resultado de la intervención directa del Hijo de Dios, quien ya ha asentado la base para esta redención al morir en la Cruz del Calvario en sustitución del pecador. Cristo mismo es quien implantará la bendición del Milenio en el mundo, y no lo hará en un mundo preparado para ello por la beneficiosa influencia de los medios humanos, sino arrojando súbitamente del mundo las fuerzas del mal, humanas y sobre humanas, que continuarán su lucha sin cuartel hasta el final de esta dispensación.

El fin de esta dispensación

La Palabra de Dios pinta con colores muy oscuros el estado del mundo al final de la dispensación o era presente. El apóstol Pablo nos dice que “en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuados, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios,

que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella” (2 Tim. 3: 1-5). Ciertamente, las condiciones actualmente imperantes en el mundo no indican que las predicciones del Apóstol vayan a quedar en ridículo, ni siquiera la más atrevida predicción que sigue en el v. 13: “los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados”.

El mismo Señor comparó el estado de la humanidad al final de esta dispensación con el existente en los días de Noé, inmediatamente antes del Diluvio, y también con el reinante en las ciudades de la llanura, de donde fuera rescatado Lot. “Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se deban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca y vino el diluvio y los destruyó a todos. Asimismo como sucedió en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste” (Luc. 17: 26-30). No es que fuese malo que los hombres comieran y bebieran, se casaran, edificaran, etc., actividades normales al desenvolvimiento humano. El mal residía en que habían excluido a Dios de su pensamiento, mientras se ocupaba en asuntos que les eran permitidos. Esto lo pone el Señor de relieve como la característica de la humanidad al final de nuestra era. El resultado moral de “rehusar tener a Dios en su noticia o conocimiento” se hace patente en el Antiguo Testamento, en la historia de los tiempos de Noé y de Lot y en el primer capítulo de la Epístola a los Romanos.

Una coalición de estados

El hombre busca la paz y la seguridad universal por medio de la eventual abolición del militarismo como arma del afán de conquista y hegemonía, estableciendo en su lugar una unión democrática internacional. Cristo Jesús, que ha demostrado la exactitud de su predicción sobre el levantarse nación contra nación y reino contra reino en la presente dispensación, así como que habrá grandes terremotos y hambres y pestilencias en diversos lugares, al mismo tiempo predijo que en lugar de paz y seguridad al final de esta época habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra, porque las potencias de los cielos serán conmovidas (Luc. 21: 10, 11, 25, 26). Y en prueba de que la hora final está a la vista, añade inmediatamente: “Entonces verán al Hijo del Hombre que vendrá en una nube con poder y gran gloria”, acontecimiento que nos introducirá en la próxima dispensación. Debe quedar bien claro, pues, que los esfuerzos político-sociales del hombre no pueden alcanzar el éxito universal en lo que respecta a paz y fraternidad.

Una liga de naciones, o confederación de estados, al estilo de lo que hoy se preconiza como remedio para la situación internacional, no solamente se ha predicho en la Escritura, sino que incluso se ha señalado de antemano su seguro fracaso. Los diversos imperios gentiles que dominaron de forma más o menos completa el mundo conocido, le fueron revelados al profeta Daniel, quien los simbolizó como otras tantas *bestias*. La cuarta y última de ellas, que marca el final del dominio gentil, la veía Daniel con diez cuernos. La interpretación de esta visión es como sigue: “La cuarta bestia será distinta de todos los demás reinos...y en cuanto a los diez cuernos, de este reino se levantarán diez reyes” (Dan. 7: 23, 24). En la primera parte del mismo capítulo Daniel atribuye personalidad a la bestia (17) y su símbolo representa tanto a la cabeza imperial como a sus dominios. El apóstol Juan recibió una visión paralela a ésta, en la que vio una bestia con diez cuernos, explicando de nuevo el simbolismo, pero con más detalles: “Los diez cuernos que viste son diez reyes que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia. Estos tienen un mismo propósito y entregarán su poder y su autoridad a la bestia” (Apoc. 17: 12, 13). Estos diez reinos de breve duración (“una hora”) son, indudablemente, contemporáneos entre sí. Los potentados que están a la cabeza de ellos se ponen de acuerdo en cuanto a la política a seguir, consistente en entregarle el poder conjuntamente a la **bestia**, a

un potentado superior a ellos. Hasta la fecha no se ha producido este acontecimiento, pero tenemos razones para esperararlo tanto por la Escritura como por el rumbo que sigue la política internacional.

La Escritura manifiesta también que la existencia de la liga de naciones y de estados proveerá la oportunidad para que un hombre de suficiente carácter domine la situación. De este hombre y de la forma en que él y su confederación vendrán a su fin por medio de la manifestación del Hijo de Dios que hará venir juicio sobre ellos, nos ocuparemos un poco más adelante. Su derrota está expresada con suficiente claridad en estas palabras: “Pelearán (la bestia y sus confederados) contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque El es Señor de señores” (Apoc. 17: 14). Esta intervención personal de Cristo en los asuntos del mundo marca el final de su Parousia con sus santos en el aire, que fue el tema del capítulo anterior. Por el mismo motivo constituye, como veremos, el acontecimiento inicial del “Día del Señor”, y Pablo lo describe como “la manifestación (lit. la epifanía) de su Parousia” (2 Tes. 2: 8), y el propio Señor habló de esta manifestación como sigue: “Como el relámpago que sale del Oriente y se muestra hasta el Occidente, así será también la venida (parousia) del Hijo del Hombre” (Mat. 24: 27). La Parousia del Hijo del Hombre es su manifestación o presencia desde el punto de vista de la tierra, su Parousia con sus santos en los lugares celestiales sólo será conocida de los hombres cuando sea revelada. Desde el punto de vista puramente celestial, como sincronización con el “Día de Cristo” o el periodo de juicio sobre el servicio de sus santos, la Parousia termina en esa misma fecha. Entonces el Señor vendrá con ellos en gloria y comenzará el Día del Señor.

Aclaraciones

Algunos acontecimientos tales como la Gran Tribulación, señales y juicios del cielo y grandes calamidades en la tierra, serán destinados a preceder al Día del Señor, por lo que hemos de distinguirlos de dicho Día. Esto se aclara más si comparamos la profecía de Joel, citada por el apóstol Pedro, con las palabras de Jesús relativas a la Gran Tribulación. Joel dijo: “Daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre y fuego y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová (Joel 2: 30-31). Pedro habla del “Día del Señor, grande y manifiesto” (Hech. 2: 20), y Jesús nos dice: “Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mat. 24: 29-30).

La Gran Tribulación es la época de la “angustia de Jacob”, o sea, la encarnizada persecución del Anticristo contra los judíos (G-J). El Día del Señor es la época durante la cual Cristo ejercerá personalmente su autoridad en el mundo, comenzando con su aparición en gloria (J-B). Nunca se confunden en la Escritura el Día del Señor y la Gran Tribulación, y esta última hay que distinguirla también de los juicios divinos que han de manifestarse antes del Día del Señor, las señales en los cielos y en la tierra mencionados en el pasaje de Joel que acabamos de transcribir.

Tenemos, pues, un orden prefijado para todos estos acontecimientos. Primero, la Gran Tribulación; segundo, señales en el sol, la luna y las estrellas (a las que Lucas añade calamidades en las naciones y desfallecimiento de los hombres, etc., según vimos en Luc. 21; 25, 26); y tercero, la manifestación del Hijo del hombre. Joel y Pedro indican que las señales en los cielos procederán inmediatamente al Día del Señor; Jesús dijo que seguirán inmediatamente a la Gran Tribulación, y precederían a su manifestación en gloria; por tanto, la revelación del Hijo del Hombre en poder y gloria coincidirá con la iniciación del Día del Señor (H-J).

Que los judíos han de sufrir la Gran Tribulación se ve bien claro en los pasajes que a continuación consideramos: Jeremías profetizó que ninguna época de tribulación será igual a la de la angustia de Jacob, o sea, de la nación judía (Jer. 30: 7). Dios le reveló a Daniel que su pueblo, los judíos, pasarían por una época de angustia “cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces” (Dan. 12: 1); y el Señor paralelamente afirma que “habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá (Mat. 24: 21). Dondequiera que estén los judíos cuando llegue aquella época, sufrirán esa persecución universal contra ellos. Porque si bien es verdad que antes que la tribulación llegue volverán a establecer su nación en Palestina, no todos residirán en ese territorio, sino que gran número de ellos estarán viviendo en otras partes del mundo. De acuerdo con esto, aquellos que hayan sido sacrificados durante la Tribulación, los que Juan ve en su visión apocalíptica “delante del Trono y del Cordero”, se dice de ellos que han salido de toda nación, y tribu y pueblo y lengua (Apoc. 7: 9 y 14).

“La señal del Hijo del Hombre” estimamos tener que entenderla subjetivamente. Tiene que haber señales en los cielos inmediatamente después de la Gran Tribulación, pero la señal del Hijo del Hombre no está clasificada entre éstas, sino que será algo especial y distinto. Las palabras pueden entenderse en sentido equivalente a “la señal que es el Hijo del Hombre”, sin denotar específicamente una señal que preceda a la aparición del Señor. Esto parece confirmarlo el orden de los acontecimientos dado en Apocalipsis 6, que corresponde al de Mateo 24. Primero hay juicios preliminares, guerras, hambre y pestilencias (1-8); siguen señales en el cielo (12, 13), y finalmente la aparición del Señor en Persona, la “epifanía de su Parousia”. Esa es la señal del Hijo del Hombre, cuyo efecto será que “los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes y decían a los montes y a las peñas: “Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquél que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie? (Apoc. 6: 15-17).

El Hombre de Pecado

Las escrituras sagradas no sólo hablan de una forma general, como en los pasajes ya citados, sobre las circunstancias que caracterizarán al mundo del fin de esta era, sino que también nos suministran detalles específicos, algunos de los cuales veremos a continuación porque nos conducen al principio del Día del Señor.

En el capítulo sobre la Parousia hemos visto que en la 2ª Epístola a los Tesalonicenses Pablo trataba de corregir la idea que sobre el Día del Señor se había establecido en sus tiempos. Si con anterioridad, evitando detalles, había enseñando que la Venida del Señor a recoger a sus santos era el próximo acontecimiento que el creyente debía esperar, ahora indica que existen ciertas cosas que han de ocurrir antes del Día del Señor. “El Día del Señor...no vendrá, dice, sin que antes venga la apostasía y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios, o es objeto de culto, tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios (2 Tes. 2: 2-4). Aquí se predicen dos acontecimientos distintos entre sí, destinados a preceder al Día del Señor: 1) la apostasía, es decir, el repudio de la verdad divina que antes se ha aceptado, y 2) la manifestación del hombre de pecado, llamado en el v. 8 (aquel inicuo).

Esta última manifestación, a su vez, ha de ser precedida por otro acontecimiento. El Apóstol declara que el misterio de iniquidad “ya está en acción” aunque sea en misterio, es decir, como algo que el mundo en general no reconoce en su verdadero carácter, pero que se da a conocer por revelación. Cierta principio, sin embargo, impide la manifestación del inicuo hasta que llegue el tiempo señalado para su revelación. Este principio se llama, en el lenguaje velado del Apóstol, “lo que detiene” o impide (v. 7). Esta restricción contra la iniquidad continuará ejerciéndose hasta que lo que detiene sea “quitado de en

medio”. Cuando esto ocurra, el propio hombre de pecado, personificación de la iniquidad, se manifestará abiertamente.

¿Qué se sabe en cuanto al poder y la táctica que empleará este déspota universal? Otros pasajes de la Escritura no lo indican. En la 2ª Epístola a los Tesalonicenses, Pablo, refiriéndose al Día del Señor, deja de lado el periodo de gobierno del hombre de pecado, con sólo una breve mención de su poder satánico y su engañosa influencia, seguida de su condenación, declarando que el Señor se matará con el espíritu de su boca y le aniquilará con el resplandor de su Parousia (2 Tes. 2: 8). La palabra “resplandor” corresponde a “epifanía”, es decir, una manifestación esplendorosa. Esta epifanía marca el final de la Parousia durante la cual los santos han estado escondidos del mundo, con el Señor, desde el Rapto de la Iglesia (F-H).

El mundo habrá alcanzado, por entonces, la cumbre de la iniquidad, endureciendo los hombres su corazón contra Dios por los juicios con los cuales Dios les prevendrá de la ira que ha de venir sobre ellos.” Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos” (Apoc. 9: 20, 21). “Y los hombres se quemaron con el gran calor, y blasfemaron el Nombre de Dios, que tiene poder sobre sus plagas, y no se arrepintieron para darle gloria. El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia; y su reino se cubrió de tinieblas, y mordían de dolor sus lenguas, y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras” (Apoc. 16: 9-11). ¡Qué clara representación del antagonismo del corazón del hombre contra Dios! ¡Qué testimonio de la incapacidad del hombre para desarraigar el mal, para evitar la condenación que sobre el mundo pesa! El testimonio de la Escritura es bien claro en lo que concierne a las tinieblas y la maldad que imperarán en el mundo al fin de esta dispensación del “día del hombre”. Y no podría ser de otra forma, pues vemos que en general el mundo seguirá rehusando considerar el pecado de acuerdo con el punto de vista de Dios, y se niega a aceptar el perdón y la gracia que Dios le ofrece por el sacrificio de su Hijo.

Finalmente, cuando la rebelión humana alcance su cima bajo el hombre de pecado, el Hijo del Hombre aparecerá en Persona para cumplir la ira de Dios sobre el hombre de pecado y todos sus aliados. El se manifestará “desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Tes. 1: 7, 8). Una de las más antiguas profecías que tenemos en la Escritura predice este solemne acontecimiento, usándose en ella el pasado consentido profético, como es frecuente en el lenguaje bíblico: “De éstos también profetizó Enoch, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santos decenas de millares para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él” (Judas 14 ty 15). Así, el fin del “día del hombre” coincidirá con el principio del Día del Señor (J-B).

Acontecimientos finales

Queremos ahora enumerar sumariamente algunos de los acontecimientos que tendrán lugar en el mundo y que conducirán a la mencionada intervención divina directa (1).

(1). Si se desea un relato más detallado de esta misma materia, véase “*The Roman Empire in the Light of Prophecy*”, por W.E. Vine, M. A. (Pickering & Inglis, Glasgow).

La Palabra de Dios dice que el hombre de pecado conseguirá su dominio universal gracias a la confederación de naciones, cuyos jefes de gobierno, por acuerdo unánime, le entregarán el poder (Apoc. 17: 11-13 con 13: 8); que habiendo apoyado al principio la combinación de sistemas religiosos del mundo, con la ayuda de los potentados, luego rechazará tal combinación (Apo. 17: 7, 16), y se exaltará a sí mismo poniéndose en lugar de Dios, reclamando para sí el puesto de la divinidad y la adoración, que le será tributada (2 Tes. 2: 4 con Apoc. 13: 8); que será respaldado en tan horrible blasfemia por otro potentado que se describe al principio como “otra bestia”, y después como “el falso profeta” (Apoc. 13: 11-15 con 19: 20); y que establecerán entre ambos un imperio comercial que prohibirá comprar y vender a todo el que no ostente una marca especial, oficialmente designada (Apoc. 13: 16, 17). En cuanto a los judíos, que se habrán establecido de nuevo como nación en Palestina, el hombre de pecado hará con ellos un convenio, que posteriormente romperá, e intentará aniquilar a esta nación (Dan. 9: 27). Así dará comienzo el “tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado” (Jer. 30: 7). Aunque tendrá temporalmente éxito en sus empresas, el hombre de pecado fracasará en su campaña antisemítica, gracias a la intervención del Señor, quien le destruirá (H-J).

Las profecías citadas sirven, sin duda, para iluminarnos sobre algunos de los movimientos universales que actualmente se registran. Ciertamente, la tendencia actual de los acontecimientos internacionales va en el mismo sentido que indican las profecías de la Sagrada Escritura.

Armagedón

Hemos de detenernos un poco a considerar la forma en que los judíos serán librados de la aniquilación pretendida por el hombre de pecado, ya que tal liberación coincide con la manifestación de la Parousia y con el principio del Día del Señor (H-J).

El ataque a la nación israelita con intención de aniquilarla colmará la medida de la agresión del Anticristo contra Dios y constituirá una guerra declarada contra el Hijo de Dios, el Mesías de los judíos. Los ejércitos de los poderes gentiles, colocados a la disposición de su gran caudillo, se reunirán “contra el Señor y contra su Ungido”. Habiendo entregado por mutuo acuerdo su autoridad y poder en manos de “la bestia”, los reyes del mundo, con su supremo caudillo, “pelearán contra el Cordero” (Apoc. 17: 13, 14). “Yo vi, dice el inspirado vidente, a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército” (Apoc. 19: 19). Se le permitirá al archidéspota prevalecer contra los judíos en la Gran Tribulación, de la que él será el instrumento; más no prevalecerá contra el Hijo de Dios, pues su éxito será sólo hasta que venga “el Anciano de días” (Dan. 7: 21, 22).

El fin perseguido en esta guerra la diferenciará de todas las demás que la han precedido, pues si en las anteriores se ha discutido la supremacía dinástica, comercial o territorial, en ésta se tratará de decidir si el dominio universal ha de quedar en manos de Satán, o en las de Cristo. Esta es la batalla de Armagedón, “la guerra del Gran Día de Dios, el Todopoderoso” que marcará el principio del Día del Señor. Satán pondrá todo el poder, para que entre en acción mediante las huestes humanas, a fin de forzar una decisión: “Y vi salir de la boca del Dragón y de la boca de la bestia y de la boca del Dragón y de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso...Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón”.

Las huestes del Vencedor

Esta es la descripción de la enorme masa de fuerzas del mal, de la humanidad alejada y desentendida de Dios, combinada en impía rebelión contra el Altísimo, y diabólicamente engañados por “el poder y

señales y milagros engañosos” del hombre de pecado. Engañados “por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos”, sino que fueron inducidos a creer la mentira porque “no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia” (2 Tes. 2: 9-12).

En cuanto a las fuerzas de Cristo, los ejércitos del Rey de reyes, que viene a establecer la paz arrojando de la tierra el militarismo; a deshacer la opresión, libertar al cautivo, quitar las transgresiones y reinar en equidad, la descripción que hace el Apóstol es terrible en su grandiosidad: “Vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro...Y vi un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves...Venid y congregaos a la gran cena de Dios, para que comáis carne de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes...Y vi a la bestia y a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército. Y la bestia fue apresada, y con ello el falso profeta que había hecho delante de ella las señales...Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada...” (Apoc. 19: 11-21).

Así es como el hombre del pecado será derrotado por la manifestación de la Parousia de Cristo Jesús, y así el Hijo del Hombre, viniendo en las nubes del cielo con su poder y gloria, abrirá las puertas del Día del Señor, día terrible en su comienzo y bendito en su continuación, en el que se derramará la justa ira de Dios, seguida de su justa paz bajo la soberanía del Rey de Reyes. La profecía de Joel: “Jehová dará su orden delante de su ejército” nos muestra una asombrosa asociación con las palabras de Pablo: “el aliento y la espada que sale de la boca del Señor son tres formas de representar uno y el mismo poder invencible.

Comparando dos de los pasajes arriba citados, Apoc. 19: 19-21 y 2 Tes. 2: 8, observamos que en cada uno de ellos se muestra una faceta distinta de la derrota del hombre de pecado y sus huestes. El pasaje de Tesalonicenses nos habla de los efectos de tal derrota, mientras que el Apocalipsis relata el procedimiento, que es breve y expeditivo, siendo su efecto concluyente. Aún se ven mejor estos pasajes si se someten ambos a la luz de la profecía de Zacarías: “Después saldrá Jehová y peleará con aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla. Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos...y vendrá Jehová mi Dios, y con él todos los santos” (Zac. 14: 3-5).

El Día del Señor, que revelará a la Iglesia en los cielos, gloriosa con la gloria de Cristo, al mismo tiempo aportará la liberación del pueblo terrenal de Dios, los judíos. Así lo entendemos de acuerdo con la profecía de Joel: “Proclamad esto entre las naciones, proclamad guerra, despertad a los valientes, acérquense, vengan todos los hombres de guerra. Forjad espadas de vuestros azadones, lanzas de vuestras hoces; digan al débil: Fuerte soy. Juntaos y venid, acciones todas de alrededor, y congregaos; haz venir allí, oh Jehová, a tus fuertes. Despiértense las naciones y suban al valle de Josafat; porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones de alrededor. Echad la hoz, porque la mies está ya madura...Muchos pueblos en el valle de la decisión; porque cercano está el día de Jehová en el valle de la decisión. El sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retraerán su resplandor. Y Jehová rugirá desde Sion, y dará su voz desde Jerusalén, y temblarán los cielos y la tierra; pero Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel. Y conoceréis que soy Jehová vuestro Dios, que habito en Sion, mi santo monte; y Jerusalén será santa, y extraños no pasarán más por ella” (Joel 3: 9-17).

La manifestación de la Parousia y la iniciación del Día del Señor constituyen, pues, la parte final de la Segunda Venida de Cristo (H-J).

CAPÍTULO 8

EL ÚLTIMO EMPERADOR GENTIL Y SU DOMINIO

La influencia del “Príncipe que ha de venir” (Dan. 9: 26) sobre los destinos de la raza humana es de un carácter tan decisivo que no podemos limitarnos a la breve referencia que a su poder hicimos en el capítulo precedente. El realizará el último y supremo esfuerzo para monopolizar el poder universal, y su dominio será de carácter distinto de cuanto le haya precedido. La Palabra de Dios nos facilita revelaciones suficientemente claras acerca del drama final del poder gentil para que podamos formarnos una amplia idea general del curso y destino de los asuntos nacionales, y para que comprendamos la forma en que el Reino de Justicia será universalmente establecido sobre la tierra (H-J).

A fin de que veamos el carácter del dominio universal gentil de los últimos días, y de su cabeza imperial, debemos antes hacer referencia a aquellos pasajes que nos indican el curso del poder gentil sobre la tierra de Palestina. Preciso es recordar que la Escritura profética relativa a los gobiernos gentiles se refiere siempre directamente a su influencia sobre la nación judía. Palestina es el eje y centro del trato de Dios con las naciones gentiles, porque “cuando el Altísimo hizo heredar a las naciones...estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel” (Deut. 32: 8). Toda la parte histórica de las Sagradas Escrituras acerca del poder gentil está completamente de acuerdo con esta afirmación, pues aquella tierra fue provista por Dios como el eventual asiento del Reino del Mesías.

La visión de la estatua

El segundo capítulo de la profecía de Daniel describe la visión de una gran imagen o estatua, que tuvo en sueños el monarca caldeo Nabucodonosor, primer potentado gentil que ostentó el poder sobre toda Palestina después de habersele dado aquella tierra al pueblo judío en propiedad. Su gobierno sobre Palestina abrió el largo periodo que posteriormente llamó el Señor “los tiempos de los gentiles” (Luc. 21: 24), es decir, el periodo durante el cual las naciones gentiles habían de gobernar sobre Palestina. Casi inmediatamente después de anexionarse Nabucodonosor aquella tierra y haberse llevado a su pueblo en cautividad, Dios, con esta visión, dio una revelación del programa de gobierno gentil sobre los judíos y del carácter de las varias formas que adoptar dicho gobierno.

La imagen o estatua estaba dividida, en razón del material que la componía, en cuatro partes, interpretadas por Daniel como otros tantos imperios o reinos. Nabucodonosor fue inmediatamente identificado como el primero de ellos, el que correspondía a la cabeza de oro: “Tú, oh rey, eres rey de reyes, porque el Dios del cielo te ha dado reino...Tú eres aquella cabeza de oro” (30, 38). Los reinos segundo y tercero corresponden, por este orden, al pecho y los brazos de plata, y el vientre y los muslos de bronce, que se identifican respectivamente con los reinos o imperios de Media y Persia por una parte, y de Macedonia o Grecia por la otra. Así la profecía de Daniel a Nabucodonosor: “Después de ti se levantará otro reino” (39) encuentra su cumplimiento histórico cuando “fue muerto Belsasar, rey de los caldeos. Y Darío de Media tomó el reino” (5: 30, 31). La interpretación de la visión posterior que se le presentó a Daniel en la forma de una lucha entre un carnero y un macho cabrío, identifica al tercer reino con el de Grecia: “El carnero que viste que tenía los dos cuernos, son los reyes de Media y de Persia. El macho cabrío (que mató al carnero, v. 7) es el rey de Grecia” (Dan. 8: 21 y 10: 20).

El cuarto reino

El cuarto reino está simbolizado por las piernas de la estatua y por sus pies, que eran en parte de hierro y en parte de barro cocido (2: 33). Este reino o imperio sería duro como el hierro, pero como los pies y los dedos de los pies de la imagen eran una mezcla de hierro y de barro cocido, ingredientes que no forman un cuerpo homogéneo, el reino estaría dividido. Además, aunque siempre contendría la fuerza del hierro,

la mezcla de barro haría que el reino fuese en parte fuerte, y en parte quebradizo, frágil (40-42). No que ya estuviese dividido, sino que sería fácil de dividir. Esta característica se menciona especialmente en cuanto a la época correspondiente a los dedos de los pies (42), lo que nos indica que el gobierno del cuarto reino pasaría por varias fases.

No se declara específicamente en el libro de Daniel cuál sea este cuarto reino, pero tampoco es difícil identificarlo. La historia de la derrota del Imperio Griego por los romanos es bien conocida. El poder romano, además, se indica bien claramente en el capítulo 9 de Daniel, que nos da la profecía según la cual “se quitará la vida al Mesías”, y a continuación se predice que “el pueblo del príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario” (9: 26), que fue precisamente lo que hicieron los romanos en el año 70 de nuestra era.

La visión de las cuatro bestias

Otra visión del curso del gobierno de los gentiles sobre los judíos le fue dada al profeta Daniel, quien la anota en su capítulo 7. Los cuatro poderes que Daniel vio en aquella visión los representan como cuatro bestias silvestres, lo que constituía un símbolo mucho más apto para los judíos que la imagen de la visión de Nabucodonosor, e indicaba el trato que habían de recibir los judíos de manos de los gentiles.

La semejanza entre la descripción de la cuarta bestia y la de la cuarta parte de la imagen indica que se trata de una y la misma potencia en ambos casos. “La cuarta bestia será el cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, y trillará y despedazará” (7: 23), lo que supone una descripción muy exacta del Imperio Romano.

Hemos de notar que en cada una de las interpretaciones se dice que el cuarto reino será el último de los poderes gentiles, el cual será derrotado a manos de Dios, quien establecerá después un Reino perdurable. “En los días de estos reyes (de los potentados representados por los dedos de los pies de la imagen) el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (2: 44). Acerca del último regidor del Imperio, representado por la cuarta bestia, se dice que: “Se sentará el juez, y le quitarán su dominio para que sea destruido y arruinado hasta el fin, y que el reino, y el dominio, y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán” (7: 26, 27). Claramente, pues, ningún imperio mundial mandará en la tierra entre el Imperio Romano en su fase final y el Reino de Cristo (H-J).

¿Es el romano el último imperio?

Surge la pregunta: ¿Cómo es que el Imperio Romano se considera el último de los imperios gentiles que gobiernan a los judíos en plan nacional, considerando que dicho Imperio Romano fue derrotado en los siglos V y siguientes de la presente era? Además, ¿qué podemos decir del poder turco?

El Apocalipsis de Juan ilustra en cuanto al primero de estos interrogantes. Este libro nos da muchos más detalles, de la misma forma que el cap. 8 de Daniel nos da más información que el cap. 2, en virtud del carácter progresivo de la profecía. El cap. 17 del Apocalipsis nos muestra que la potencia simbolizada por la bestia sería resucitada después de cierto lapso de tiempo. Juan recibe una visión de una bestia con siete cabezas y diez cuernos, que lleva sobre sus lomos a una mujer. La identificación de esta bestia con la cuarta bestia de la visión de Daniel la establece la coincidencia en el número de cuernos, diez, y el hecho de que una y otra sean objeto de juicio en la manifestación del Hijo para establecer su Reino (H-J). Los tres periodos relativos al poder de la bestia quedan indicados así: “La bestia que viste fue, y no es: y está a punto de salir del abismo”; y otra vez: “era y no es y ha de venir” (Apoc. 17: 8). Esto no

indica que existiera antes de los tiempos de Juan y que en aquellos tiempos no existía, pues no se trata de un lenguaje histórico, sino profético, y lo que nos indica es una secuencia de fases de actividad, cese, y reaparición.

Una aplicación doble

Debemos notar que el símbolo de una bestia indica tanto una potencia como al último que la encabeza. Esto ocurre tanto en el cap. 7 de Daniel como en el 17 del Apocalipsis. En el capítulo anterior, la interpretación es como sigue: “Estas cuatro grandes bestias son cuatro *reyes*...La cuarta bestia será un cuarto *reino*” (Dan. 7: 17, 23). En el Apocalipsis, la bestia se presenta con siete cabezas y diez cuernos (v. 3) y aquí al animal entero se la llama “la bestia”. En los vv. 9-11, sin embargo, la bestia es simbólicamente identificada, no con todo el animal, sino con una sola de sus cabezas. Además, las siete cabezas se describen primero de forma topográfica, y después en forma personal. “Las siete cabezas son siete montes...y son siete reyes...y la bestia...es también el octavo, y es de entre los siete.” La bestia, pues, vuelve a representar dos cosas distintas pero muy íntimamente ligadas entre sí. En los ocho primeros versículos del capítulo el lenguaje indica dominio; luego se reduce el ámbito del símbolo y se concentra sobre el individuo, la cabeza del dominio. Así todo el animal representa tanto al emperador como a su imperio, igual que en Dan. 7: 23.

El cuarto imperio, o sea el Imperio Romano, existió según la historia, durante la última parte de la dispensación pasada y en los primeros siglos de la actual, es decir, antes y después del punto C de nuestro diagrama. Durante muchos siglos no ha existido como imperio, por lo que podemos decir que se encuentra actualmente en su segunda fase, la de “no es” (Apoc. 17: 8, 11).

Los turcos

Los turcos, que vencieron a los romanos en la parte oriental de su Imperio durante el siglo V, ocuparon Palestina hasta el año 1917, pero nunca gobernaron sobre la nación judía, sobre los judíos reconocidos como dueños de Palestina. Su relación con el pueblo judío difiere fundamentalmente de la de los caldeos, persas, griegos y romanos, pues habían sido dispersados de su tierra antes que los turcos se hicieran cargo de ella, por lo que la dominación turca no figura en los pasajes bíblicos que hemos considerado.

Cómo resurgirá el cuarto imperio

En las Escrituras encontramos indicios de cómo resurgirá el cuarto imperio, posiblemente durante el periodo comprendido entre G y J en el diagrama. Ya vimos que sobre los diez cuernos de la cuarta bestia de la visión de Daniel se dice que: “Los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes” (Dan. 7: 24). Y, paralelamente, de los diez cuernos de la bestia del Apocalipsis leemos que “los diez cuernos...son diez reyes que aún no han recibido reino” (Apoc. 17: 12). Es indudable que los diez reyes serán contemporáneos entre sí y que formarán una confederación, porque en el v. 13 se dice que “tienen un mismo propósito”, y en v. 17, que “Dios ha puesto en sus corazones...ponerse de acuerdo y dar su reino a la bestia”, lo que no sería factible si no reinasen todos a la vez. Además, el territorio sobre el que reinarán no se menciona como diez reinos, sino como uno solo, con comunidad de intereses y unidad territorial.

Claramente se vislumbra una liga de naciones que, aparentemente, será la nueva expresión del antiguo imperio. Su peculiar formación la hará, como dice Dan. 7: 23, diferente de todos los otros reinos, es decir, una nueva y distinta clase de imperio.

Consideraciones territoriales

Por lo que respecta a la ubicación geográfica de este imperio reconstituido, carecemos de textos bíblicos específicos por los cuales guiarnos, pero sí parece indicar la Escritura que su territorio abarcará el área de los cuatro imperios, caldeo, medo-persa, griego y romano. En la visión de Daniel, cuando la piedra hirió los pies de la imagen, ésta se desmenuzó (Dan. 2: 34-35, H-J). Cuando la cuarta bestia fue destruida, el poder de las otras bestias les fue arrebatado (Dan. 7: 12). Probablemente la dominación del nuevo imperio se extenderá más allá de las fronteras de los imperios antiguos, y, desde luego, el mundo entero reconocerá la autoridad del último César de este imperio (Apoc. 13: 7).

Algunos cambios territoriales acaecidos durante los últimos siglos – la fase del “no es” del imperio – y especialmente en estos últimos tiempos, han mostrado una notable tendencia a tomar de nuevo la configuración de los antiguos dominios del Imperio Romano (1).

(1) Sobre este asunto puede verse el libro *Roman Empire in Prophecy*, escrito por el mismo autor en 1915, Pickering & Inglis, de Glasgow).

A pesar de los cambios territoriales aludidos, no nos consideramos autorizados a sacar la conclusión de que el territorio cubierto por la confederación de estados indicada en los pasajes que hacen referencia a los diez cuernos de la bestia haya de coincidir necesariamente con las fronteras de los países indicados. Lo que podemos afirmar, y a ello nos limitamos, es que habrá una confederación de estados que le preparará el camino al déspota llamado en la Escritura el hombre de pecado para el dominio de esa gran confederación. Esto lo predice la Biblia en los términos siguientes: “Los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez rees; y tras ellos se levantarán otro, el cual será diferente de los primeros” (Dan. 7: 24). “Los diez cuernos que has visto son diez reyes que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia. Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia” (Apoc. 17: 12, 13, 17).

El hierro y el barro cocido

El carácter del poder de los diez reyes está simbolizado por la mezcla de materiales que constituyen los pies de la imagen de la visión de Nabucodonosor: hierro mezclado con barro cocido. Es evidente que los diversos metales que forman las distintas partes del cuerpo de la imagen representan el carácter de los respectivos gobiernos. El hierro, pues, sería el más apto para representar al militarismo. El barro cocido es frágil, se rompe con facilidad, lo que nos da la imagen de un reino en parte fuerte como el hierro, y en parte frágil como el barro, gobierno de mano dura, pero inestable. No es probable que tal imagen se refiera a una democracia, pues muchas repúblicas han demostrado gran estabilidad. Por otra parte, fuerzas tan revolucionarias como las del comunismo, la anarquía, el bolchevismo, etc., han demostrado en múltiples ocasiones ser extraordinariamente fuertes, pero desintegrarse con rapidez y dar paso, casi siempre, a alguna forma de despotismo, como ocurrió en la Revolución francesa.

Además, el hierro, el militarismo, es de carácter tan distinto de las otras formas políticas mencionadas, que no tiene estabilidad si se mezcla con ellas, como la mezcla del hierro y el barro. Es posible que se mezclen durante algún tiempo, especialmente si la voluntad del pueblo así lo demanda, lo que parece estar indicado por las palabras de la profecía: “se mezclarán por medio de alianzas humanas” (Dan. 2: 43). Es, pues, concebible que elementos tan diversos entre sí, que forman una mezcla tan inestable, den paso a una revolución, tal vez acuciada por la depauperación del pueblo ocasionada por la guerra, que obligaría a estos diez gobernantes a entregar el poder en manos de un déspota hábil y poderoso, capaz de hacerse cargo de la situación. Decimos “gobernantes” en lugar de reyes porque la palabra traducida por reyes constitucionales, sino que designa un gobernante o jefe de Estado, del tipo que sea.

Es tanto lo que nos dice la Biblia acerca de este último emperador, que no podemos extendernos sobre ello en este volumen. Ya nos hemos referido a él en el cap. VII bajo el epígrafe “El Hombre de Pecado (1)”.

(1) Véase *The Mystery of Iniquity*, de C.F. Hogg, publicado por Pickering & Inglis.

El apóstol Pablo se refiere a este demi-déspota bajo los títulos de “El Hombre de Pecado”, “El Hijo de Perdicción” y “El Inicuo” (2 Tes. 2: 3-8), y se dice que tendrá una “parousia” (v. 9), un periodo que comenzará con su aparición o advenimiento y durante el cual ejercerá el dominio sobre todo el mundo. Esta parousia parece ser una imitación de la Parousia del Señor, y será “por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño e iniquidad” (9 y 10). Si de la descripción de Pablo pasamos a la de Juan, leemos que “el dragón le dio (a la bestia de siete cabezas y diez cuernos) su poder y su trono y grande autoridad” (Apoc. 13: 2). De aquí se deriva su rápida subida al poder y el acatamiento universal de su dominio. “Su tremendo poder y sus brillantes aptitudes, evidencia de su origen sobrehumano, su fenomenal capacidad de organización y la consolidación del imperio bajo su poder absoluto, harán que el mundo entero se asombre” (1).

(1) De *The Roman Empire in Prophecy* ya citado.

La gran derrota

El hombre de pecado se exaltará a sí mismo, lleno de orgullo y desbordante de blasfemia contra Dios, reclamando para sí la adoración universal, que le será tributada, y luchará, apoyado por sus subordinados, contra el Hijo de Dios. Lucharán contra el Cordero, pero el Cordero los vencerá (Apoc. 17: 14). Esta victoria, que está sincronizada con el Segundo Advenimiento y con la iniciación del Día del Señor (H-J), se describe de varias formas en la Palabra de Dios. Uno de los tipos de la derrota de la bestia es la caída de la piedra sobre los pies de la imagen en la visión de Nabucodonosor, el aniquilamiento del gobierno gentil. Cristo Jesús, que en los días de su carne rehusó los reinos de este mundo y su gloria ofrecidos por Satanás, que no quiso eludir los sufrimientos del Calvario, en virtud de tales sufrimientos y de su victoria sobre el enemigo, vendrá a librar la tierra de sus opresores y de todas las modalidades del gobierno impío.

Isaías nos presenta en vivo contraste las circunstancias de la Cruz y las de la Gloria: “Como se asombraron de ti muchos, de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres, así asombrará El a muchas naciones; los reyes cerrarán ante El la boca, porque verán lo que nunca les fue contado, y entenderán lo que jamás habían oído” (Is. 52: 14, 15). El asombro de los que contemplaron su agonía en el Calvario encontrará su contrapartida en el asombro que causará su Segunda Venida, con la derrota del régimen existente y la implantación de la gloria de su Reino.

El Reino del Rey de Reyes

Sobre el establecimiento del Reino es tan hermoso el canto que escuchó Juan en Patmos al sonar el clarín del séptimo ángel, que no necesita comentario: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y El reinará por los siglos de los siglos... Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder y has reinado. Y se airaron las naciones y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyan la tierra” (Apoc. 11: 15-18).

La interpretación de la visión según la cual “la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra” (Dan. 2: 35) no la veremos cumplida en la pretendida universalidad de la aceptación del Evangelio en esta dispensación, sino en el cumplimiento de profecías tales como la de Isaías 2: 3, 4, 17: “De

Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y rependerá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra...La altivez del hombre será abatida y la soberbia de los hombres será humillada; y sólo Jehová será exaltado en aquel día.” El Siervo de Jehová, el Mesías de Israel, “traerá justicia a las naciones...No se cansará ni desmayará hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su ley” (Isa. 42: 1, 4). “La tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Isa. 11: 9).

Ante aquella Cabeza que los rudos soldados
coronaron –cruel burla- de punzantes abrojos,
hoy se rinden los reinos de Oriente y Occidente,
ahíto de injusticia, del flagelo despojos.
Ahora la paz perfecta modulará las olas,
El amor infinito remediará la herida,
Y todo el pueblo, libre de yugos y cadenas,
Recibirá su aliento del Dador de la Vida.
Y brotarán las flores en el campo sin plagas,
Ubérrimas cosechas en el huerto fecundo,
Y en cada pecho, un salmo de gloria y alabanza
A Dios y a su Cordero, el Redentor del mundo.
(De BOYD).

CAPÍTULO 9

LOS EFECTOS DE LA ESPERANZA

¡Oh, Señor! Guárdanos hasta aquel día,
Ceñidos nuestros lomos, y alejados
De todo cuanto Tú nos enseñaste
Que fue causa y razón de tu agonía.
¡Hasta que la trompeta nos despierte
Para ser como Tú, sólo por verte”

De *The Story of the Glory*, de Boyd

La esperanza del cristiano en la Venida del Señor es “segura y firme ancla del alma”, una “esperanza puesta en los cielos”, sabiendo que “el que ha de venir vendrá, y no tardará”. Pero más que esto, es una esperanza práctica que hace sentir su influencia en todos los aspectos de la vida del cristiano, fortaleciéndole y purificándolo. Esta esperanza constituye, en realidad, una parte muy importante de la nueva vida impartida por el Espíritu Santo al creyente. Todo el que nace del Espíritu es dirigido por el Espíritu a la constante expectación del retorno del Cristo que murió por él y que resucitó. En unión de todos los creyentes, “esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo” (Fil. 3: 20). Así como en el niño es instintivo asirse a algo material, también lo es para el recién nacido en Cristo afirmar su mano en esta esperanza. No hay cristiano que viva a la altura de sus privilegios, a la plena luz de la verdad del Evangelio, sin disfrutar de la esperanza de la Segunda Venida del Señor, ni predicador que sea fiel a su ministerio y deje de lado la predicación de esta bendita esperanza.

Bueno será que consideremos algunos de los efectos de la esperanza de la Segunda Venida de Cristo en la vida del cristiano:

Sirve de acicate a la diligencia en el servicio

El esperar la Segunda Venida del Señor no puede confundirse con caer en una especie de lujo espiritual, ni debe desviar al creyente del ejercicio práctico de su vida cristiana. Es posible pervertir esta esperanza convirtiéndola en una simple doctrina especulativa, desvinculada de su sentido bíblico; pero el pervertir lo bueno, ni prueba nada contra su esencial bondad, ni sirve de argumento contra su recto uso. Una de las comunidades evangélicas más combativas del primer siglo fue la iglesia de Tesalónica. De esto de testimonio el apóstol Pablo al alabarles: “Partiendo de vosotros ha sido divulgada la Palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido” (1 Tes. 1: 8). Sin embargo, es precisamente a estos cristianos luchadores a quienes el mismo Pablo tiene que recordar que se habían convertido de los ídolos a Dios, no sólo para servir a Dios, sino también para “esperar de los cielos a su Hijo” (1 Tes. 1: 9, 10). Evidentemente, no iban a encontrar incompatibles el servir y el esperar, ni su expectación había de apagar su celo por la extensión del Evangelio y por otras formas prácticas de testimonio. Su esperanza de la venida de Cristo no les obligaba a permanecer de espaldas al mundo, contemplando las estrellas, sino que Pablo menciona “la obra de vuestra fe y el trabajo de vuestro amor”, y esta forma de vida, traduciendo la fe en obra y el amor en trabajo, era estimulada por su “constancia en la

esperanza”. En idéntica forma, a la iglesia de Corinto no le faltaba ningún don, y al mismo tiempo esperaba “la manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (1 Cor. 1: 7).

Nadie se atrevería a tildar al apóstol Pablo de entregarse a una vida contemplativa, desprovista de esfuerzo por el Evangelio, antes al contrario, es bien notorio que sus viajes, trabajos y sufrimientos eran incesantes, lo cual no es obstáculo para que nos manifieste el constante efecto práctico de la esperanza en su vida. En su defensa ante el gobernador Félix, abiertamente expone su esperanza de la resurrección, afirmando su afán de tener siempre, por este motivo, limpia la conciencia ante Dios y ante los hombres (Hech. 24: 16). Se le ha imputado que al final de su vida disminuyó su expectación del Segundo Advenimiento del Señor; sin embargo, en su Epístola a Tito, la penúltima carta suya que conserva la cristiandad, escrita ya con un pie en el estribo, nos aconseja que “vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador, Jesucristo” (Tito 2: 12, 13), considerando tal “esperanza bienaventurada” como parte integrante de este vivir sobrio, justo y piadoso.

¿Cómo puede concebirse que el conocimiento de que Cristo va a venir otra vez constituye un impedimento para la obra de la Iglesia o frene sus ímpetus en el servicio de su Señor y Esposo? Aquellos que, como los tesalonicenses del primer siglo, esperan de los cielos al Hijo de Dios, hallan en esta esperanza un aliciente, un acicate para su mayor dedicación al servicio del Maestro. El hombre noble de la parábola del Señor, al confiarles el dinero a sus siervos, los encomienda: “Negociad, entre tanto que vengo” (Luc. 19: 12, 13), y el Maestro pone tan acertado ejemplo, ofreciendo su Segunda Venida como meta hacia la cual han de dirigirse los esfuerzos de sus discípulos.

Durante aquellos siglos de nuestra era en que la bienaventurada esperanza permaneció en lamentable olvido, la Iglesia no se caracterizó por su combatividad, siendo, por el contrario, más activa de cien años a esta parte, cuando está más consciente de dicha esperanza. El interés y el esfuerzo por la difusión del Evangelio, incluso en aquellos países que yacían en las más densas tinieblas del paganismo, ha sido simultáneo con el reavivamiento del interés por el Segundo Advenimiento y la inteligente captación del testimonio escritural sobre el mismo.

Renueva la energía para el sufrimiento

El apóstol Pedro se refiere a la Segunda Venida de Cristo como “la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero”, y a continuación hace resaltar el poder de la esperanza para darle al creyente gozo en medio de las pruebas. “En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que, sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual, aunque percedero, se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1 Ped. 1: 5-8).

En este pasaje hemos de observar dos puntos principales:

Primero.- Se les atribuye a las pruebas la duración de “un poco de tiempo”. Esta expresión nos recuerda las referencias del Señor a su retorno, pues con frecuencia estaban en sus labios: “Un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis” (Juan 16: 16, 17, 19, y también 7: 33; 12: 35; 13: 33; 14: 19). Esta frase tan repetida por el Maestro quedó de tal forma impresa en la memoria del fiel Apóstol, que se refleja en sus escritos, tanto en el pasaje arriba citado de su primera Epístola como más adelante (5: 10), cuando dice: “El Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, el mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca.” Diecinueve siglos han transcurrido desde entonces y Cristo aún no ha vuelto, pero su Venida está siempre próxima en la esperanza del creyente. Se trata de esperar “un poquito”. El escritor de la Epístola a los Hebreos lo dice de forma muy expresiva (10: 37): “Porque, aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará”, siendo la traducción literal de la

primera frase: *aún un poquito, ¡qué poquito!, ¡qué poquito!* En 2 Cor. 4: 17 la brevedad de la espera se hace destacar aún más, refiriéndose a ella como “esta leve tribulación momentánea”.

Segundo.- Pedro considera el periodo de prueba como *necesario*. La razón por la cual la prueba es necesaria puede considerarse como un misterio para la mente, mas no para la fe, que es precisamente quien sufre la prueba, pues la fe tiene la seguridad de un corazón amoroso y una sabiduría infalible que no permitirán que la tribulación sea más de lo soportable. Además, la misma fe que sufre la prueba tiene la esperanza del Día de Cristo, que es cuando el Señor nos mostrará claramente el valor que le atribuye a la paciencia en soportar las tribulaciones, y nos mostrará que, en última instancia, todo habrá redundado en alabanza, honor y gloria para nuestro Señor y Salvador.

En el sufrir por Cristo resplandece ya la gloria venidera, pues como dice Pablo, somos “herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con El, para que juntamente con El seamos glorificados”. Al escribir esto, el Apóstol está, sin duda, pensando en la Parousia de Cristo cuando el Señor vendrá para ser glorificado en sus santos (2 Tes. 1: 10). La gloria no será sólo revelada a los santos, pues la frase original comporta la idea de que tal revelación será a los santos, *en ellos y por medio* de ellos. Esto lo cataloga Pablo como “la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Rom. 8: 21).

De los efectos que la esperanza tiene sobre los sufrimientos resultantes del testimonio cristiano ante el mundo, Pedro tiene mucho que decir. Aquellos a quienes escribía se encontraban bajo tan encarnizada persecución que Pedro se siente justificado para llamarla “el fuego de prueba”. A pesar de ello, quienes la soportaban no habían de considerarla como cosa extraña, sino que habían de buscar su aspecto positivo para hallar en la persecución tres motivos de gozo, referidos al pasado, al presente y al futuro. El motivo de gozo relacionado con el pasado consistía en su participación en los sufrimientos de Cristo, compartiendo con su Señor los padecimientos del Calvario. Por lo que respecta al futuro, el motivo de gozo es “la revelación de su gloria”, en la que habían de regocijarse con gran alegría. En cuanto al presente, el gozo lo proporciona el conocimiento de que “si sois vituperados por el Nombre de Cristo, bienaventurados sois, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros” (1 Ped. 4: 12-14). Es el Espíritu Santo quien otorga el poder necesario para sufrir los reproches y vituperios por causa de Cristo. Y este Espíritu es glorioso porque constituye las arras de la gloria venidera, de forma que el actual vituperio por el Nombre de Cristo se convierte en bienaventuranza porque es garantía del premio que por tales sufrimientos ha de ser otorgado a quien lo sufre. “Si sufrimos, también reinaremos con El” (2 Tim. 2: 12).

Este paciente sufrir, puestos los ojos en la gloria de la resurrección, caracterizó la incommovible fidelidad de los primeros años del cristianismo. Aquellos cristianos columbraban en lontananza las promesas y extendían a ellas sus manos, contándose por peregrinos y advenedizos en el mundo, de paso hacia la patria celestial. Algunos “fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección”, lo cual no quiere decir que esperasen una resurrección distinta de la de los demás santos, sino una que les aportase mejor premio, de acuerdo con su fidelidad en los sufrimientos, en lugar de procurar eludir los sufrimientos por medio de compromisos y alianzas con el mal (Heb. 11: 13-15). Se anticiparon a la escala de valores posteriormente establecida por otro que tenía su misma mentalidad, tomando sus aflicciones por sufrimientos momentáneos, cuyo valor podía llevar signo positivo, ya que servirían para darles mayor gloria, no mirando las cosas que se ven, que son temporales, sino a las invisibles, que son eternas.

De acuerdo con esto, el escritor de la Epístola a los Hebreos levanta su mirada de la contemplación de estos fieles para posarla sobre el propio Autor y Consumador de la fe, y recordando a sus lectores que Jesús sufrió la cruz, menospreciando la vergüenza, por el gozo que el Padre puso ante su mirada, les indica que sufrió “fuera de la puerta”, y les exhorta para que salgan a unirse a Él, fuera del campamento, llevando su vituperio (Heb. 12: 2 y 13: 12, 13). ¿Cuál es el premio que se ofrece como incentivo? No es otro que el propio Señor. Salgamos “a Él”. El es el imán irresistible, nuestro centro de gravedad, sin el cual nada tiene significado,

mientras que con El tenemos el atractivo de su Persona y, por añadidura, las glorias futuras, de las cuales El es el centro. En vista de estas glorias celestiales, el escritor sagrado nos habla de la nueva Jerusalén: “Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir” (Heb. 13: 14). Aquella Jerusalén tendrá como antorcha y luminaria la Cruz de Cristo, cuya luz reflejará con todo su fulgor sobre los sufrimientos soportados durante este “poquito” de tiempo.

Da valor para la batalla

Pablo exhorta a Timoteo a que sufra trabajos como fiel soldado de Jesucristo, advirtiéndole que no se deje enredar en los asuntos de este mundo. Para aclarar sus palabras le pone el ejemplo de los juegos olímpicos, en los que el vencedor recibía una corona como premio y reconocimiento de su victoria. Pero el atleta no podía esperar su corona a menos que hubiese competido o luchado en forma leal, de acuerdo con las normas establecidas. Aunque la referencia que aquí hace el Apóstol a la Segunda Venida es indirecta, no por ello es menos real, pues el día de colocar las coronas sobre las cabezas de los que han luchado fielmente por Cristo será cuando Cristo venga. La ilustración relativa a la necesidad de cumplir con las reglas del juego o de la lucha indica que son imprescindibles la fidelidad y la obediencia a Cristo para conseguir el premio, aun a pesar de la oposición del enemigo, que presentará huestes espirituales que intentarán derrotar al cristiano, hacerle desistir de la lucha contra el pecado interior y la maldad exterior; pero el fiel soldado mantendrá los ojos puestos en su corona de victoria, y la esperanza de alcanzarle le fortalecerá.

Pablo no se limita a exhortar de palabra, sino que presenta el vivo ejemplo de su conducta: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Tim. 4: 7, 8).

Es verdad que el Apóstol veía ya muy próximo el final de su carrera (“El tiempo de mi partida está cercano”, 2 Ti. 4: 6), pero esta circunstancia no mermaba para él el poder de la esperanza. Desde este avanzado punto de su carrera podía volver la vista atrás y regocijarse de hallarse entre el número de los que *aman* la Venida del Señor. Amar la Venida no es simplemente esperarla, sino que implica también luchar, pelear la buena batalla, correr en el estadio contra el reloj, la distancia y los obstáculos, y mantenerse fiel, todo lo cual lo había hecho el Apóstol con los ojos puestos en la Venida del Señor y en la corona de justicia que se le daría por su lucha, tenacidad en la carrera y fidelidad a la verdad. Su propio ejemplo ha de servir, pues, de aliciente a cada creyente para que ponga el afecto de su corazón en la Venida del Señor. No puede darse mejor evidencia que ésta de la vida de Pablo sobre la forma en que la bendita esperanza afecta a la vida del creyente. El tiempo del verbo que se usa en griego nos hace volver atrás la vista, desde el Trono de Cristo, donde la conducta pasada de cada creyente será revisada, y según se vea que cada uno haya vivido y terminado su carrera bajo el estimulante influjo de la Venida de Cristo, así será su galardón.

En las cartas a las siete iglesias de Asia se percibe a las claras que el Señor observa constantemente y con todo cuidado, con intención de determinar el premio, la lucha entablada entre sus siervos y las fuerzas del mal. En cada una de dichas cartas se dirige al vencedor recordándole el tiempo cuando la fidelidad recibirá de sus manos la recompensa. La actual oposición es sutil, tenaz y multiforme, pero las promesas son firmes: “Al que venciere yo le daré...” Parece ser que el mayor premio es el ofrecido al vencedor en la iglesia de Laodicea, iglesia cuyo bajo nivel espiritual obliga al Señor a reprenderla de la forma más solemne; la iglesia tibia, rica en este siglo, pero espiritualmente pobre, miserable, desnuda y ciega. En tal iglesia, “al que venciere –dice el Señor- yo le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su Trono” (Apo. 3: 21). Esto implica una especial identificación del vencedor con Cristo como el Gran Vencedor, y el premio supone la concesión de muy elevado autoridad en las glorias del Reino.

¿En qué consiste, preguntará alguno, ser vencedor? Esta palabra necesariamente presupone la existencia de obstáculos que se opongan al ejercicio de la fe, de dificultades que salvar en la senda de la fidelidad. En cada una de las cartas a las siete iglesias se indican claramente los obstáculos y las dificultades al mencionar los diversos fallos, los varios pecados existentes en las iglesias y las pruebas a las que algunas están sometidas. El vencedor es aquel que salva tales obstáculos, con fidelidad y lealtad a su Señor, confiando en El, quedando triunfante y firme en medio de la degeneración.

En las cartas que estamos citando, la iglesia de Filadelfia recibe la promesa del pronto retorno del Señor: “Yo vengo presto: mantén firme lo que tienes para que nadie te arrebatte tu corona.” Y en cuanto al vencedor en la misma iglesia, de nuevo hemos de volver nuestra mirada hacia la nueva ciudad celestial: “Al que venciere, yo le haré columna en el Templo de mi Dios, y nunca más saldré de allí; y escribiré sobre él el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios y mi nombre nuevo” (Apoc. 3: 12).

Es consuelo en la tristeza

Este efecto de la esperanza está expresamente dado por Pablo, tanto al principio como al final del pasaje que se refiere a este tema en el capítulo cuarto de la primera Epístola a los Tesalonicenses. Empieza por ponerle una especie de prefacio a la seguridad que de fuente divina había recibido en el sentido de que los cristianos que duermen tomarán parte en la resurrección y el rapto cuando el Señor venga, afirmando que su propósito es evitar una tristeza innecesaria. “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza” (1 Tes. 4: 13). Y después de haber descrito cómo todos viviremos juntos después del venturoso acontecimiento prometido, y seremos tomados al aire para recibir a nuestro Señor, añade: “Por tanto, alentaos los unos y a los otros con estas palabras” (18).

Esta esperanza, pues, no se nos da para desterrar toda tristeza, sino simplemente para mitigarla. El dolor por la pérdida de amigos o seres queridos es común a todos y no es inconsistente con la aceptación de la voluntad de Dios, ni niega la esperanza del cristiano. El mismo Jesús lloró con las hermanas de Lázaro ante la tumba de éste, a quien inmediatamente iba a despertar (Juan 11: 33-35), y Pablo confesaba que si la enfermedad de Epafradito hubiese resultado en su muerte, él, Pablo, se hubiera sumido en profunda tristeza (Fil. 2: 27). Los conversos de Tesalónica no se entristecían sólo por la pérdida de sus hermanos, sino porque suponían que los que habían dormido quedaban desposeídos del privilegio de recibir al Señor en su venida. Para evitarles esta tristeza fue para lo que el Apóstol les escribió disipando sus dudas y temores, que carecían de fundamento. Puesto que para el creyente el morir no es pérdida, sino ganancia (Fil.1: 21), la tristeza por los que han partido de entre nosotros queda eliminada. Hemos de estar de luto por nuestra pérdida, pero regocijarnos por su ganancia.

El conocimiento de que nuestros seres queridos, al dormir en paz, están con el Señor, debe bastar para satisfacernos por completo en cuanto a su felicidad presente, pues estar con Cristo, el cual nos amó hasta el punto de morir en la cruz por nosotros, es disfrutar de un gozo y una felicidad que sólo podrán sobrepasarse en la reunión que ha de tener lugar en la resurrección y el rapto de todos los redimidos y en la participación de las glorias que seguirán a esta reunión. Para aquellos que están de duelo por la partida de sus seres amados, el Señor, con su amor y la bendita esperanza de la resurrección palia la tristeza hasta que su Venida disperse con su luz las sombras del luto, y el gozo que se espera mitiga el dolor de la separación desde el momento mismo en que se produce.

¡Pronto, pronto! ¡Radiante amanecer
del sol que nunca perderá el fulgor!

Persigue las tinieblas al último confín,
a que a tu luz y al toque del último clarín
los santos que durmieron despierten para ver
con los transfigurados, la faz de su Señor.

La esperanza modela el carácter

Está comprobado que los hombres se moldean de acuerdo con aquello que adoran. El carácter del idólatra recibe la impronta de la naturaleza de su ídolo. “Semejantes a ellos son los que los hacen” (Salmo 115: 8). Si piensas en Buda y oras a Buda- dice un proverbio oriental- te volverá como Buda. Quien pone en Cristo el afecto de su corazón, inevitablemente va moldeando su carácter de acuerdo con el de Cristo. “Nosotros todos, mirando a cara descubierta, como en un espejo, la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (2 Cor. 3: 18). Se comienza por la límpida visión que indica que el corazón está ocupado con Cristo, lleno de El, y sigue la transformación a su semejanza. Cuanto más aprendemos acerca del Señor por medio del espejo de las Escrituras, más permitimos que su clara visión obre en nuestro íntimo ser, y más nos amoldamos a su semejanza.

Pero esta dedicación a Cristo va en la Escritura asociada a la esperanza de su retorno, y se afirma en la Palabra inspirada que esto constituye un medio de conformarse, de amoldarse al carácter de Cristo. “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando El se manifieste seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como El es.” No habrá deformación en la imagen cuando, a la voz de mando de la resurrección, le miremos directamente. Entretanto, la transformación del carácter del creyente es gradual: “Todo aquel que tiene esta esperanza en El, se purifica a si mismo, como El también es puro” (1 Juan 3: 2, 3). La versión “en él” da lugar a cierta ambigüedad porque se presta a la interpretación de que la esperanza está en el creyente. Desde luego, es verdad que la esperanza está en el creyente, pero no es eso lo que quiere destacar el texto, sino que trata de presentarnos a Cristo como el polo de atracción. La esperanza no es simplemente aguardar a que el acontecimiento se produzca en el tiempo y en el espacio, sino que es un anhelo puesto “en El”, en Cristo, de forma que el deseo del corazón se proyecta primero y principalmente hacia la persona de Cristo y va acompañado del anticipo del gozo que disfrutaremos cuando le veamos realmente como es y compartamos con El la gloria de su resurrección. “Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Salmo 17: 15).

La meditación de lo que ha de acontecer en la Parousia del Señor es un acicate para la pureza de corazón y de testimonio. Cuando pensamos que nuestra capacidad para servir al Maestro y Señor en los siglos venideros estará de acuerdo con nuestra actual purificación, según nos hayamos abstenido, o hayamos descartado de nuestra vida todo lo que a El le desagrade, tenemos más que suficiente motivo para esquivar toda suerte de maldad, dedicando totalmente nuestra vida y nuestras energías a la leal obediencia al Señor y Salvador. La medida, la norma de pureza está determinada por el carácter inmaculado de Cristo: “asi como El es puro”. La eficacia de la obra de la esperanza en cada cristiano puede medirse por su semejanza con el carácter de Cristo.

De idéntica forma, Pablo da testimonio del poder de la esperanza en la modelación del carácter. “Ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado” (1 Ped. 1: 13). Aunque la traducción emplea el futuro, “se os traerá”, porque el traductor asume que el hecho está aún por venir, el original utilizara el presente, “se os está trayendo”, para colocar este futuro más dentro de la vida actual de cada creyente. En maravillosa coincidencia con Juan en cuanto a la norma de santidad, Pedro continúa: “como hijos obedientes –sugiriendo la relación entre padre e hijos- no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino como aquél que os

llama es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo”. El poner la esperanza de forma total en la Venida de Cristo moldea al creyente, hecho espiritualmente plástico por la obediencia, conformando su carácter con el de Cristo, constituyéndolo en reflejo del carácter de su Señor.

También en su Segunda Epístola nos muestra Pedro el Día del Señor, en el que los cielos pasarán, los elementos serán deshechos, la tierra y sus obras serán destruidas al fuego, y nos exhorta, en vista de ello, a vivir en toda santidad y piedad, y a desear y esperar de todo corazón “la Parousia del Día del Dios”. Ante esta perspectiva hemos de “procurar con diligencia ser hallados por El sin mancha e irrepreensibles, en paz” (2 Ped. 3: 10-14).

Al escribir a Tito, Pablo habla de dos apariciones de Cristo, una en el pasado, la aparición de la gracia, que ha traído salvación a todo el mundo, y la otra en el futuro, la aparición en gloria: “la gloria de nuestro gran Dios y Salvador, Jesucristo”. La gracia nos enseña a desechar la impiedad y los deseos mundanos, a vivir sobria, recta y piamente en este mundo, pero siempre con los ojos puestos en la gloria que ha de ser revelada en el Segundo Advenimiento del Señor. Esa esperanza, pues, ha de influir en nosotros, sean cuales fueren las circunstancias y relaciones de nuestra vida actual, produciendo en nosotros la sobriedad como experiencia personal interna, la rectitud en nuestras relaciones con nuestros semejantes, y la piedad en nuestra relación con Dios (Tito 2: 11-13).

Y finalmente, cuando el mismo Señor, en la declaración final de la Sagrada Escritura, predice su pronto retorno, nos da una solemne admonición en cuanto a los efectos de su Advenimiento en el carácter de sus redimidos, y nos muestra la recompensa que ha de administrar personalmente: “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo para recompensar a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas de la ciudad” (Apoc. 22: 11-14).

CAPÍTULO 10

RESUMEN DE LA DOCTRINA BIBLICA SOBRE EL SEGUNDO ADVENIMIENTO

En el diagrama que figura al principio del libro, hemos intentado representar de forma visual las distintas fases del ministerio de Jesús el Señor desde el momento de su Ascensión hasta que sus pies vuelvan a posarse sobre el Monte del Olivar, como lo predijo Zacarías (14: 4).

La línea A-B, que le sirve de base al diagrama, representa el Tiempo, o la Historia de la Raza Humana a través del Tiempo. El primer acontecimiento que señalamos sobre dicha línea base, es el punto C, indica la Ascensión del Señor, descrita en el Nuevo Testamento en los términos siguientes: “Fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos”; “fue llevado arriba al cielo”; “traspasó los cielos”; “el que descendió es el mismo que también ascendió (subió) por encima de todos los cielos”; “no entró en el santuario...sino en el cielo mismo”, donde está sentado a la diestra de Dios, “sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero”; “me he sentado con mi Padre en su trono”; “el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos” (Hech. 1: 9; Luc. 24: 51; Heb. 4: 14; Efe. 4: 10; Heb. 9: 24; Efe. 1: 21; Apoc. 3: 21; Heb. 8: 1).

Es digno de notar, sin embargo, que cuando el apóstol Pablo menciona la Ascensión de Cristo sin haberse referido inmediatamente antes a su origen celestial, cuidadosamente hace constar que antes de ascender tuvo que bajar. En otras palabras, no permite que se le interprete en el sentido de que Jesucristo fuese de origen terrestre, pues en cuanto Hijo de Dios venía del cielo, aunque en cuanto Hijo del Hombre naciese en Belén de Judea. Miqueas (5: 2) asocia bien el doble origen: “Tú, Belén Efrata...de ti me saldrá desde el principio, desde los días de la eternidad”. Juan (17: 8) anota las palabras de Jesús: “Han conocido verdaderamente que salí de ti”, del Padre.

Cristo en el cielo

Acerca de las ocupaciones de Cristo durante su actual permanencia en el cielo, representada por la línea horizontal D-E en el diagrama, la Escritura nos da algunas indicaciones: “...dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor”; “para presentarse ahora por nosotros ante Dios”; “voy, pues, a preparar lugar para vosotros” (Heb. 6: 20; 9: 24; Juan 14: 2). Cristo Jesús es “un Gran Sacerdote sobre la casa de Dios”, “la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriamos en su esperanza”; “Cristo es...el que también intercede por nosotros”, pues, “si alguno hubiere pecado, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”, y además, como ya hemos hecho constar con anterioridad, El está “esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies” (Heb. 10: 21; 3: 6; Rom. 8: 34; 1 Juan 2: 1; Heb. 10: 13).

El final de esta permanencia de Cristo en el Trono de su Padre lo describe así el apóstol en 1 Tes. 4: 16; “El Señor mismo, con voz de mando...y con trompeta de Dios, descenderá del cielo”, y este acontecimiento lo hemos representado en el gráfico por la línea vertical E-F. Como la duración de D-E no ha sido revelada, representamos esta línea interrumpida, evidenciando nuestra ignorancia sobre la duración de este periodo.

La era actual de predicación del Evangelio, del “ministerio del Espíritu” (2 Cor. 3: 8), corre en sentido paralelo a la permanencia del Señor en el Cielo. Esta época comenzó cuando el Espíritu Santo fue derramado como don del Padre y del Hijo (Hech. 2: 33) y corresponde al tiempo del crecimiento o formación de la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo (Ef. 1: 22, 23). La terminación de este periodo está revelada en las siguientes palabras del apóstol Pablo: “...Los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego,

nosotros los que vivimos, los que habremos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes”. Este acontecimiento está representado en el diagrama por el trazo F-G, pero acerca de la duración del periodo de la Iglesia, el trazo C-G, nada nos dice la Escritura y por tanto lo hemos representado también interrumpido.

Prohibición de fijar fechas

En múltiples ocasiones se ha intentado fijar la fecha del Segundo Advenimiento de Cristo, procurando rellenar con cálculos humanos las lagunas de la revelación. Para tales cálculos se ha tomado como base datos bíblicos, fenómenos astronómicos, deducciones sacadas por analogía, y toda suerte de suposiciones. La vanidad de tales intentos se ha demostrado vez tras vez, pues siempre han fallado, y su único fruto ha sido desacreditar la profecía y hacer que muchos se burlen de su estudio. Por otra parte, tales intentos de fijar fechas no son simplemente vanos, sino que además están prohibidos por la misma Escritura en que se pretende basarlos.

El principio general que sirve de base a todas las comunicaciones de la voluntad divina fue así enunciado por Moisés: “Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; más las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley” (Deut. 29: 29). Fiel a esta misma línea, Jesús les dice a sus discípulos: “”Pero el día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre” (Mat. 24: 36). Los términos *día* y *hora* aquí usados parecen corresponder al tiempo tomado en su sentido lato, y en el más restringido, tómesese como año, mes, día u hora. En cualquier sentido, el tiempo de la Segunda Venida es desconocido porque no ha sido revelado. En realidad, las palabras del Señor después de su resurrección (Hech. 1: 7): “Nos os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad”, parecen indicar que existe el propósito decidido por parte del Padre de no entregar este conocimiento en manos de sus criaturas, hasta que el acontecimiento se produzca. La prohibición es tan clara que todo intento de alcanzar lo vedado constituye una consciente desobediencia, por muy bien que se trate de disfrazarla.

La vigilancia permanente

Las palabras de 1 Tes. 5: 1, 2: “Pero acerca del tiempo y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el Día del Señor vendrá así como ladrón en la noche”, cabe parafrasearlas de este modo: “Como bien sabéis, nada puedo añadir al conocimiento que ya tenéis sobre el tiempo de la Venida del Señor, pues vendrá cuando menos lo esperemos”. Bien es verdad que Pablo sigue diciendo: “Cuando digan (los impíos): Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina... Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón”. Evidentemente, hay una importantísima diferencia entre los impíos y los creyentes en relación con la Segunda Venida de Cristo, pero tal diferencia no consiste en el conocimiento anticipado de la fecha, sino en la permanente vigilancia del creyente, que está seguro de que Cristo ha de volver, y en que no espera a su Juez, sino a Su Rey y Salvador. El creyente se encuentra en la situación del dueño de la casa de la parábola. Si hubiese sabido a qué hora había de venir el ladrón a asaltar su casa, hubiera estado vigilando aproximadamente a aquella hora, pero ignorando a qué vela de la noche vendrá, tiene que ejercer una vigilancia constante. Por eso en todos los tiempos, el mandato del Señor a su pueblo ha sido el mismo: “Estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá” (Luc. 12: 35-40).

Para explicarnos este secreto sobre los tiempos y las sazones, pueden aducirse dos razones principales. La primera es que el tiempo del Segundo Advenimiento lo ha dejado el Padre en el misterio para mantener en el creyente el espíritu de vigilancia constante. Si tal día se supiera, se perdería este aliciente. Es verdad que el creyente no debiera necesitar de tal “muleta” en que apoyar su lealtad, pero de eso habría mucho que hablar y no es éste el lugar adecuado. Dios, en su sabiduría, ha determinado proveer este acicate para nosotros,

seguramente porque lo necesitamos. “Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo...Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá al señor de la casa...Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad” (Mar. 13: 33- 37). Expresiones semejantes a estas, que abundan en el Nuevo Testamento, presuponen necesariamente nuestro desconocimiento de la fecha en que el Señor vendrá. Sabida ésta, el poder purificador de la esperanza se desvanecería. Además, si la fecha se hubiera revelado con posterioridad al uso de estas expresiones y otras del mismo tenor, se hubiera disipado el vigor de la tan repetida exhortación a la vigilancia.

No se trata, pues, de ocultar la fecha de la Venida durante un tiempo determinado, ni de ocultarla de tal forma que el estudiante aplicado o el investigador diligente puedan descubrirla. Nuestro punto de vista es que no ha sido revelada a fin de que nosotros seamos “semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese” (Luc. 12: 36). No obstante, aún puede haber otra razón más profunda.

La soberanía del Dios viviente

Hemos de prevenirnos contra la asunción general, completamente gratuita, que sirve de trasfondo a mucho de lo que sobre este tema se comenta, de que los propósitos de Dios están necesariamente sujetos al calendario humano. Lo que mueve el brazo de Dios para actuar no es la campanada de nuestro reloj, sino la madurez en el desarrollo de los acontecimientos. Hemos de resistir la fuerte tentación de considerar a Dios limitado a una actividad mecánica programada, como si, al igual que los reyes de Media y Persia, El se constituye en esclavo de sus propias leyes. Cuando los campos de trigo están maduros, el agricultor procede a la siega sin contar las hojas del calendario que haya arrancado. Dios esperó a que los amorreos colmasen la copa de su iniquidad antes de descargar su castigo (Gen. 15: 16). Dios envió a Jonás a Nínive a profetizar la destrucción de esta ciudad, pero como los ninivitas se arrepintieron, no se cumplió la destrucción profetizada por su mandato. Por causa de los escogidos, los días de la calamidad serán acortados, mientras que la longanimidad, la paciencia de Dios, prolonga el día de salvación (Mat. 24: 22 y 2 Ped. 3: 9). La misma paciencia de Dios que hace que los santos exclamen: “Oh, Señor, ¡hasta cuándo!”, pone cánticos de alabanza por su salvación en los labios de muchos pecadores.

Más que difícil, resulta imposible que nosotros, meros humanos, concibamos el ejercicio completo y armonioso de todos los atributos de Dios. Nos parece que tiene que existir algún antagonismo entre la omnisciencia –que ha de conocer el fin desde el principio, y los pasos por los que se ha de llegar a dicho fin– y la dependencia de la acción divina de la conducta de los hombres. También nos preguntamos cómo es posible resistir a Dios si es omnipotente. No podemos hacer cosa mejor que recordar la necesaria limitación de nuestra capacidad para comprender a Dios. El es omnisciente y omnipotente, y no podríamos concebirle de otra forma, pero al mismo tiempo es Persona viva y libre y como tal tiene la prerrogativa de adaptarse a las circunstancias a medida que éstas se modifican, como todas las personas vivas y libres. ¿Podemos negarle a Dios prerrogativas que para nosotros reclamamos como derecho inalienable? En vano pretenderemos razonar que Dios no puede ser de ésta o la otra forma, que no puede hacer esto sin dejar de hacer aquello, pues nuestro propio ser hace inevitable que le atribuyamos a Él lo que es inconcebible para nosotros.

Además, la Venida del Señor es asunto por el cual debemos elevar nuestras oraciones al Padre, pues Jesús enseñó a sus discípulos a que orasen: “Venga tu reino” (Mat. 6: 10). A Juan en Patmos le dijo el Señor: “Ciertamente vengo en breve”, a lo que el vidente respondió: “Amén, si ven, Señor Jesús”. “El Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye diga: Ven” (Apoc. 22: 17, 20). Por donde vemos que el Espíritu Santo impulsa y acompaña al cristiano en esta oración por la Venida que el mismo Jesús enseñó. Hay quienes opinan por su cuenta que donde dice “venga tu reino” debiéramos poner “crezca tu reino”, o “extiéndose tu reino”, como si el Reino de Dios lo estableciésemos nosotros al difundir el Evangelio. No debemos confundir los términos: el Reino vendrá sólo cuando venga el Rey. La piedra que nos presenta Daniel en el

sueño de Nabucadonosor empezó a crecer después de haber destruido la imagen, no antes (Dan. 2: 35). Bien entendida, la oración por la venida del Reino es perfectamente adecuada a nuestro tiempo, y cuadra bien en el corazón y en los labios del cristiano. Decir: “Venga tu Reino, es tanto como decir: Amén, ven Señor Jesús, puesto que orar por la venida del Rey equivale a orar por la venida del Reino. Si la venida del Señor es un evento por el cual hemos de pedirle al Padre, no podemos concebir que su hora se haya fijado ya. Cuando el Señor dijo que tal hora no la conocía ni El mismo, no quiso decir que el Padre la había fijado y se la había ocultado a El, el Hijo, sino que el Padre había reservado para su exclusiva autoridad el fijarla, lo que nos sugiere que puede fijarla cuando, en su sabiduría, el tiempo haya madurado para ello.

Nuestra comprensión de la perfección divina es todavía muy débil, y nuestro conocimiento de Dios es limitadísimo, por lo que se presentan en nuestra mente problemas insolubles. Por ahora hemos de conformarnos con esperar una mayor capacidad y un más amplio conocimiento, de lo que nos beneficiaremos cuando el Señor venga.

La reunión en el aire

En un momento, pues, desconocido por no revelado, y que no podemos descubrir por mucho que nos ingeniemos, “los que son de Cristo” serán arrebatados “para recibir al Señor en el aire” (1 Tes. 4: 17). Éstas últimas palabras pueden también traducirse: *para una reunión con el Señor en el aire* (F), y a fin de que el lector estudioso compare este término según su uso en el Nuevo Testamento, le diremos que el original griego es *apanteesis* y se da sólo en otros dos pasajes, Mat. 25: 1 y Hech. 28: 15. En el pasaje en Mateo se repite en el v. 6. Los hermanos que salieron a recibir al Apóstol a las Tres Tabernas le acompañaron hasta Roma, donde iba; en la parábola de las vírgenes, éstas volvieron con el esposo hasta el lugar de donde habían salido. De acuerdo, pues, con estas analogías, los que son arrebatados para recibir a su Señor en el aire, vuelven con El a la tierra, que es a donde se dirige Cristo cuando tiene lugar la reunión.

Ni en la palabra misma ni en el contexto hay nada que indique que el retorno a la tierra haya de ser inmediatamente después de la reunión en el aire. O visto desde otro ángulo, el descenso del Señor desde el cielo a la tierra no es necesariamente continuo, sino que, por el contrario, hay razones convincentes para deducir que sufrirá una interrupción, de un cierto intervalo de tiempo, en el lugar en que ocurre la reunión entre el Redentor y sus redimidos.

La Parousia

Cuando Jesús el Señor descienda del cielo con la palabra de vida que ha de obrar en los cuerpos de todos los suyos, tanto vivos como muertos, transformándolos a su nueva condición celestial, todos los redimidos por su sangre serán arrebatados para reunirse con El en su Parousia (F). Es de lamentar que muchas versiones de la Biblia conserven aún como traducción del griego *parousia* la palabra *venida*, pues hubiésemos ganado más si se hubiera hecho con este término la misma transliteración que con *bautisma*, adoptándolo sin traducir. Como ya demostramos en el Capítulo V, *venida* no corresponde exactamente a *parousia*, pues mientras que *venida* sólo significa el acto de la llegada de una persona, *parousia* designa un estado y es equivalente a *presencia*, como se indica en las notas marginales de algunas versiones. En nuestro gráfico, la Venida se representa por un trazo vertical por ser un acto que ocurre en un momento, mientras que la *parousia* se indica por un trazo horizontal, siguiendo la línea base del tiempo, ya que invariablemente *parousia* denota cierta duración. Es fácil probar lo que venimos diciendo, recurriendo a los pasajes donde se hallan estos términos en el Nuevo Testamento. Uno de los lugares en que la traducción induce a confusión es 1 Tes. 3: 12, 13: “El Señor...haga...que sean confirmados vuestros corazones, irrepreensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre en la venida (*parousia*) de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos”. La traducción por “venida” hace que este pasaje se tome por relativo al momento de la Segunda Venida, “la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”, “con sus santas decenas de millares”, o con las decenas de millares

de sus santos (Tito 2: 13 y Judas 14). Así lo entienden los comentaristas clásicos en general (Alford, Elliot, Lightfoot), pero ello sólo es posible, como dice Cremer, según vimos en la Nota en página 63, cuando se le atribuye a *parousia* un significado que no es el suyo propio. Para captar bien la mente del Espíritu Santo, y la del Apóstol, es esencial conservar el sentido específico de tan importante término. *Venir con* es evidentemente distinto de *estar presente con* una o más personas, y nunca se confundirán ambas expresiones en un escrito corriente. ¿Por qué hemos de suponer que son sinónimas en la Sagrada Escritura?

El Tribunal de Cristo

El término utilizado como subtítulo necesariamente requiere una interrupción por un tiempo apreciable en el descenso de Jesús el Señor a la tierra. Durante tal interrupción, su pueblo redimido estará con El en el lugar de la reunión. No sabemos, por falta de revelación al efecto, la duración de la *Parousia*, por lo que hemos representado en el gráfico en una línea interrumpida (F-H) esta estancia del Señor con sus redimidos. Aparentemente, durante esta permanencia juntos es cuando el Tribunal de Cristo, o de Dios, que ambos términos se usan, tiene asignado su momento. (Rom. 14: 10; 2 Cor. 5: 10). Esta deducción parece inevitable a la vista de numerosos pasajes. La resurrección de los justos es el momento de premiar su lealtad en el servicio (Luc. 14: 14), y tal resurrección de los justos acontece en la iniciación de la *Parousia* (1 Cor. 15: 23 etc.). En la *Parousia* del Señor el Apóstol esperaba reunirse con sus convertidos, quienes entonces constituirían su gloria, y los propios convertidos serían también presentados allí para la evaluación de su vida y servicio (1 Tes. 2: 19; 3: 13).

De igual forma, el apóstol Juan esperaba encontrarse en la *Parousia* con aquellos a quienes escribía, y su forma de expresarse sugiere que aquella sería la ocasión en que se juzgase tanto su propio vivir como el de los “hijitos” a quienes dirigía su carta (1 Juan 2: 28). Estas dos citas (1 Tes. 2: 19 y 1 Juan 2: 28) indican con suficiente claridad que los apóstoles esperaban reconocer en la *Parousia*, ante el Tribunal de Cristo, a aquellos con quienes se habían tratado en esta vida, y recíprocamente, ser reconocidos por ellos.

El fin del Tiempo de los Gentiles

Mientras transcurre en los aires la *Parousia* del Señor con sus redimidos, suceden en la tierra los últimos tiempos de los gentiles, época representada en el diagrama por la línea horizontal interrumpida G-J. Este periodo encierra la instauración y desarrollo de la forma final de gobierno gentil descrita en Capítulo 13 del Apocalipsis y otros pasajes. Incluye la Gran Tribulación, “el tiempo de la tribulación de Jacob” bajo la encarnizada persecución del déspota Anticristiano, llamémosle rey, emperador, presidente, según el título que seguramente surgirá de acuerdo con las tendencias de la época.

El “tiempo de los gentiles” sólo terminará cuando un judío asuma el poder soberano sobre Jerusalén, es decir, cuando Jesús el Señor aparezca para derrotar al déspota mundano y su imperio. Esta catástrofe será resultado directo de la manifestación de la presencia del Señor, o *Parousia*. El telón que ocultará a las huestes celestiales en los aires se descenderá de súbito, la presencia del Señor con sus santos será manifestada, y “los reinos del mundo” se convertirán en “el reino de nuestro Señor y de su Cristo; y El reinará por los siglos de los siglos” (Apoc. 11: 15). Este acontecimiento está representado en el gráfico por el trazo H-J.

- (1) Véase el cap. 7. La derrota de los turcos en Palestina en 1917 no liberó a este país del mundo gentil. El paso a manos británicas, antes de la formación del estado de Israel 1948, mantuvo la Tierra Prometida dividida y, en parte, bajo dominio gentil.

Durante el periodo G-J, como en todas las edades precedentes, Dios no permanecerá sin testimonio en el mundo, sin que se proclame el Evangelio para que las almas se salven, si bien la salvación de quienes entonces responden al mensaje del Evangelio no significará el ser miembro de la “Iglesia que es su Cuerpo”

(de Cristo), pues ésta estará ya completa y recogida para reunirse con el Esposo. (Ver Apoc. 7: 11; 14: 1-5; 15: 1-2 y 20: 4). El centro del Evangelio será entonces, como ahora, la Persona del que murió en la cruz y ahora vive, el Cordero de Dios, y su valor salvador se hará efectivo por medio del mismo Espíritu Santo, tanto a judíos como a gentiles. (1)

(1) Parece no existir suficiente fundamento para identificar a “quien lo detiene” (2 Tim. 2: 7) con el Espíritu Santo, ni para afirmar que el Espíritu abandonará la tierra juntamente con la Iglesia ya completa. Según Joel 2: 28-30, es precisamente en estos postreros días cuando el Señor derramará su Espíritu sobre toda carne. Ver *Notes on Thessalonians*, p. 258 y siguientes.

Es difícil concebir cómo podrá llevarse a cabo el testimonio por Cristo bajo las nuevas circunstancias, es decir, cuando todos los redimidos hayan sido arrebatados de la tierra. Se ven, no obstante, algunas posibilidades a simple vista cuando se piensa en las multitudes que tienen algún conocimiento de Cristo y de su obra, aunque no lo haya aceptado como Salvador, y los ejemplares de la Biblia y de literatura evangélica que quedarán en el mundo. Pero está bien claro que muchas personas se salvarán durante el periodo que va del raptó de los santos al Día del Señor (G-J), según los pasajes de Apocalipsis arriba citados. Además la profecía de Joel (2: 32) sobre la época en que vendrá “el día grande y espantoso de Jehová” termina con estas palabras: “Todo aquél que invocare el Nombre de Jehová será salvo”, siendo de notar el término “todo aquél” como expresión característica que denota el alcance del Evangelio y de la gracia de Dios en nuestra dispensación, aplicado también a la siguiente. La línea divisoria entre el día de la gracia y el día del juicio está claramente definida. Cuando Jesús sea revelado “en llama de fuego para dar (justa) retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo”, entonces es cuando el padre de familia se levantará y cerrará la puerta (2 Tes. 1: 8 y Luc. 13: 25). Entonces (h-J) impera la gracia y “*todo aquel* que invoque el nombre del Señor será salvo”.

La situación general durante el periodo representado por G-J, no obstante, no será más favorable para invocar el nombre del Señor que la actual, sino al contrario. Aumentará el estado mental de satisfacción con el progreso científico y la esperanza de que tal progreso continúe acelerando su ritmo. No habrá tolerancia para los píos, pero sí habrá un gran atractivo para quienes rechacen la verdad, al presentárseles el poderoso archidéspota, el Anticristo, la Primera Bestia de Apocalipsis 13, como el hombre predestinado para el Imperio universal, garantía de paz duradera y de prosperidad y progreso ininterrumpidos (ver 2 Tes. 2: 8-12).

Después del Advenimiento

Nuestro diagrama no señala los acontecimientos subsiguientes al Segundo Advenimiento del Señor (H-J). El juicio de las naciones a la sazón existentes en la tierra no se hará esperar, puesto que el pasaje que se refiere al mismo se expresa en unos términos que fijan su relación en el tiempo con el Advenimiento. “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con El, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de Él todas las naciones” (Mat. 25: 31, 32). Aparentemente, esto ocurre al principio del Milenio, una de cuyas características es que el gobierno seá “con vara de hierro” (Apoc. 12: 5). Es decir, el gobierno del Príncipe de Paz y el Rey de Justicia estará garantizado por una fuerza imponente, ya que no es posible otra forma estable de gobierno sobre una humanidad sin regenerar.

Esta será la última oportunidad para el hombre. Como en todas las anteriores dispensaciones o épocas, así será en ésta. Encontrándose Satanás arrojado en el abismo, no podrá ejercer la tentación sobre los hombres, y éstos se someterán al poder, esta vez en manos de la justicia y la rectitud. Pero cuando el Enemigo quede libre de nuevo para dedicarse a su engañadora labor, los hombres caerán en sus tretas y una vez más se pondrán en contra de Dios y de su Ungido, hasta que venga la derrota final de Satanás.

A esto seguirá la resurrección del resto de los muertos, los que murieron sin Cristo y sin salvación, y su juicio ante el Gran Trono blanco, sobre el cual se sentará como Juez el Salvador rechazado. (Apoc. 20: 11 y sig.; Juan 5: 22-27), “Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos”. Los cielos y la tierra, al *huir*, dejan paso a “cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia”. (2 Ped. 3: 13).

APENDICE

NOTA A

Los únicos pasajes del Nuevo Testamento que hacen referencia específica a la resurrección de quienes no han puesto su fe en Cristo Jesús son Juan 5: 29 y Hechos 24: 15. Hay algunos pasajes donde tal resurrección se halla implícita, como Juan 12: 48.

El Apocalipsis (20: 4-12) nos revela con toda claridad que “el Día Postrero” es un periodo superior a los mil años. Ni en Juan 5: 29 ni en los otros pasajes en que se menciona la misma frase encontramos indicación alguna sobre la duración del Día Postrero, el cual se inicia con la Resurrección y el Rapto de la Iglesia (G-F) y concluye con la resurrección y juicio de aquellos que no han aceptado a Cristo, abarcando el periodo del Milenio (J-B). Nes, desde luego, lo que vulgarmente se ha dado en llamar “el fin del mundo”, sino el último “día”, o época, durante el cual el hombre es responsable ante Dios de las consecuencias de su caída.

La “hora” de Juan 5: 25: “Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán”, ha durado ya casi dos mil años (C-G). La “hora” del versículo 28: “vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación” ha de comprenderse en el mismo sentido (G-B). “Día” y “hora” se usan indistintamente en Juan 16: 25-26 para expresar un largo periodo de tiempo.

La Escritura no siempre nos indica el intervalo entre dos acontecimientos, sino que aunque dos o más eventos se incluyan en una profecía en la misma frase, su cumplimiento puede estar separado por muchos años. Por ejemplo, en Gen. 3: 15 se predicen tres hechos distintos entre sí: la enemistad entre la mujer y la serpiente, que comenzó sin demora; la herida que la serpiente había de infligir a la Simiente de la mujer, que se cumplió en la Cruz, cuatro mil años más tarde; y la herida a la serpiente en la cabeza, que al cabo de unos seis mil años aún no se ha cumplido.

En la profecía de Isaías 11, los vv. 1-3 se cumplieron en la Primera Venida de Cristo, mientras que el resto de la profecía se refiere a los efectos de la Segunda Venida, por lo que aún se espera su cumplimiento. “El año de la buena voluntad de Jehová” se inició cuando Jesús nació en Belén, y aún continúa en vigor, pero el “Día de la venganza del Dios nuestro” llegará cuando Jesucristo sea manifestado “del cielo, con los ángeles de su poder, en llama de fuego” (H-J). No se observa intervalo entre uno y otro periodo al leer la profecía en Isaías 61: 2; sin embargo, el Señor puso punto final a su lectura de este pasaje al final de la primera frase, diciendo: “Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos.” El resto aún tiene que esperar. Véase Lucas 4: 21 y 2 Tes. 1: 7-8. Las palabras de Jesús en Juan 5: 29 presentan iguales características.

NOTA B

Parece suficientemente claro que Juan 5: 25 se refiere al reavivamiento espiritual, que experimenta todo creyente en Cristo, y no precisamente a la resurrección del cuerpo. Esto resulta, en primer lugar, a causa de la adición de las palabras “y ahora es”, que no aparecen en el v. 28; en segundo lugar, porque el Señor menciona a “todos los que estén en los sepulcros” para referirse a aquellos cuyos cuerpos han cesado de ejercer las funciones propias de la vida y han dado paso a la corrupción, reservando el término “muertos” para el estado espiritual del hombre, en virtud de su descendencia adámica. Ver Efes. 2: 1, Y, finalmente, porque estas palabras sirven de explicación al v. 24 en el que se dice de aquellos que creen, que han pasado de muerte a vida, lo que evidentemente no es un fenómeno que ha de acontecerle en el futuro al cuerpo, sino una experiencia actual del alma del creyente.

NOTA C

A pesar de lo dicho en el párrafo del Cap. 3 que origina esta nota, a veces se saca una deducción distinta de ciertos pasajes de la Escritura, tales como Apc. 14: 4, que habla de las primicias para Dios y para el Cordero. Las primicias de la cosecha están constituidas por los primeros frutos que se recogen, y se usa este término en el Antiguo Testamento exclusivamente en su acepción literal, mientras que en el Nuevo Testamento, por el contrario, siempre se utiliza en su sentido figurado. Los creyentes de la era apostólica eran una especie de “primicias de sus criaturas” (de Dios), es decir, el comienzo de la inmensa y variada cosecha de la Cruz (Sant. 1: 18).

Los convertidos de Tesalónica habían sido escogidos por Dios “como primicias para salvación” (traducción marginal de 2 Tes. 2: 13, en lugar de “desde el principio...”), definiéndose la salvación en el v. siguiente como el hecho de “alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo”. Entre estos creyentes, muchos merecieron la censura y la reprensión de Pablo, quien no sugiere, al escribir, que se excluya a los tales del alcance de sus palabras. Las primicias para salvación no eran, pues, unos cuantos seleccionados de entre los creyentes de Tesalónica, sino todos ellos.

Es importante no perder de vista este principio. Epeneto, “primer fruto de Acaya para Cristo”, no difiere de los que después de él se convirtieron (Rom. 16: 5), y los de la casa de Estefanas, “primicias de Acaya”, no eran más fieles que los que se convirtieron más tarde (1 Cor. 16: 15).

En 1 Cor. 15: 20, 23, el título de “primicias” se aplica a Cristo como primicias de los que durmieron, y la aplicación se hace a la Persona de Cristo, no a Cristo en un sentido místico como si todos cuantos creen en Él se contasen a este efecto como formando parte de Él. Esto lo aclara bien el v. 20, porque fue Cristo solo quien se levantó de los muertos. Por otra parte, la palabra “primicias” es un sustantivo singular a pesar de tener forma plural, y así se usa en la declaración general de Rom. 11: 16, siendo singular el original griego.

Sólo queda otro pasaje en el que “primicias” se aplica a un número de personas, y es Apoc. 14: 4, donde se llama así a una compañía de 144,000, lo que probablemente es un número simbólico, que acompañan al Cordero en el Monte de Sión. Está fuera de los límites de esta nota hacer una exposición de este pasaje, pero podemos ofrecer, al menos, las sugerencias siguientes: El capítulo precedente describe el estado del mundo bajo la Primera Bestia, el falso príncipe de paz, que intenta, por medio de la fuerza y el engaño, con poderes humanos y satánicos, establecer un imperio universal. El cap. 14 presenta el contraste con este estado de cosas, un verdadero Rey Universal asentado por Dios sobre su Santo Monte. Con este Rey verdadero hay una hueste de los “redimidos de entre los de la tierra”, siendo esta redención la razón única de su presencia allí con el Cordero. Nada sugiere que su particular fidelidad o vigilancia les hubiese proporcionado la opción a estar en el Monte. Tal vez pueda interpretarse este número como los que rechazaron la marca de la bestia, pero nada nos autoriza a identificarlos con un hipotético grupo de fieles cristianos separados de la Gran Tribulación para evitarles el pasar por tal prueba mientras que los demás miembros del Cuerpo de Cristo tengan que sufrirla si están a la sazón en el cuerpo. Las epístolas de Pablo nos enseñan que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, y nos instruyen sobre la resurrección y el rapto de sus miembros al principio de la Parousia (G-F), pero estas epístolas no nos dicen nada sobre un previo rapto parcial, anterior al descrito en 1 Tes. 4: 13-17, en el que se incluye a todos los que pertenecen a Cristo (1 Cor. 15: 23), ni se menciona en ellas para nada a unas primicias de la Iglesia, aunque si se mencionan las primicias del mundo, como hemos visto.

NOTA D

Que el Apóstol escriba: “nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado”, no implica en él la creencia de que el Señor vendría durante el tiempo de su vida. Poco después le encontramos usando el mismo lenguaje con relación a la resurrección (2 Cor. 4: 14), “a nosotros” también nos resucitará”, pero con ello tampoco se comprometía a morir antes de la venida del Señor.

Cuando Cristo venga, los creyentes estarán como nos encontramos ahora, y como estaban en Tesalónica y en Corinto, divididos en dos clases, los vivos y los muertos. Pero el tiempo o la sazón de la venida no se ha revelado, se encuentra entre los misterios sobre los cuales Dios no nos ha descorrido el velo (Deut. 19: 29; Mar. 13: 32; Hech. 1: 7). Por este motivo, al hablar de la Segunda Venida de Cristo, el apóstol Pablo se expresa unas veces sumándose a los vivos y otras contándose entre los muertos, para ser transformado o resucitado, según el caso (2 Cor. 4: 14; 1 Tes. 4: 13-17; 1 Cor. 15: 51). Su sentimiento de solidaridad en el dolor con aquellos que en Tesalónica se afligían por sus difuntos le hacer asociarse con ellos al escribirles, mientras que la falta de fuerzas físicas le induce a colocarse en el punto de vista de los ya difuntos cuando redacta su carta a los Corintios.

A mayor abundamiento, la segunda Epístola a los Corintios, en la que se suma a los que duermen, la escribió sólo unos tres o cuatro años más tarde que la de los Tesalonicenses, en la que se coloca entre los vivos para esperar la Parousia. Esta carta a los Corintios contiene un pasaje (5: 1-10) que expresa la actitud de Pablo hacia la posibilidad alterna de estar vivo o no cuando el Señor venga, y también usa el pronombre de primera persona. Dice que “deseamos ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial”, lo que no puede ocurrir hasta que el Señor venga, y a continuación habla en los mismos términos de su valor frente a la muerte, o sea, estar ausente del cuerpo y presente con el Señor. Desea la llegada de la Parousia, que es indudable, pero no le teme a la muerte que puede venir antes, lo que constituye la actitud característica de cada generación de creyentes en Cristo Jesús.

En la Epístola a los Filipenses, escrita tal vez unos siete años más tarde, aunque describe el Apóstol su personal actitud frente a la muerte (1: 21-24) en lenguaje parecido al usado en el pasaje de Corintios, y

sugiere que el morir no es, ni mucho menos, una idea remota (2: 17), sigue utilizando el “nosotros” para describir la actitud típica del creyente hacia la Venida del Señor. Su ya avanzada edad y la amenazadora naturaleza de las circunstancias que le rodeaban, traían a su mente la posibilidad de morir antes de la Venida, pero no le impedían hablar del cielo diciendo que de allí *esperamos* al Salvador (Fil. 3: 20), incluyéndose él entre los que esperan.

Finalmente, en sus cartas pastorales, que son las últimas, aunque habla en lenguaje que claramente indica su conocimiento o presentimiento de que su muerte estaba cerca, sigue refiriéndose a los acontecimientos relacionados con la Venida como si hubiera de verlos en vida: “La gracia de Dios se ha manifestado a todos los hombres, enseñándonos...que vivamos...aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2: 11-13). Y a Timoteo, después de comunicarle que está ya “para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano”, pasa a darle instrucciones para que antes del invierno vaya a verle y le lleve el capote y los libros y pergaminos, considerando que necesitaría todas estas cosas, no para morir, sino para servir aún aquí. Así Pablo nos enseña a estar dispuestos a todo, se a servir a nuestro Señor en la forma ordinaria, sea a sufrir la muerte por amor de su nombre, o a recibirle a Él en el rapto de la Iglesia, según el fin que a Él le plazca poner a nuestros días en la tierra.

De todo esto resulta claro que no podemos sacar del lenguaje del apóstol Pablo ninguna conclusión en cuanto a lo que él esperaba que fuese su fin terrenal, porque Pablo se hacía eco de lo que debe ser la actitud de cada generación de redimidos: anhelar la Parousia, esperar la presencia de nuestro Señor. No hay razón para pensar que Pablo supiese sobre este asunto más de lo que declaró en sus escritos (1 Cor. 13: 12), ni existe evidencia de que en las últimas cartas intente corregir afirmaciones hechas en las primeras, como algunos pretenden. Por el contrario, como hemos tenido ocasión de ver, se complementan entre sí, pero en ningún caso se contradicen. Además, estas palabras dirigidas a los tesalonicenses se presentan como una revelación directa del propio Señor, y aunque pudieran ser ampliadas y explicadas en posteriores revelaciones, nunca podrían ser rechazadas, ni mucho menos ser atribuidas a una errónea comprensión por parte del Apóstol. En toda su larga vida, como se refleja en sus cartas, Pablo mantiene la misma actitud frente a estas grandes alternativas, sin sombra de inconsistencia. Tanto sus palabras como su ejemplo nos enseñan a estar preparados para enfrentarnos con la muerte sin temor no temblor, pero más aún a esperar la Parousia de nuestro Señor con verdadera sed de contemplarle.

Para comparar varios pasajes en los que se haga uso, en este mismo estilo, de la primera persona del plural, nosotros, ver Oseas 12: 4; Rom. 13: 13; Heb. 12: 25.

Es verdad que todo hombre, en todo momento, está a un paso de la muerte, como lo estaba David cuando era perseguido por Saúl. El Apóstol sabía bien que esta verdad le alcanzaba a él exactamente igual que a otro cualquiera, pero no ignoraba que el Señor podía venir antes que la muerte. La experiencia ha enseñado a los hombres a contar siempre con la muerte como una posibilidad inmediata; pero el Evangelio nos enseña que la venida del Señor será como un relámpago. Si en la vida material se cuenta siempre con la posibilidad de la muerte, mucho más debe contar siempre el cristiano con la de la Parousia de su Señor y Salvador.

NOTA E

Parece ser que la palabra “rapto” o “arrebaticamiento” se toma con excesiva frecuencia en el sentido figurado del gozo especial de los redimidos cuando se reúnan con su Señor. Pero este concepto de éxtasis místico es completamente ajeno al uso que en el Nuevo Testamento se hace de la palabra griego *harpazo*, que es utilizada en estos casos. Por otra parte, la idea de que el rapto sea un acto secreto tampoco va unida nunca al rapto en el Nuevo Testamento. A causa de una indeseable controversia sobre este asunto, bueno será que nos limitemos a la terminología de la Sagrada Escritura referente al mismo. El rapto sólo puede ser secreto en el

sentido de que, al hacerse “en un abrir y cerrar de ojos”, su propia brevedad no dará tiempo para la contemplación, pero es indudable que el arrebatarse a la Iglesia, aunque sólo constituya a la sazón una “manada pequeña”, no puede permanecer en el secreto aun suponiendo que ocurriese de noche, cuando más probabilidades hay de que pasase desapercibido para los demás. Ver *Notes on Thessalonians*, página 114.

NOTA F

Ni del alma ni del espíritu se dice que duerman al ocurrir la muerte del individuo. La palabra *koimaomai* que figura en 1 Tes. 4: 13, traducida por “los que *duermen*”, se usa sólo con referencia al cuerpo del creyente. Este sentido, que es muy importante observar, se ve claramente en pasajes tales como Hech. 13: 36, donde se nos dice de David que “durmió, y fue reunido con sus padres, y vio corrupción”. Aquí se desdobra la persona de David al dormir en una parte que es reunida a sus padres o antepasados, parte que está, indudablemente, despierta, y que se libra de la corrupción, y otra que se descompone y corrompe el cuerpo. Al morir, el espíritu desnudo (un estado que le repugna al Apóstol como puede apreciarse al comparar los vv. 3 y 8 de 2 Cor. 5) está presente con el Señor. Por este motivo está dispuesto, incluso bien predispuesto, a morir, pues como escribe en Fil. 1: 21-23, “el morir es ganancia..., partir y estar con Cristo es muchísimo mejor”. Sólo con un total desconocimiento del carácter de Pablo observado en sus escritos y en los de Lucas, puede sugerirse la idea de que el estado de sueño inconsciente fuese más atractivo para él que su vida de trabajo y lucha constantes.

Por otra parte, la preposición *pros*, traducida en 2 Cor. 5: 7 por “a”, “presentes *al* Señor”, no significa solamente encontrarse en el mismo lugar con otra persona, sino, además, estar en comunicación con ella, en un verdadero intercambio de impresiones. Tal preposición estaría fuera de lugar aquí si las almas o espíritus de los muertos en Cristo se hallasen en un estado de inconsciencia.

NOTA G

La final trompeta no puede interpretarse como la última de las siete trompetas del Apocalipsis. Estas trompetas, como los sellos y las copas, forman parte de la simbología que sirvió para presentarle a Juan el porvenir. Suponer que Pablo se refiere a la séptima serie vista por Juan es tanto como decir que Juan no vio símbolos, sino los hechos reales que han de acontecer cuando se cumpla el tiempo, y esto es contrario a toda interpretación del Apocalipsis. Además, no encontramos nada en los escritos paulinos que nos autorice a creer que Pablo tenía conocimiento de la forma bajo la cual le había sido revelado a Juan el desarrollo de los acontecimientos escatológicos, ni a suponer que hubiese leído el Apocalipsis. Por otra parte, en esta ocasión no trata Pablo de describir una visión, sino de informar sobre las cosas que han de acontecer y que tienen que entenderse en sentido literal lo mismo que el resto del pasaje, según todos los métodos sanos de interpretación. Usa Pablo la figura de un ejército que recibe la orden de marcha, lo mismo que en 1 Tes. 4: 16, pues la “voz de mando” también está extraída del léxico militar. Es muy posible, pues, que el Apóstol estuviese pensando en las trompetas que servían para llamar a las armas a los israelitas. Los toques primero y segundo servían para reunir a los hombres, y el tercero era la señal para emprender la marcha (Num. 10: 2-6).

NOTA H

Como la palabra *resurrección*, el término *mortal* se aplica exclusivamente al cuerpo, y lo que es más, sólo al cuerpo de los vivientes. La palabra *inmortalidad* sigue necesariamente a dicho término en su uso, es decir, se aplica también exclusivamente al cuerpo de los creyentes vivos para expresar el cambio que han de

experimentar en la Parousia del Señor. “La inmortalidad del alma” es un concepto completamente pagano, surgido del error según el cual el mal reside en la materia, es inherente a ella, y que, por tanto, el cuerpo es el asiento del pecado y la fuente de todos los males de esta vida. En el Nuevo Testamento, aparte del pasaje de 1 Cor. 15: 54 que ha originado esta nota, el único lugar en que ocurre *inmortalidad* (*athanasia* en griego) es 1 Tim. 6: 16. La acepción común de inmortalidad en el sentido de existencia continua no se encuentra en la Biblia en ninguna parte. En ella no se usa inmortalidad en relación con los hombres sin regenerar, pero tampoco se favorece la noción de que ningún hombre dejará jamás de existir.

NOTA J

En el Nuevo Testamento, *zoopoieo* denota invariablemente impartir vida a lo que está muerto. Dios levanta a los muertos, es decir, los cuerpos de los muertos, y les imparte vida. Lo mismo hace el Hijo (Juan 5: 24; 1 Cor. 15: 22). En el mismo sentido tenemos que interpretar Rom. 8: 11, que Dios le dará vida a este cuerpo mortal; el cuerpo mortal se vestirá de inmortalidad. En ningún otro pasaje de la Sagrada Escritura significa *zoopoieo* tonificar o reforzar el vigor, sea espiritual, mental o corporal. No hay, pues, razón para que introduzcamos por este pasaje la idea de vigorización, puesto que ni lo pide así el contexto ni es ése el uso propio de la palabra.